POETAS ESPAÑOLES DEL SIGLO XX

LS.H
S4567p

RAMÓN SEGURA DE LA GARMILLA

POETAS ESPAÑOLES DEL SIGLO XX

(ANTOLOGÍA.-NOTAS BIO-BIBLIOGRÁFICAS)

180752
25.5.23.

MADRID
LIBRERÍA FERNANDO FE
PUERTA DEL SOL, 15
1922

SE HA HECHO EL DEPÓSITO

QUE LA LEY DETERMINA -:-

TALLERES TIPOGRÁFICOS "NUEVO DIARIO",.-ROMERO DE CASTILLA, 8. BADAJOZ

PRÓLOGO

Publicamos esta Antología porque tenemos la convicción de que ha de serle útil a los alumnos de Historia de la literatura española.

El estudio de esta ciencia debe hacerse examinando directamente los textos. Y como la adquisición de las obras maestras de la literatura nacional no está al alcance de nuestros discípulos, estimamos que las antologías vienen a suplir la penuria de las bibliotecas académicas, poniendo en manos de los escolares un precioso instrumento de trabajo.

Son innumerables las colecciones de modelos literarios que contienen desde un fragmento del arcaico y venerable Cantar de Mio Cid, *hasta una página de un grandilocuente discurso de Castelar. De todas las dedicadas a la juventud estudiosa quizá sea la más fiel y mejor seleccionada la de Narciso* Alonso Cortés *(1), erudito investigador de la historia literaria española y singularmente vallisoletana. Los libros formados con trozos escogidos de los más notables autores de toda la literatura de un pueblo, tienen*

---

(1) Modelos Literarios. Literatura española. (5.ª edición). Valladolid, 1921.

un valor didáctico muy relativo, pues por abarcar tan grande extensión son raros los que reflejan el desenvolvimiento de un género literario dentro de un período cualquiera.

No abrigamos la pretensión de que la Antología que hoy ofrecemos al público deba ser leída con preferencia a otros Cancioneros que muestren unidad y método, comenzando por el de Juan Alfonso de Baena, compilado hacia 1445, hasta llegar al Florilegio de poesías castellanas del siglo XIX *(1), seleccionado por don Juan Valera. Pero sí afirmamos que la lírica española contemporánea supera en prodigalidad de sentimientos y galanura de formas a la del Siglo de Oro y a la del Romanticismo. Sin descuidar el estudio de los* clásicos, *que en España tiene mucho de fetichismo, la literatura del día debe ser objeto de análisis por los profesores, porque nunca alcanzó la lengua castellana la riqueza y flexibilidad que en el momento actual, y los alumnos al salir de las aulas han de tener más ocasiones de referirse a una novela de Galdós, un drama de Benavente o una poesía de Villaespesa que a* La Araucana *de Ercilla,* El acero de Madrid *de Lope de Vega o una oda de Quintana...*

Nosotros, digámoslo sin modestia, aspiramos a que esta Antología sea por los ilustres poetas reunidos en ella, no por el colector, una labor complementaria de la del señor Valera, la cual puede enlazarse con la realizada por el maestro Menéndez y Pelayo en su Antología de poetas líricos castellanos desde la formación del idioma

---

(1) Madrid, 1901-1904; 5 vols.

hasta nuestros días *(1), en el momento en que José Rogerio Sánchez, con su cultura y exquisito gusto, concluya la obra admirable de don Marcelino, cuyo valor mayor quizá esté en los prólogos, copiosos veneros de sabiduría y belleza.*

El volumen presente no va dedicado exclusivamente al estudiante de literatura: ha sido editado para todos los que aspiren a gozar el más puro deleite intelectual. «Nada más raro que la belleza—*ha escrito el insigne Menéndez y Pelayo—(2)*, y entre todas las maneras de hermosura quizá la más rara y exquisita y la que con más fugaces apariciones recrea la mente de los humanos es la belleza lírica».

No incluímos a algunos poetas que aun viven por haber producido casi toda su obra en la centuria anterior, y dentro de este período han sido colocados por el Padre Francisco Blanco García en La literatura española en el siglo XIX *(3). Y para desgracia de la poesía española, algunos de los que figuran han desaparecido ya de la vida. Son éstos, entre otros: Catarineu, Estrañi, Fernández-Shaw, Gabriel y Galán, J. Menéndez Pidal y Arturo Reyes. No hallamos flores más fragantes para colocarlas sobre sus sepulcros que sus propios cantos, cuya lectura será plegaria al Señor por sus almas y homenaje póstumo a su excelsa inspiración.*

Hemos seguido el orden alfabético porque otro científico no es aplicable a un período de veinte años. La proxi-

---

(1) Madrid, 1890-1908, 13 vols. (sin terminar.)

(2) Obra citada, t. I., pág. VI.

(3) Madrid, 1909-1910.—(3.ª edición). 3 vols.

midad de los hechos es la causa de que no señalemos influencias ni categorías en la evolución de la lírica contemporánea, pues la mayor parte de los escritores que forman la Antología no han cesado aún de producir, y cualquier juicio sobre ellos sería prematuro. Por otra parte, el carácter subjetivo de la lírica provoca en cada lector reacciones diferentes. Baste decir que los que tienen un puesto en esta Antología y algunos que, por diversos motivos, están ausentes, todos gozan de merecida fama como poetas.

Acaso algún día, teniendo presente las páginas escogidas de este libro y después de estudiar con reflexión reposada la labor poética completa de los escritores que hemos coleccionado, nos aventuremos a publicar un ensayo de historia de la lírica en el período actual. «Toda historia literaria, racionalmente compuesta, supone, o debe suponer, una antología previa donde ha reunido el historiador una serie de pruebas y documentos de su narración y de sus juicios». *(1) Mientras llega este momento, nos conformamos, como corresponde a nuestra modestia profesional, con publicar esta selecta, acompañada de sucintas notas bio-bibliográficas, material que a nosotros o a otro cualquiera será útil para escribir la futura y definitiva historia literaria, pasados los años, cuando la distancia y el cernido del tiempo den a cada figura sus verdaderas dimensiones y libertad en los juicios al crítico. Ahora, preferible es detenerse en este límite a incurrir en errores al tratar de determinar el lugar que cada poeta tenga reservado en el Parnaso.*

---

(1) Menéndez y Pelayo. Obra citada, t. I., pág. VI.

Todas las regiones españolas ofrezen flores para este ramillete de poesías, en cuya selección hemos empleado muchos días, aspirando a que nuestra labor tenga la perfección que cabe alcanzar á las obras humanas.

R. SEGURA DE LA GARMILLA.

ÍNDICE

A

Alcaide de Zafra (J.), pág. 17.
Alcover, 19.
Alomar, 24.
Alonso Cortés, 26.
Alonso Polo, 30.
Antón del Olmet (C.), 32.
Aponte, 34.

B

Bacarisse, 36.
Balbontín, 38.
Barreda, 41.
Bernárdez, 45.
Blanco-Belmonte, 49.
Borrás, 54.
Brún, 57.
Buendía, 58.

C

Camino, 60.
Cantó, 64.
Carrere, 66.
Casanova (S.), 70.
Casañal, 72.
Castro (C. de), 76.
Castro (L. de), 79.
Castro (M. de), 82.
Catarineu, 84.
Clorrio, 87.
Contreras, 90.
Cordero, 93.
Cortines, 95.
Cuenca, 97.
Cuquerella, 100.

CH

Chamizo, 103.

D

Delgado, 106.
Díaz de Escovar, 108.
Dicenta (hijo), 113.
Díez-Canedo, 117.
Durbán, 120.

E

Endériz, 121.
Estelrich, 123.
Estevan, 125.
Estrañi, 127.

F

Fernández Ardavín, 129.
Fernández Shaw, 131.
Fernández del Villar, 137
Fortún, 141.

G

Gabriel y Galán, 149.

García y González, 159.
Gil (Rodolfo), 160.
González-Blanco (A.), 163.
González Olmedilla, 166.
Goy, 167.

H

Huertos, 174.

J

Jara, 169.
Jiménez (J. R.), 170.

L

Lasso de la Vega (R.), 177.
León (R.), 179.
Linares Becerra, 185.
López Alarcón, 188.
López Martín, 190.
López de Saá, 193.
Lucio (C.), 196.

LL

Llovet, 199.

M

Machado (A), 200.
Machado (M), 206.
Maldonado, 210.
Marquina, 212.
Martín Granizo, 215.
Martínez Sierra, 218.
Medina Bocos, 221.
Medina (V.), 223.
Menéndez y Pelayo (E.), 225.
Menéndez Pidal (J.), 230.
Mesa, 236.
Miranda, 240.
Montaner, 244.
Montero, 246.
Monterrey, 251.
Morales, 255.
Moreno, 259.
Munoa, 261.
Muñoz Sau Román, 264.

O

Ortiz de Pinedo, 267.
Ory, 268.
Oteyza, 271.

P

Palomero, 274.
Pérez de Ayala, 277.
Platero, 282.
Pujol, 284.

Q

Quadra, 286.

R

Répide, 288.
Rey, 290.
Reyes Aguilar, 297.
Reyes Huertas, 299.
Rincón, 303.
Rivas Cherif, 307.
Rodao, 310.
Rodríguez Pinilla (C.), 313.
Rueda, 317.

S

Samaniego, 327.
Sandoval, 328.
San José, 332.
Solano, 335.

T

Tapia, 337.
Toral, 340.
Torre Ruiz, 343.

U

Unamuno, 347.

V

Val, 353.
Valero, 355.
Valle-Inclán, 359.
Vázquez de Sola, 361.
Villaespesa, 363.

Y

Ylera, 368.

Z

Zaldívar, 370.
Zamora, 373.
Zozaya, 375.
Zurita, 379.

JOAQUÍN ALCAIDE DE ZAFRA Y MOLINA

Nació en Sevilla en 1871. Es doctor en Derecho y Filosofía y Letras. Obras: «Estrellas fugaces», cantares, 1893; «Cantos de la Giralda», 1896; «Trébol», poesías, 1899; «Libro de los XX cuentos a Michol», prosa, 1899; «Cantares de amor y celos», 1910; «Espadas de cartel», semblanzas, 1914; La Sulamita, Judith, Salomé, trilogía bíblica.

JOYA

Negras perlas de oriente brillantino
semejan sus pupilas enlutadas;
el azabache matizó sus cejas,
y en su alba frente se durmió la nácar.

Turquesas por sus venas se filtraron
bajo su piel de refulgente plata,
y fueron a teñir de los zafiros,
sus párpados, las notas azuladas.

Fingen sus labios nidos de rubíes,
en cuyo rojo fondo se destacan,
como en estuche rico, blancos hilos
de perlas, por el iris esmaltadas.

Los corales besaron sus mejillas,
cubriéndolas de tintas escarlata,
que a veces amortiguan los topacios
con los destellos de sus luces pálidas.

¿Y el diamante, no brilla en parte alguna
de ese cuerpo, trasunto de Las Gracias?
¡No brilla, no, para martirio mío!...
¡Dura como el brillante tiene el alma!

JUAN ALCOVER Y MASPONS

Nació en Palma de Mallorca en 1854. Es relator de la Audiencia de su pueblo natal, correspondiente de la Real Academia Española, mestre en Gay Saber, miembro del «Institut d' estudis catalans», etcétera. Orador distinguido. Ha sido diputado a Cortes y presidente de los Juegos Florales de Barcelona y Lérida y varias veces de Palma, incluso del certamen celebrado con motivo del centenario de la publicación del «Quijote». Fué también mantenedor en unos Juegos Florales de «Lo Rat Penat» de Valencia.

Obras: «Poesías», 1887, 1892; «Nuevas Poesías», 1892; «Poesías y Harmonías», 1894; «Meteoros», poemas, 1901; «Art i literatura», ensayos, 1904; «Cap al tard», versos, 1909; «Poemes biblics», 1918, que obtuvo el premio Fastenrath. Tiene en preparación dos volúmenes de prosa, en castellano, y otro en catalán.

NOCTURNO

Cuando el sueño desciende a tu morada,
y ya todos en ella recogidos,
en la noche callada
muriendo van los últimos rüidos,
tu madre, la postrera
en entregarse al sueño cotidiano,
recorre, luz en mano,
la sala que decora extensa hilera
de retratos antiguos.

Angel custodio del hogar, vigila
en la nocturna sombra,
el grave son de la péndola que oscila.

En tu cuarto penetra, sin que suenen
sus pasos en la alfombra,
y todo lo examina y lo repara:
si algún cínife queda
en la pared, solícita lo abrasa,
y las puertas ajusta, porque el aire
por las rendijas penetrar no pueda;
de tu lecho levanta la cortina;
con su mano de cera, blanca y fina,
cubre la vela ardiente,
a modo de pantalla,
y sobre ti se inclina
para besar tu frente;
y si dormida te halla,
tocarte apenas osa,
de interrumpir tu sueño temerosa.

Tú, a veces, con fingido
sueño, inmóvil, los ojos entornados,
de angelical malicia
el corazón henchido,
dejabas que te hiciera
su tímida caricia,
y que se apacentaran con delicia
sus ojos en la paz y los velados
encantos de tu mórbida figura;
y cuando ya del lecho
a separarse iba,

soltando la expansiva
jovialidad sonora de tu pecho,
rompías a reir como una loca,
saltabas a su cuello, y con usura
pagabas su ternura
con la lluvia de besos de tu boca.

Anoche no; cerrados fuertemente
tus ojos ocultaban
el vigilante espíritu despierto,
cual si lo desvelara,
inflamando tu frente,
algo que, pudoroso, recelara
ser en los ojos tuyos descubierto.
Al besarte amorosa,
sintió tu madre que tu frente ardía,
y sentiste, medrosa,
que el beso maternal te estremecía,
al ocultarle por la vez primera
lo que pasaba en ti. Dejaste, muda,
que con callada planta
se alejara, creyéndote dormida,
aquella sombra, venerable y santa,
y sólo cuando oíste
que su paso a lo lejos se perdía,
los párpados abriste
y respiró tu corazón opreso...
Dime, niña gentil: ¿cuál era el peso

que te agobiaba en la aparente calma
del sueño que fingías,
y por qué no querías

que leyera en el fondo de tu alma
el maternal amor, cual otros días?
Callas, y te sonrojas,
y de mi impertinencia,
aunque procures sonreir, te enojas,
porque me ha permitido la experiencia
penetrar, como un silfo, en el capullo
del casto lirio de profundas hojas.
¿Cómo te adiviné? Revelaciones,
misterios son de un hada
que a los poetas abre la cerrada
urna de los humanos corazones.

No temas que indiscreto
revele tu secreto;
mas, aunque no lo digas,
o lo niegues quizá como ilusorio
cuento de mi invención, yo sé que anoche
el rayo de la luna plateado
hasta el fondo bañó tu dormitorio,
acarició la huella de tu cuerpo
en tu lecho nevado,
hirió el Cristo de bronce
con reflejos vivaces,
y jugó con el agua de la pila
en que mojas tu frente cuando haces
la señal de la cruz, y con liviana
tinta, la sombra tuya
y el marco dibujó de la ventana
en la pared sombría,
en tanto que subía

tenue rumor, como amorosa queja,
y que otra voz más tenue descendía.
. . . . . .
. . . . . .
Empiezas a vivir: Dios te proteja.

GABRIEL ALOMAR Y VILLALONGA

Nació en Palma de Mallorca en 1873. Es catedrático de Lengua latina en el Instituto de su ciudad natal. Ex diputado a Cortes por Barcelona. Desde 1917 está encargado de la crítica literaria en «El Imparcial». Escritor bilingüe, sus mejores poesías están en catalán, contenidas en el volumen «La columna de foc».

Obras: «Una vila qu'es mor»; «La guerra a través de un alma»; «Verba», colección de ensayos, entre ellos «Logometría», «Futurismo», «Notas al Quijote» y «Poetización»; «La formación de sí mismo». En prensa: «Proyecciones y reflejos de un alma»».

Epístola a Rubén Darío

(FRAGMENTO)

El aire se cernía con róseas transparencias;
del pinar emanaban perfumadas esencias;
en el divino fondo, de azul diafanidad,
luminosa tendía sus alas la ciudad,
y dispersas vagaban en el azur inmenso
las tenues humaredas de un inefable incienso.
Teñíase el levante, con gradación sutil,
de una ascendente gama, desde el verde al añil,
del ferviente violeta hasta el pálido lirio,
y en la mística altura inflamábase Sirio
como antorcha tendida sobre abismos sin fin...

¡Oh crepúsculo amado de un día mallorquín!
Dormían en la noche las orantes montañas,
mostrando entre sus flancos igniciones extrañas,
y lacia desceñía su cintura Orión
en el signo hierático de su constelación.
En el puerto, solemnes, destacaban las naves,
que en el mar reflejando sus siluetas suaves
palpitaban insomnes en la gran quietud,
y sus proas tendían hacia la infinitud,
como si presintiesen ya de las travesías
futuras las estrenuas y rndas gallardías...
Y en la paz de esas horas vi en tus ojos brillar
las futuras estrofas de tu canción errante,
Odiseo montado sobre el fiel Rocinante.
Homérida que entonas tu guerrero peán
desde el alma Lutecia al mónstruo Manhatán,
y vas siguiendo, extático, la regia caravana,
de un miraje de ensueño tras la visión lejana
donde el Anuncio muestra su aurífico esplendor
y se enciende, *in excelsis*, la estrella de Melchor..

Narciso Alonso Cortés

Nació en Valladolid en 1875. Es director y catedrático de Lengua y literatura castellana del Instituto de Valladolid, correspondiente de las Reales Academias Española y de la Historia y académico de la de Bellas Artes de Valladolid. Colabora en el «Boletín de la Academia Española», «Revista de Filología Española», «Revista Crítica Hispano-Americana», «Bulletín Hispanique», «Revue Hispanique» y otros periódicos de España y América.

Obras: «La mártir», leyenda, 1895; «Fútiles», poesías, 1897; «Renglon-cítos», ídem, 1899; «Condición jurídica del extranjero en la Edad Media», 1900; «Un pleito de Lope de Rueda», 1902; «Noticias de una corte literaria», 1906; «Romances populares de Castilla», 1906; «Briznas», poesías, 1907; «Romances sobre la partida de la corte de Valladolid en 1906», con notas aclaratorias, 1908; «La corte de Felipe III en Valladolid», 1908; «La mies de hogaño», poesías, 1911; «Vida y obras de Cristóbal Suárez de Figueroa», traducción del inglés, con notas, 1911; «Miscelánea vallisoletana», primera serie, 1912; «Juan Martínez Villergas», bosquejo biográfico-crítico, segunda edición, 1913; «Don Hernando de Acuña», 1913; «Discurso de recepción en la R. A. de Bellas Artes de Valladolid», 1913; «Las Eróticas o Amatorias», de D. Esteban Manuel de Villegas, edición con prólogo y notas, 1913; «Antología de poetas vallisoletanos», 1914; «Arbol añoso», sonetos y madrigales, 1914; «Cantares populares de Castilla», 1914; «Gómez Pereira y Luis de Mercado», 1914; «Modelos literarios. Literaturas extranjeras», tercera edición, 1915; «Epistolario del P. Nieremberg», edición con prólogo y notas, 1915; «Relación del bautismo de Felipe IV», 1916; «El Licenciado Vidriera», edición con prólogo y notas, 1916; «Casos cervantinos que tocan a Valladolid», 1916; «Viejo y nuevo», artículos, 1916; «Este era un pastor...», cuentecillos, 1916; «La Fastiginia de Pinheiro da Veiga», traducción del portugués, con notas, 1916; «El lindo Don Diego y El desdén con el desdén», de Moreto, edición con prólogo y notas, 1916; «Zorrilla, su vida y sus obras», tomo I, 1917; tomo II, 1919; to-

mo III, 1920; «Valladolid y la Armada Invencible», 1917; «Ejercicios gramaticales», segunda edición, 1918; «Cervantes en Valladolid», 1918; «Elementos de Preceptiva literaria», quinta edición, 1919; «Miscelánea vallisoletana», segunda serie, 1919; «Jornadas», artículos varios, 1920; «El primer traductor español del falso Ossian y los vallisoletanos del siglo XVIII», discurso, 1920; «Romances tradicionales», 1920; «El falso Quijote y Fray Cristóbal de Fonseca», 1920; «Resumen de Historia general de la Literatura», sexta edición, 1921; «Modelos literarios. Literatura española», quinta edición, 1921; «Gramática elemental de la Lengua Castellana», tercera edición, 1921; «Amaranto», comedia en verso, segunda edición, 1921.

¡OH, DULCES PRENDAS!

Descolgó el soldado la mohosa espada,
muda guardadora de su amor postrero,
y evocando glorias de la edad pasada,
triste y pensativo contemp'ó el acero.

¡Bélica tizona que al cruzar triunfante
por remotos pueblos de variado idioma,
se empañó con nieblas de Lovaina y Gante
y brilló esplendente bajo el sol de Roma!

¡Hoja siempre firme que al lidiar bizarra,
por doquier buscando colosal empresa,
encontró a su paso corva cimitarra
o chocó en la dura cota milanesa!

Era en los lejanos días de contento,
cuando de los Tercios bajo el estandarte,
el gentil soldado, libre como el viento,
si dejaba a Venus, se acogía a Marte.

Viérais al mancebo cautivar mujeres
tanto en la Borgoña como en la Provenza;
viérais a las damas de Brunswick y Amberes
darle el homenaje de su rubia trenza.

Y al pisar su patria lleno de alegrías
viérais sus alardes de sin par gracejo.
¡Se escribiera un libro con las picardías
que trazó en la Sierpe o en el Azoguejo!

¿Quién los bríos tuvo de su pecho noble?
¿Quién en sus campañas puso fe más honda?
¿Quién con tanto garbo sacudió un mandoble
ni con más destreza despejó una ronda?

Y era la tizona—¡fiel y amante esclava!—,
la que en los peligros siempre dió el alerta,
la que en lo más recio de la lid vibraba,
la que audaz ponía fin a la reyerta.

Muy solemne el paso, de marcial aplomo,
retador el gesto de su ceño adusto,
la curtida mano puesta sobre el pomo,
fiera la mirada y arrogante el busto...

¡Ay de quien hiciera frente a sus ataques!
¡Ay de quien pretexto diese a una rencilla!
París le rendían pícaros y jaques.
¡Le temiera el propio Vázquez de Escamilla!

Cuando en el combate recorría fiero,
descargando tajos, la candente arena,
parecía al noble paladín Rugiero
frente a su aguerrida hueste sarracena.

¿Y el cazar piratas que en cobarde huida
la extensión surcaban de argelinos mares?
¿Y el entrar a saco la ciudad rendida,
destruyendo muros, despojando altares?

¡Sueño venturoso de brillantes luces
que pasó evocando jácaras y fiestas!
¡Sueño en que desfilan sables y arcabaces,
picas y mosquetes, lanzas y ballestas!

Ya de aquellas glorias se apagó el reflejo;
de tan gratos días ya no queda nada.
El gentil soldado yace pobre y viejo,
yace enmohecida la famosa espada.

Y ante la reliquia donde se halla impreso
su pasado insigne de audacias y arrojos,
mientras en la hoja deposita un beso,
lágrimas furtivas saltan a sus ojos.

Andrés Alonso Polo

Nació en Pedrosilla de Alba (Salamanca), en 1876. Es doctor en Teología y Filosofía y Letras, canónigo de la Catedral de Santiago de Compostela y orador sagrado elocuentísimo. Ha sido catedrático de Lenguas bíblicas y orientales en la Universidad de Puebla de los Angeles (Méjico). Ha colaborado en «La Lectura Dominical» y «La Semana Católica» y en los periódicos de Salamanca.

Obras: «La Reconquista», poema, 1898; «Ciudad Rodrigo, Bailén, Arapiles», esbozos épicos, 1903; Cantando y llorando», poesías, 1906; «Oración fúnebre por Menéndez Pelayo», 1912; «¿Qué ha quedado del alma árabe en España?»

DESPOSORIOS

El Océano duerme en suave calma;
la lumbre vesperal su plano irisa;
y el céfiro sutil las ondas plisa
como abanico de gigante palma.

El dombo azul del firmamento empalma
con la verde parábola imprecisa;
y entre ambos infinitos se divisa
otro mayor: el que condensa el alma.

Desciende el padre de la luz. La escena
reproduce un inmenso adoratorio
con gobelino de carmín por velo.

El mar parece límpida patena,
y el sol, hostia del gran comulgatorio
donde la Tierra se desposa al Cielo.

CASILDA ANTÓN DEL OLMET

Nació en Sevilla en 1871. Es dama de la Real Maestranza de Caballería de Zaragoza.

Obras: «En conciencia», drama, 1901; «Cancionero de mi tierra», 1917.

CANTARES

A esa mujer no la creas,
porque es sensible y hermosa
lo mismo que una sirena.

—

El buen soldado
murió en la guerra;
sólo su madre
llora y le reza.

—

Una linda mariposa
ha entrado por la ventana;
se fué acercando a los ojos
y se ha quemado las alas.

—

Con la mano en la cintura,
con flores en la cabeza,
con mirada abrasadora,
sale a bailar mi morena.

Sale a bailar mi morena,
con griegas ondulaciones
y sonrisa de sirena.

—

Cuando me marché a la guerra
me juró que me aguardaba,
y otro está al pié de la reja.

ADOLFO APONTE MARTÍNEZ

Nació en Betanzos (La Coruña) en 1886. Es capitán de Infantería.

Obras: «Jardín de ensueño», poesías, 1909; «Canciones remotas», 1910; «Paisajes de almas», poemas, 1913; «El rey ciego», tragedia en verso, premiada en 1916 en el concurso del Ayuntamiento de Madrid y estrenada en el Teatro Español.

La nueva Parábola del Sembrador

...Y he aquí, en la tarde serena y azul,
un sembrador que sembraba su trigo...

En las pupilas extáticas y húmedas
de los dos bueyes, de andar pensativo,
como en dos claros espejos minúsculos
se reflejaba el paisaje tranquilo...

Y, he aquí, que el trigo en el surco brillaba,
cual granos de oro, en el lecho de un río...

Y fué, que estaba sembrando su huerto
y un caminante cruzaba el camino;
y como viera su rostro, pensó:
—¡He aquí el retrato del rostro de Cristo!—

Y fué que estaba mirándole absorto
y oyó su voz de un acento dulcísimo.

—Buen sembrador que cultivas tus tierras,
buen sembrador de las barbas de armiño,
¿por qué en tu huerto no siembras rosales?
¿Qué valen más, los rosales o el trigo?

—Señor, el trigo es el pan de los hombres—

Y él contestó:—Sembrador, yo te digo,
que los que sólo de pan se mantienen
nunca entrarán en el reino de Cristo!

—Cuida que tu campo
sea a un tiempo mismo,
que óptimo huerto,
jardín florecido...

¡Buen sembrador que cultivas tus tierras,
cerca de rosas tus campos de trigo!

Y he aquí, en la tarde que ya se moría,
que el caminante siguió su camino...

MAURICIO BACARISSE Y CASULÁ

Nació en Madrid en 1895.

Obras: «El esfuerzo», poesías, 1917; «Los poetas malditos», de Paul Verlaine, traducción en prosa y verso, 1921.

Los Estados Mayores

Por la sierra turbia de los mondos llanos,
sin gritos metálicos, sin voz de tambores,
van las cabalgatas de los soberanos
Estados Mayores.

Los grises capotes, los cascos bruñidos,
las caras de vieja de los mariscales,
gotosos o hepáticos que lanzan gruñidos
breves y fatales...

Las gafas de oro de los comandantes
cercan los ojuelos verdosos y agudos;
brillan los monócu'os de los ayudantes
que meditan mudos.

Fingen las espuelas luceros de oro
en la noche oscura de las medias botas;
los sables pronuncian un himno sonoro
de punzantes notas.

Se habla en un idioma de argucias complejas.
Lleva el polinomio el triunfo del fuerte.
Son las ecuaciones como las madejas
que urdirán la Muerte.

Del rito estratégico las palabras técnicas
—ataques en cuña, marchas envolventes—,
dichas con recuerdos de las Politécnicas
por los subtenientes...

Europa está herida. Hay sangre y destellos.
Por su inmensa llaga de rojos colores,
como unos gusanos ondulan los bellos
Estados Mayores.

Son tristes y trágicos. Dicen que son buenos
para dar victorias, tierras y cautivos.
No serán amables, pero, por lo menos,
son decorativos.

¿Qué importa el Decálogo ni la razón práctica
si pueden servir de tema a un artista?
Son rosas de luz los sabios en táctica
para un colorista.

En napoleónicas visiones antiguas
vuelve la epopeya que hace un siglo fué...
¿Por qué reaparecen esas estantiguas
que con una lupa pintó Meissonier?

José Antonio Balbontín Gutiérrez

Nació en Madrid en 1896. Es abogado.

Obras: «Albores», poesías, 1910; «De la Tierruca», poesías montañesas, 1912; «La risa de la esperanza», versos, 1914.

La fuerza de mi risa

No me estremece el tiempo que todo lo derrumba;
jamás me amedrentaron el dolor y la muerte;
vivo sin miedo a nada, porque nada es tan fuerte
como esta risa buena que traspasa la tumba.

Yo seré siempre joven como el cielo y el mar;
amo a Dios y a los hombres y a un alma de mujer;
tengo en el pecho el rico privilegio de amar,
y en la frente, la limpia claridad de ceer.
Una dicha cargada de promesas gloriosas
me inunda toda el alma con raudales de luz;
veo en todo una mansa florescencia de rosas,
hasta en los mismos brazos sangrientos de la cruz.

Por eso mi ventura no tiembla por su ruina;
sé que Dios hizo eterna la dicha del amor;
sé que sabré, por gracia de la bondad divina,
cantar ante la muerte, reir bajo el dolor.

¡Dolor!: ¡no me entristeces!; ¡sé que eres el crisol
que purifica el alma, la gloriosa tormenta
que rasga los crespones que ocultaban el sol;
sé que en tu luz, el fuego del amor se acrecienta;
sé que toda la fuerza se humilla ante mi fe;
sé que no eres eterno, que no serás el fin
de los hombres nacidos para la dicha; sé
que tu senda de abrojos acaba en un jardín.

¡Muerte!: ¡no eres horrible!: viertes una lozana
catarata de rayos; te corteja un estruendo
de armonías de gloria. ¡Yo he de morir riendo!
¿Hay algo más alegre que la muerte cristiana?

¡La muerte! ¡La portada llena de claridad
del jardín donde acaba la senda del dolor!
¡La muerte es, para el alma que espera en el Señor,
el ángel mensajero de la inmortalidad!

El dolor y la muerte perdieron la cimera
de horror que les cubría desde que Dios, dolido
del llanto de los hombres, a endulzarle viniera:
son ya, más que el castigo de la culpa primera,
la gracia redentora del amor renacido.

¡Y esta es mi dicha, hermanos! ¡creer en Dios y amar!
¡gloriarse de este gozo supremo de cantar!
¡prever la refulgencia del triunfo de morir!
¡Y esta es la dicha, hermanos! ¡creer y amar!: no hay otra
más fuerte que esta encina de la dicha inmortal;
arranca de la tierra y en el cielo se empotra
y es sobre ella como una caricia el vendaval.

¿Comprendéis ya la fuerza de mi risa triunfal?
Quisiera ¡mis hermanos! inundaros con ella;
quisiera que el idioma se volviese centella,
que el alma os clavara su radiante puñal;
quisiera dar reflejos de gloria a vuestro llanto,
derretir vuestras penas dentro del corazón,
morir ante vosotros de creer y amar tanto
para sellar con una sonrisa mi canción.

LUIS BARREDA

Nació en Santander en 1878. Es abogado, correspondiente de las Reales Academias Española y de Bellas Artes de San Fernando, de Córdoba y de la de Ciencias Históricas y Bellas Artes de Toledo. Ha sido comisario regio de Fomento. Está en posesión de la Gran Cruz de Isabel la Católica. Colabora en «Nuevo Mundo», «La Ilustración Ibérica», «Cervantes», «La Epoca», «El Universo» y otros diarios y revistas.

Obras: «Cancionero montañés», 1898: «Cántabras», poesías, 1900; «Valle del Norte», idem, 1911; «Roto casi el navío», ídem, 1915; «Los del Cardenal Cisneros», 1917; «Romancero de Carlos V», 1919.

El Rosario de la Abuela

A Ramón de Solano

¡Cuánto, en la heredada
mansión campesina,
la reverenciada
sombra de mis muertos gusto de evocar,
si, tras larga ausencia, paso a la cocina,
y humo que despiden ramas y garojos
descubren mis ojos
en el tantos meses apagado llar!

Dejando que libre vuele el pensamiento,
en el viejo escaño
de nogal me siento:

y a poco vislumbro que la abuela muerta
empuja la puerta
y a besarme vuelve lo mismo que antaño.

Redobla mi pecho sus palpitaciones,
y en el desvarío de mis soñaciones,
vierto mudo lloro
si la voz tremante de la anciana escucho,
que dulce interroga:—¿No es verdad, tesoro,
que me quieres mucho?..

Traginar la miro cerca de la lumbre;
con sagaces ojos todo lo inspecciona;
reprende torpezas de la servidumbre,
y al nieto regala con leche y bornia.
Con hablar que tiene blanduras de ruego,
indícame luego:

—Acerca tu silla y a mi lado ponte,
que un cuento muy largo te voy a contar—
Y oigo nuevamente con pueril arrobo
hechos de aquel lobo
que asustó a una niña camino del monte,
un día de nieve, cruzando el pinar.
Y acabado el cuento cien veces oído,
nuevas narraciones
de brujas, ladrones
y naufragios pido.
Mas ella replica:—Ya es tarde, mañana;
y además, hijuco, soy buena cristiana,
y pues nos dispensa
Dios a cada instante magnos beneficios,

será necesario
continuar propicios
a mostrarle siempre gratitud inmensa.
Recemos ahora
juntos el Rosario
en honor de Aquella
purísima y bella
esposa y doncella,
nuestra intercesora
en la salvadora
morada eternal.
Pecho que la implora,
llénase de luz.
Di: «Por la señal
de la Santa Cruz.»

Después se santigua,
repasa los dieces,
y empieza la antigua,
poética y larga sucesión de preces
con la letanía
de Santa María
la Madre de Dios,
Reina de las reinas, Virgen sacrosanta,
que desde su trono
de irisadas nubes,
al frente de invicta legión de querubes,
conjura el encono
de los enemigos, a Luzbel espanta,
y ruega por nos.
Y el rezo prosigue: Por aquel anciano

varón apostólico,
que en el Vaticano
mora prisionero
y al orbe católico
gobierna certero.
Por los caminantes
y los navegantes.
Porque el inocente
que sufre condena
mire prontamente
rota su cadena.
Porque nuestra frente
cobije tan sólo pensamientos sanos
y en ellos florezca la misericordia.
Porque entre los nobles príncipes cristianos
reine continuada fraternal concordia.
Para que tan pura sea nuestra vida,
que nunca provoque
las iras celestes.
Para que el bendito llagado San Roque
nos libre de pestes
y de todo mal.
Para que logremos en nuestros quebrantos
eficaz auxilio de todos los santos
de la prometida
corte celestial.
..Y al patriarca esposo de Nuestra Señora,
casto San José,
para que en llegando la invencible hora
de nuestra agonía, buen morir nos dé.

Antonio Bernárdez Tarancón

Nació en Jerez de la Frontera (Cádiz) en 1882. Es doctor en Ciencias Históricas y catedrático de Filosofía y Derecho en el Instituto general y técnico de Cáceres.

Obras: «Evolución de la Psicología y sus métodos»; «Juvenal y su ambiente histórico-científico: comentarios a la primera sátira».

EL MENDIGO

Recostado en el quicio de una puerta,
como un montón de trapos,
tiritando de frío,
cubierto de remiendos y de harapos
devora los despojos del festín.
Con ojos vidriosos por la fiebre
contempla la pitanza,
con mano temblorosa
oprime la escudilla pegajosa,
cual si fuera de plata repujada
y piedras de valor.
Es ración abundante de reliquias,
y restos de grandezas,
aun quedan las cabezas
de langostas, y plumas de faisanes.

espinas de lenguados,
recortes plateados,
envolturas lujosas
de dulces exquisitos, variados.
¡Qué hermosa es la riqueza!
¡Qué gratos son sus dones!
¡La dulce llama de piedad ferviente
vive en los corazones!
Eres el heredero de la clase pudiente.
¡Bendice, caro hermano,
la benéfica mano
que regaló tu estómago doliente!
¡Que así te deparó cena abundosa!
Un viejo-verde, rico y deshonesto,
abandonó esos grumos amarillos
envueltos con su baba lujuriosa.
Conserva con cariño su memoria,
no profanes la historia:
«*Tu presente de hoy es abuso de ayer*».

* * *

Tu marmita asquerosa
tiene un valor inmenso, extraordinario,
es el símbolo histórico
de hechos inauditos, legendarios,
de reinados enteros,
de batallas cruentas,
de proezas guerreras, estupendas,
de códigos y leyes
que escribieron los sabios
para enseñanza de futuros reyes...

¡Son restos de un festín!
Tu escudilla pringosa
es osario de vidas y dineros,
es el marco severo
de la o gía crapulosa,
es la sombra de un cuadro
de color y de luz:
derroche de exquisita poesía,
de perfumes y flores,
de vinos y licores,
de alaridos salvajes de alegría,
de ansias de gozar.
¡Alegra... tu apetito!
¡Come con embeleso!
¿Oyes chocar las copas?
Son mujeres impuras.
¿Sientes rasgar sus galas?
Son mujeres desnudas.
¿Oyes rumor de besos?
El amor ha pasado ..
Tu marmita es la urna cineraria.

* * *

¿Y te afliges? ¿y lloras?
No te quejes, mendigo.
Yo que lloro contigo
te explicaré las cifras
del enigma que añoras:
«En país religioso como el mío
todo es predestinado;
si te mueres de frío, estaba escrito.

¡Resígnate! la muerte
será la nueva aurora de tu suerte.
Aquí todo se hereda;
él nació para rico
y por mucho que dé, siempre le queda.
Los reyes a su abuelo
le dieron veinte pueblos...
mil esclavos...
No llores, caro hermano,
aquí todo es herencia,
menos la inteligencia
y el valor personal».

MARCOS RAFAEL BLANCO-BELMONTE

Nació en Córdoba en 1871. Fué director literario del periódico cordobés «La Unión». Trasladóse a Madrid, ingresando en la redacción de «El Español».

En la actualidad es redactor-jefe de «A. B. C.» y colaborador de «La Ilustración Española y Americana» y «Blanco y Negro». Comendador de la Orden de Alfonso XII.

Obras: «Dos rosas», poesías, 1894; «Desde mi celda», cuentos, 1895; «Flores de un día», crónicas, 1895; «La torre de la Malmuerta», leyenda cordobesa, 1895; «La Mezquita Aljama», poema, 1895; «Beso de Judas», drama, 1895; «Almas de niños», cuentos, 1902; «Aves sin nido», poemas, 1902; «La coleta del maestro», zarzuela, 1904; «De la tierra española», cuentos, 1906; «El último cuento azul», 1906; «La casa de Cárdenas», novela, 1906; La vida humilde», poesías, 1906; «La poesía en el mundo», 1907; «La tierra», drama, 1908; «Córdoba la Sultana», zarzuela, 1908; «Pues, señor...», cuentos, 1909; «La ciencia del dolor», novela, 1910; «Los que miran más allá», poemas, 1911; «Por la España desconocida: La Alberca, Las Jurdes, Batuecas y Peña de Francia», 1911; «Los conquistadores del ideal», tríptico novelesco, 1912, «Mataruguito», novela, 1912; «La patria de mis sueños», poemas, 1902; Al sembrar de los trigos», ídem, premiada por la Real Academia Española, 1913; «La legión sagrada», estudio de los poetas que han cantado a los humildes, 1914; «Pompas de jabón», crónicas, 1914; «Homenaje a Córdoba», poema, 1915; «La lanza de Don Quijote», poema, premiada por la Real Academia Española, 1915; «Romancero de Cervantes», premiada por la Junta del Centenario, 1916; «La salsa de las perdices», poema dramático, 1917; «Cuando las muñecas regresaron», ídem, 1918; «Milagros de amor», poemas, premiada en el certamen del Centenario Pro Covadonga, 1918; «Las nietas del Mandarín», poema dramático, 1919; «Los que hicieron grande a España», ídem, 1919; «Como en los

«cuentos de hadas», idem, 1920; «Ansi oraba la Gran Reina», ídem, 1921; «Las Siete Palabras», poemas, 1921; «Las Vírgenes del Colmenero», novela corta, 1921.

Ha traducido en sonoros versos castellanos el «Hernani» e «Inmensidades», poesías, de Víctor Hugo,

¡ESPAÑA!

Aunque abatida por horrible angustia,
cual azucena mustia,
inclines tu cabeza soñadora,
¡yo te amo, Patria, con amor inmenso:
que el cariño de un hijo es más intenso
cuando su madre llora.

Como ruedan las hojas amarillas
que arranca el ábrego iracundo,
ruedan por tus mejillas
lágrimas tristes de dolor profundo..
¡No llores, Patria! Que en tu noble frente
hay lauro en cien batallas conquistado:
para llenar de gloria tu presente
basta con el recuerdo del pasado.

Puso Dios: en las flores, dulce aroma;
en el fondo del mar, rojos corales,
arrullo blando, en la torcaz paloma;
luz en los astros; miel en los panales;
música en los obscuros ruiseñores;
horror en la borrasca embravecida;
en el íris, purísimos colores,

y en el nombre de Patria bendecida
el más sublime amor de los amores.

Amor, sublime amor, amor tan puro
cual del salterio la vibrante nota,
cual la plegaria que en el templo obscuro
sobre la nube del incienso flota.
El amor a la Patria es una hoguera
y a su ardiente inextinta llamarada
se templa el corazón y el alma entera
como en el yunque la fulmínea espada.

Por ese amor los cisnes brilladores
se convierten en fieros alcotanes,
en Viriatos los rústicos pastores,
en mártires egregios los Guzmanes;
por amor a la Patria, el gran Pelayo
enarbola señera sin mancilla;
por ese amor se escribe un Dos de Mayo
y alienta un Cid que el reino de Castilla
ensancha al galopar de su caballo.

¿Qué es la Patria?... Es un sol que centellea
sobre el horrendo campo de pelea;
es un sol que en el turbio Guadalete
como sangriento corazón palpita,
un sol que dora el alto minarete
de la Alhambra arrancada al Nazarita.
La Patria es manto regio desgarrado,
es el sudario del vencido moro,
es un rayo de sol bello y dorado...

¡Bendiga Dios su símbolo sagrado:
la bandera teñida en sangre y oro!

No, la Patria no es sólo el estandarte
que en la almena del recio baluarte
o en el picacho del abrupto monte
como girón de gloria al aire ondea.
No, la Patria no es sólo el horizonte
que limita los campos de la aldea;
no es sólo el dulce idioma en que aprendemos
a balbucir plegaria bendecida,
idioma dulce en que el adiós daremos
cuando el término llegue de la vida.
¡La Patria es mucho más! Es tierno lazo
que une a los seres en estrecho abrazo;
es madre que con férvido cariño
adopta al pobre expósito sin nombre,
es blanda cuna donde duerme el niño,
es un altar donde se postra el hombre.

Tiene la Patria mía,
cual recuerdo de glorias que pasaron:
mosquetes que rugieron en Pavía,
cañones que en Lepanto rebramaron,
broqueles que en Otumba se rompieron,
astillas de las naves arrojadas
que en Trafalgar se hundieron,
y olímpicas espadas
que en Bailén, con esfuerzo sin segundo,
hirieron a las águilas airadas
que volaban triunfantes por el mundo.

. . . . . .

Como luce la enseña redentora
en el templo sagrado,
así la Cruz destella brilladora
en el pecho del pobre Juan Soldado.
El templo de la Patria bendecida
es el pecho del hijo que, en campaña,
con épico valor y frente erguida,
muere.. ¡porque su Patria tenga vida!
y da su sangre.. ¡por salvar a España!

Cuando mi cuerpo débil y rendido
por los embates de contraria suerte
—como un esquife en ancho mar perdido—
logré arribar al puerto de la muerte,
yo no quiero ataúd, ni férrea caja,
ni marmóreo sepulcro, ni mortaja;
yo quiero en ansia loca
en la fosa común encontrar lecho,
besar su tierra con mi muerta boca
¡y estrechar a mi Patria contra el pecho!

Tomás Borrás y Bermejo

Nació en Madrid en 1891. Es redactor de «El Sol» y «La Voz». Ha colaborado en casi todos los diarios y semanarios de Madrid y Barcelona.

Obras: «Las rosas de la fontana», poesías, 1911; «El Avapiés», drama lírico, 1919; «El hombre más guapo del mundo», cuento escénico, 1920; «El sapo enamorado», pantomima, 1921.

La Canción de los Cosacos

Se distingue confusa
en la noche, la masa negra del batallón
Andan a un mismo tiempo los soldados:
—¡Un! ¡dos!—con rítmico son.
Blanquean las agudas bayonetas
y los gorros de piel.
Sobre todos se yergue en el caballo
el coronel.
Pisa la nieve, que al romperse cruje,
con un solo rugido el batallón.
Andan a un mismo tiempo los soldados:
—¡Un! ¡dos! con rítmico son.
Cantan sobre la estepa
nevada, y en la noche
resuena su canción.

El compás de la música es su paso:
—¡Un! ¡dos!—con rítmico son.
—«Ya mañana, después de la batalla,
volveremos tranquilos al hogar.
La cruz de los valientes en el pecho:
—¡Hurra! ¡Viva el Zar!
Al hogar, y en la vieja chimenea
narraremos batallas y combates.
Silbará el viento en los desiertos campos,
golpeará la puerta en sus embates.
Y diremos: —Amigos, una noche
como ésta, de nevada,
entramos las trincheras a degüello
con el arma calada.
Nos mirarán los mozos con envidia,
las mozas con deseo.
Será de los chicuelos el encanto
llevar nuestro morrión como trofeo.
Esta herida que veis en la cabeza
un tártaro me la hizo con puñal.
Pero yo os aseguro que, aunque herido,
se lo hice pasar mal.
¡Qué encanto tiene, de la dura guerra,
a la aldea volver,
y las cosas que no se pensó verlas
más, volverlas a ver!
¡Animo, veteranos del Imperio,
venzamos al luchar!
La guerra es la querida del soldado.
¡Hurra! ¡Viva el Zar!

. . . . . .

. . . . . .

Una masa uniforme que se mueve
sólo es el batallón.
Canta sobre la estepa
nevada, y en la noche,
se escucha su canción.
El compás de la música es su paso:
—¡Un! ¡dos! –con rítmico son.

LUIS BRUN Y LOPE-RUIZ

Nació en Madrid en 1876. Es redactor del diario «La Prensa», crítico teatral de «Nuestro Tiempo» y colaborador de innumerables revistas literarias.

Obras: «La eterna canción», poesías, 1907; «El bien perdido», novela corta, 1913.

RESIGNACIÓN

Yo amé el sol y el aire libre y las mujeres hermosas,
y vagar diciendo versos por el parque florecido,
y por las tristes callejas, que nos hablan de las cosas
románticas de otros tiempos: del amor y del olvido.

Hizo el oro con sus dones, a mi niñez placentera.
Y luego no he pretendido conquistarlo; mi fortuna
la jugué la noche alegre, de aromada primavera,
en que soñador romántico, hice versos a la luna.

Y ahora ya... mi paso incierto ya no sabe, ya no sabe
dónde ir. Hay en mi alma niebla de melancolía,
El tiempo sobre mi frente, es adusto, triste y grave.

Ya no sé si es mala o buena la senda de mi destino.
Sé que acaso por mi vida pasada, no serás mía,
y estoy solo, pobre y triste, a la mitad del camino.

ROGELIO BUENDÍA MANZANO

Nació en Huelva en 1891. Es doctor en Medicina. Ha sido director de las revistas literarias «Renacimiento» y «Centauro», de Huelva, y colabora en «El Liberal», «La Libertad», «La Esfera», «Cervantes», «Cosmópolis» y «La Pluma».

Obras: «El poema de mis sueños», 1912; «Del bien y del mal», versos, 1913; «Nácares», idem, 1916; «La casa en ruina», novela, 1917; «Lusitania», viajes por un país romántico, 1920.

NOVIA

Qué palabra más bonita: Novia!
LUCHY.

Oh novia, novia, novia... ¡Qué palabra más bella!
Suena a jazmín y a rosa, a palmera, a laurel,
tiene la luz dorada de la palabra estrella
y la dulzura dulce de la palabra miel.

Novia, novia... Palabra que a toda el a'ma llenas
como una esencia fuerte... Yo nunca había sabido
qué llena de alegrías y qué llena de penas
estabas, ay, que nunca te había conocido!

Y eras tú quién había de despertarme hoy
que ando como sonámbulo y no sé dónde voy.

Esta tarde la brisa te acaricia la frente
y el sol de tu cabello alza en tenues volutas
y mientras, en mi pecho, el corazón se siente
desbordarse de sangre, de flores y de frutas.

Novia, novia... Yo acabo de despertarme hoy
y ando como sonámbulo, y no sé dónde voy!

José Camino Nessi

Nació en Ilo-Ilo (Filipinas), de padres españoles, en 1890. Es oficial de Telégrafos. Colabora en «La Esfera», «Blanco y Negro», «Nuevo Mundo», «Los Contemporáneos», «Heraldo de Madrid», «El Imparcial», etcétera.

Obras: «Versos para los niños», poemas, 1910; «El libro de los viejos decires», poesías, 1911; «Frangancias de conseja», coloquios novelescos, 1911; «La ciudad del cielo», novela, 1912; «El caso de Sor Amor Hermoso», novela corta, 1914; «La vida estéril», ídem, 1916; «Bodas de humo», ídem, 1919; «Hogueras en la noche», poemas, 1920; «Ensueño de una noche de estío», de Shakespeare, traducción en verso y prosa, 1920. Ha traducido también varias novelas de Dickens y de Pierre Loti.

LA FERIA

Lejos se oía el ruído de la feria..
Era como un zumbido de enjambre; era un tropel
de centauros en loca dispersión...
Adornóse con luces la miseria:
lucecillas de sangre, de esmeralda y de miel;
lucecillas de azul añil... Era un bordón
el sol del orquestión
que lloraba al girar del carrusel;
¡un carrusel de potros viejos
y desteñidos por la lluvia y la experiencia,

asustados de haber ido tan lejos
sin salirse de la circunferencia!
Y aquel otro orquestión, que era un barroco altar
en el mejor tinglado, con espejos,
columnas salomónicas girando y hornacinas
en donde las muñecas puedan coquetear.
¡Un Limonair de figulinas!

Era un cascabeleo el rumor de la feria
que agitó en su capucha de bufón la miseria.

De vez en vez, rasgando el cielo, un claro
reguero, una serpiente a la que nacen alas,
y, al punto de romperse en un disparo,
un sauce llorón de iris finge el raro
lacrimear de las bengalas.
De vez en vez palpita
la vena del silencio. De las voces aquellas
no queda nada... Tiemblan con tristeza infinita
las luces de colores, como estrellas...

...Pero torna el estruendo que un instante se aplaca;
el denuesto; el requiebro nacido al relumbrón
de la faca;
el chasquido del beso y el cohete; el pregón
del mercachifle; la detonación
de la traca...
Y cuanto más arrecia el sordo son
de enjambre, más lo busca el corazón
y lo acompasa con su pulsación
el orquestión de la barraca.

¡Miseria de la feria! Llega hasta mí tu aliento
bajo un fulgor multicolor... Presiento
que en ti está la matrona
de la rosada malla, que falla en el alambre
y suelta el parasol japonés al momento
que en la red cae con una sonrisa que perdona;
—¡siempre perdona resignada el hambre!—
Y sé ¡oh feria! que en ti está combada al viento
al igual de un velamen, cada lona
que es techumbre y es muro
del hogar donde gime—, monótono conjuro
el parche del pandero que golpea la mona
a la luz del carburo.
Y sé—¡oh, feria!—que muestras al pasmo de las gentes,
la encantadora nubia que, sibilina y cauta,
se lía al cuello de ébano collares de serpientes
mientras llora en la noche la beduina flauta.
¡Feria, errante miseria;
feria, gloria irrisoria;
gloria sin laurel; feria
que apenas das el pan y haces soñar la gloria
al payaso que llora en su infortunio
y, mirando a la luna de marfil,
quiere brincar al aro claro del plenilunio
como el payaso de Banville!

Vivir tu vida de fracaso
teme y ama el poeta...
El sendero del mundo recorrer con un paso
de danza... ¡El melancólico ensueño del payaso!

Ganar el pan con una pandereta,
y, cuando de la vida llegue el trágico ocaso
quedar rígido, lívido, yerto, pelele y laso
en una última pirueta!

GONZALO CANTÓ VILLAPLANA

Nació en Alcoy (Alicante) en 1859. Ha colaborado en todos los grandes diarios y revistas de Madrid y provincias.

Es autor del «Himno a la Independencia Española», premiado por el Círculo de Bellas Artes. En el Centenario de la muerte de Cervantes, y por encargo del Gobierno, escribió un precioso himno al inmortal autor del «Quijote». Esta composición, aprobada por un Jurado y publicada en toda la prensa de España y América, le valió a Gonzalo Cantó el disgusto de que una revista de Madrid intercalara una estrofa apócrifa y que aun está esperando le paguen las 3.000 pesetas presupuestadas para premio del himno.

Obras: En colaboración con Arniches escribió algunas piezas teatrales. Después ha compuesto por sí solo innumerables zarzuelas y juguetes cómicos, entre ellos: «El asistente del coronel», 1898; «El maño , 1906, y «La paloma del barrio», 1911. Su ópera «Marcia , obtuvo el premio de 5.000 pesetas en el concurso de óperas españolas e italianas; con música del maestro Cleto Zavala, fué estrenada en los Jardines del Buen Retiro. La zarzuela «El Cristo de la Vega , con música del maestro Villa, es una joya dramática, a la que si es posible supera en valor, por su versificación flúida y armoniosa, el drama El armero de Florencia , en colaboración con Leopoldo López de Saá, y todavía inédito. «Benaventianas», poesías, 1915.

A la memoria de Don Benito Pérez Galdós

Ha muerto un español. ¿Sabéis quien era?
Un hombre de costumbres patriarcales

que ha vertido las perlas a raudales
en todos cuantos libros escribiera.

Su nombre ha traspasado la frontera;
sus bellos «Episodios Nacionales»
son páginas gloriosas, inmortales,
historia viva de la raza ibera.

La bandera española le ha cubierto
y hoy la tierra recibe los despojos
del hombre prócer, del ilustre muerto,
que por dejarnos tan honrosa herencia
primero le faltó la de los ojos
que la luz de su clara inteligencia.

BENAVENTIANAS

Hoy tus labios aproximas
al que besarlos desea,
como se besan dos rimas
para expresar una idea.

—

Desea este pecador,
al morir, si lo merece,
que le perdone el Señor,
y que en su tumba una flor
brote, y una mujer rece.

EMILIO CARRERE MORENO

Nació en Madrid en 1881. Es licenciado en Filosofía y Letras. Colabora en El Imparcial , «La Esfera , «La Novela Corta» , etc.

Obras: «Románticas», poesías, 1902; «La corte de los poetas», florilegio, 1906; El Caballero de la Muerte , poemas, 1909; «El encanto de la bohemia , conferencia leída en el Ateneo de Madrid, 3.ª edición, 1911; Los ojos de la diablesa», leyenda madrileña, 1913; «La tristeza del burdel , 1913; «La madre Casualidad , 1913; «Del amor, del dolor y del misterio», poemas, 1915; «El reloj del amor y de la muerte», leyenda madrileña, 1915; «Elvira la espiritual , novela, 1916; «Dietario sentimental , 1916; «La voz de la conseja», colección de novelas breves y de cuentos de varios, 1917; «Flores de meretricio», 1917; «La rosa del Albaicín», novela, 1917; «La copa de Verlaine , 1919; «Almas brujas y espectros grotescos», 1919; «La cofradía de la pirueta», novelas, 1920; «Los ojos de las fantasmas», poesías, 1920; «El divino amor humano», novelas, 1920; «La torre de los siete jorobados», ídem, 1920; «Nocturnos de otoño», poesías, 1920; «Las ventanas del misterio», 1920, «Retablillo grotesco y sentimental», 1920; «El espectro de la rosa», novelas, 1920; «La canción de la farándula», 1921; «Poemas saturnianos», de Paul Verlaine, traducción en verso, 1921...

El Caballero de la Muerte

Eso que estás esperando
día y noche y nunca viene,
eso que siempre te falta
mientras vives, es la muerte.

AUGUSTO FERRÁN.

I

Apoyada en el vitral,
Margarita, la cuitada,
pesares de enamorada
canta con voz de cristal.

Y su voz dice la pena
que amarga sus verdes años.
«Tiene los ojos castaños
y dorada la melena.
Suya es esa voz que suena
llorosa, en la lejanía.»

Nada se oía.
Sólo la fuente riente
decía su serenata.
Sólo la risa de plata
de la fuente.

II

La niña en su triste suerte
recuerda la despedida.
«Te amaré toda la vida...
¡y hasta después de la muerte!

Ven, caballero Ideal;
ven, romero del Amor,
ven a curar mi dolor
con tu mejor madrigal.
Suya es la voz de cristal
que suena en la lejanía».

Nada se oía.
Sólo en el clave cercano
sonó una nota perdida...
Sólo el alma dolorida
del piano.

III

La niña, al amor rendida,
sigue sus sueños urdiendo,
sigue tejiendo, tejiendo...
y lo que teje es su vida.
«¡Ya viene mi bien amado
con su melena de oro;
ya escucho el paso sonoro
de su caballo nevado!»

Su corazón la ha burlado.
Nada, allá, en la lejanía
se veía.

La luna fingía una
quimera, en el bosque umbroso.
Sólo el rostro milagroso
de la luna.

IV

«Ya estoy aquí, Margarita»
—dijo el pálido enlutado—
«Yo soy el enamorado
que nunca falta a la cita».

Ya sus mejillas ajadas
tienen tonos sepulcrales,
y sus manos ideales
están mustias y cruzadas.
Suenan lentas campanadas
que lloran en lejanía
una elegía.

No vino el blondo romero
de amor, a endulzar su suerte.
Sólo llegó el Caballero
de la Muerte.

SOFÍA (PÉREZ DE EGUÍA) CASANOVA

Nació en La Coruña en 1862. Ha colaborado en «La Ilustración Española y Americana», «El Liberal», «La Epoca» y otros muchos periódicos de España y América. Ultimamente su labor ha sido intensísima en «Las Noticias», de Barcelona, y en «A. B. C.», donde consolidó su nombre como cronista imparcial de la gran guerra. Por su labor humanitaria en los hospitales de Polonia y Rusia, fué condecorada por el zar Nicolás II, con la medalla de oro de Santa Ana, y por el rey Alfonso XIII con la gran cruz de Beneficencia.

Obras: «Poesías», 1885; «La ventura», ensayo de novela, 1887; «Sobre el Volga helado», narración de viajes, 1890; «El doctor Wolski», páginas de Polonia y Rusia, 1894; «Fugaces», poesías, 1898; «Lo eterno», narración española, 1909, «Más que amor», cartas, 1909; «La mujer española en el extranjero», conferencia dada en el Ateneo de Madrid, 1910; «Princesa del Amor hermoso», novela, 1910; «El pecado», ídem, 1911; «Exóticas», cuentos y narraciones, 1913; «Triunfo de amor», novela, 1917; «De la guerra», crónicas, 1918; «La revolución bolchevista en 1917», diario de un testigo, 1919; «Episodio de guerra», novela corta, 1921. Del polaco ha traducido al castellano: «Bartek el vencedor»; «¡Quo vadis!», de Sienkiewicz, y «Una nihilista», de Z. Kowalewska.

AMOR

En el lecho, la joven madre se sonreía,
calmando del amado la doliente extrañeza.
—Estoy bien—, murmuraba con la débil firmeza
de quien el duro trance pasó con valentía.

—¡Oh, mi esposa! ¡mi santa!—con fervor él decía,
besando de sus manos la pálida belleza,
y luego, conmovidos, tornaron la cabeza
para ver en la cuna al hijo que dormía.

En el ángulo opuesto de la estancia, una hermana
de Jesús, negro traje, alba toca, y mirada lejana,
del rosario enroscaba las cuentas en la mano...

—¡Señor, no me abandones!—su voz temblante dijo
y hundida la cabeza besó su crucifijo
con divino desprecio de aquel amor humano.

ALBERTO CASAÑAL SHAKERY

Nació en San Roque (Cádiz). Es profesor de Matemáticas en la Escuela Industrial de Zaragoza. Ha colaborado en «La Gran Vía», «Barcelona Cómica», «Pluma y Lápiz» y otras publicaciones.

Obras: «Fruslerías», versos, 1898; «Cuentos baturros», 1898 y 1900; «Cantares baturros»; «Una boda entre baturros», novela festiva en verso; «Baturradas», «Más baturradas», 1903; «Epistolario baturro», «Nuevo libro de los Enxemplos», «Romances de ciego», 1910; «Versos de muchos colores», 1912; «Jotas», en colaboración con Sixto Celorrio, 1912; «Mostilladas», cuentos; «De Utebo a Zaragoza», ídem. Ha estrenado más de treinta obras teatrales, algunas de ellas en colaboración con Pablo Parellada.

A la Virgen del Pilar

En un brillante quisiera
mi corazón trasformar,
pa ponéselo en el manto
a la Virgen del Pilar.

—

Huesca y Teruel, son dos rosas;
Zaragoza, una camelia
y la Virgen del Pilar
el lazo que las sujeta.

—

Si otra vez güelvo a ser chico
hi de aprender a cantar,
pa que me hagan infantico
de la Virgen del Pilar.

—

Le digo a la Pilarica
siempre que su imagen beso:
—Si no golviese mañana,
ya pués decir que estoy muerto.

—

En Zaragoza hi nacido.
Si quiés saber si es verdá,
pónme una venda en los ojos
y mándame ir al Pilar.

—

¡Cómo has de tener güen juicio
ni firmeza en lo que dices
si no te han pasao de chica
por el manto de la Virgen.

—

Virgen del Pilar, no olvidés
que no podrían vivir
ni España sin Zaragoza
ni Zaragoza sin ti.

—

Al arrojarse en sus brazos,
el Ebro le dice al mar:

—¡No sé a qué viene ese orgullo
si no has besado el Pilar!

—

Junto al Ebro echo una jota
en cuanto el Pilar se cierra,
pa que se entere la Virgen
de que estoy de centinela.

—

Aragón está en España,
Zaragoza en Aragón;
el Pilar en Zaragoza
y en el Pilar mi ilusión.

—

Si pretendes que yo crea
que es verdad lo que me dices,
no lo jures por tu vida,
júramelo por la Virgen.

—

La Virgen se enorgullece
cuando un matraco va a verla,
pues al besarla un baturro
toda España es quien la besa.

—

Mi corazón he partido
en dos pedazos iguales;
el uno, es para la Virgen
y el otro, para mi madre.

Cayó a los pies de la Virgen
una bala de cañón,
y dijo:—Hacen falta muchas
para que reble Aragón.

CRISTÓBAL DE CASTRO Y GUTIÉRREZ

Nació en Iznajar (Córdoba) en 1879. Ha sido redactor de «La Correspondencia de España» y «Heraldo de Madrid» y director de «El Tiempo». Ha publicado versos en casi todos los diarios y revistas de España y América.

Obras: «Las niñas del registrador», novela, 1902; «El amor que pasa», versos, 1903; «Rusia por dentro», estudios, 1904; «Luna, lunera», poesías, 1908; «Gerineldo», poema dramático, en colaboración con Enrique López Alarcón, 1908; «Las insaciables», novela, 1909; «La luna de la sierra», de Luis Vélez de Guevara, refundición, 1909; «Las manos largas», en colaboración con E. López Alarcón, 1909; «Cancionero galante», 1910; «La bonita y la fea», novela, 1910; «El anzuelo de Fenisa», refundición de la comedia de Lope de Vega, 1913; «Cortesanos y cortijeras», 1915; «Catálogo monumental y artístico de España. Alava», 1915; «Biografía política y parlamentaria de don Nicolás María Rivero», 1915; «Las mujeres», 1917; «El abanico de lady Windemore», comedia de Oscar Wilde, 1919; «Las proféticas», versos, 1920; «Ideario Español. Ganivet», en colaboración con José García Mercadal, 1920; «Lais de Corinto», novela, 1921; «La interina», ídem, 1921; «Sólo mujeres», novela corta, 1921. Ha seleccionado y ordenado discursos parlamentarios que constituyen varias Antologías.

La Princesa Amor

—Padre Pensamiento..
—Hijo Corazón...
—No me dejas solo?
—No te dejo, no...

—Déjame ir delante,
padre, que aun hay sol.
—Ve delante, hijo,
mas con precaución.
—Qué hay que temer, padre?
—Hijo, ¡sabe Dio !
—¡Siempre con temores!
—¡Siempre sin temor!

—

Al mediar camino,
se les pone el sol.
Al mediar camino
les anocheció.
—Padre Pensamiento...
—Hijo Corazón..
—Qué pájaro canta?
—Canta el ruiseñor.
—Qué es aquel castillo?
—El de la Ilusión.
—Quién habita en él?
—La princesa Amor.
—Es muy linda, padre?
—Hijo, como el sol.
—Qué hace en el castillo?
—Vive en reclusión.
—Es, como en los cuentos,
que alguien la encantó?
—Es, como en la vida,
que es todo ilusión...
—Padre, ¡quiero verla!
—Hijo, ¡por favor!

—Déjame a mí solo!
—¡No te dejo, no!

—

En la noche oscura
canta el ruiseñor
y en las altas torres
una luz brilló...
—Padre, ¿ves la luz?
Nadie respondió...
—Padre: es ella, es ella.
¡La princesa Amor!
Padre, ¡aquellos ojos!
Padre, ¡aquella voz!
Padre, ¿no me escuchas?
Nadie respondió...
—¡Padre Pensamiento!
dijo con horror.
Y sonó, lejano...
—¡Hijo Corazón ..!

Luis de Castro y Gutiérrez

Nació en Iznajar (Córdoba) en 1889. Colabora en «La Esfera», «Nuevo Mundo», «Mundo Gráfico», etc.

En «El Correo Español», «La Tribuna y otros diarios madrileños ha publicado muchas poesías.

Obras: «De la guerra y del amor»; «Rosa mística», novela, 1914; «La voluntariosa», ídem, 1916; «Modistas y estudiantes ; «Los diputados en broma».

El Juglar Mercenario

Soy juglar de feria, humilde trovero
que va por lugares y por romerías,
recitando trovas de su cancionero
hecho con las flores de las picardías.

Amor he gustado por esos caminos,
adorando a mozas de burdos sayales,
y he cantado loas y mil desatinos
entre los festivos cortejos nupciales.

Mi musa, es heraldo de la regalía,
más de una ventera sabe mis canciones,
y donde me asiento me hacen cortesía
tanto los buhoneros como los bufones.

A mí son llegadas mozas de la sierra
para que las sane su mal de palores,
y con estos labios—gusanos de tierra—
he puesto en sus rostros joyeles de amores.

Me inicié en las artes de barraganías
escuchando cuentos por esos mesones,
oyendo a terceras en las mancebías,
dándome puñadas con los bravucones.

Costome un requiebro a cierta ventera,
porque el mesonero se creyó burlado,
sentir como un zarpo su puñada fiera
y mirarme el rostro, todo ensangrentado,

amén, de dos muelas, que, un revés certero,
incrustó vecinas a mi pobre nuca...
¡Por como pegaba a prisa el ventero,
debieron tratarle los Vargas Machuca!

Esta aventurilla púsome en pecado
de andar errabundo por las carreteras,
entre cuadrilleros de rostro alargado
famosos dotores del mal de galeras.

En ellas, maestro de robo y atraco,
nadie aventajóme a hurtar un bolsillo,
toda la gallofa, proclamóme Caco,
honor no alcanzado ni por Cortadillo.

Salí de prisiones, cambié de destino
cambiando el carácter de burlo, en austero,
y fuí por entonces, un buen peregrino,
que «El Santo» llamaban por lo milagrero.

Troqué luego el sayo, por esta alegría,
que entre cascabeles, dentro me retoza,
y huí una mañana de cierta alquería,
llevándome juntos la mula y la moza.

Y como la suerte me quiso trovero,
recorro lugares, ventas, romerías,
recitando trovas de mi cancionero,
hecho con las flores de las picardías...

MIGUEL DE CASTRO Y GUTIÉRREZ

Nació en Iznajar (Córdoba) en 1889. Colabora en las principales revistas literarias.

Obras: «Trovas del juglar», poesías, 1909; «Cancionero de Galatea», ídem, 1913; «Los mejores poetas contemporáneos», antología (con seudónimo de «Pedro Crespo»), 1914; «La alondra del barbecho», poesías, 1915.

La loba encadenada

¡Andalucía esclava
que eres como una loba uncida a un yugo!
¿No romperás la clava
con que te aguijonea tu verdugo?

No da el tirano tregua.
La Andalucía de la ruda historia,
siempre atada al dolor, como la yegua
flaca, que gira en torno de la noria!

Un crepúsculo rojo
tiñe de sangre el trigo de las hazas,
y en la paz del ra trojo
muerde el gañán rencore y amenazas.

Viene ya en carro alado
como las Oceánidas, las simientes

de un pueblo a quien azuza su pasado,
que aplastará cabezas de serpientes.

Miro arribar la era
que pondrá en vuestras manos el cetro juez,
¡segadores de Utrera
y labriegos del campo de Jerez!

Temis, la loba, morderá ese yugo
y ha de alzarse triunfante sobre el lodo,
en la diestra unas páginas de Hugo,
y en los labios un canto de Hesíodo.

La morena campiña está de duelo,
sin manos las estevas y las hoces.
Brazos de maldición se alzan al cielo
y hay miradas feroces

fijas en la ciudad.. Gentes labriegas
hablan de sedición por los caminos
y el Poniente, al sangrar, tiñe las vegas
de tonos purpurinos.

Quizá ese día blanco, que hoy ignora
el labriego, surja ahora...
Llegará, tras la sangre de un Ocaso,
cabalgando en los hombros de la aurora!
¡como Bellerofón sobre Pegaso!

RICARDO JOSÉ CATARINEU

Nació en Tarragona en 1838. Colaboró en «Madrid Cómico» y, con el seudónimo de Caramanchel», en «La Correspondencia de España». Murió en 1915.

Obras: «Versos», 1867; «Flechazos», poesías, 1889; «Tres noches», poemas, 1890; «El Tibidabo», poesías, 1890; «Giraldillas», idem, 1893; «Los fiambres», juguete cómico, 1897; «Los forzados», poesías, 1889; «Venalidad», drama, 1902; «El deber», comedia, en colaboración con Pedro Mata, 1906; «Estrofas», 1907; «La otra», comedia, en colaboración con P. Mata, 1907; «La sombra», ídem, en colaboración con el mismo, 1911; «Madrigales y elegías», 1913; «El equipaje del rey José», arreglo de la novela de Pérez Galdós. Varias traducciones.

CURIOSIDAD

De los niños radiantes que iluminan mi hogar,
el que al nido amoroso fué el primero en llegar,
el que lleva cinco años sonriendo a mi vida,
tiene una encantadora precocidad florida
de palabras, de imágenes, de canciones... ¡Qué hermosa
es la vida, al arrullo de su voz melodiosa!...
Pero este dulce niño con sentencias de viejo
hace a veces preguntas que me ponen perplejo,
porque de contestarlas no acierto con el modo.
Y es lo peor del caso que lo pregunta todo!

Por esto son amables nuestras conversaciones
cuando él suelta el torrente de sus peroraciones;
pero son mi martirio si callar se le ve
y, al ponerme yo a hablar, me interrumpe: —¿Por qué?
—Papá, ¿por qué es de noche? —Porque el sol se ocultó.
—¿Y por qué se ha ocultado? —Porque el día pasó.
—Y por qué pasó el día? —¡Porque el tiempo es así!
—¿Volverá a ser de día? —Sí. —¿Por qué? —Porque sí.
—Yo le explico mil cosas, y al fin digo: No sé.
—¿Y por qué no lo sabes? —Porque no. —Dí, ¿por qué?
Enojado de oirle preguntar con exceso,
le doy, como castigo, por ser curioso, un beso.
¿Quién cas iga esta curiosidad divina,
amparada en la música de una voz cristalina
y engendrada al calor de un enérgico imperio
del afán nobilísimo de rasgar un misterio?...

¡Oh, los primeros vuelos por la vida! ¡Oh, las cosas,
feas y viejas, vistas como nuevas y hermosas!
¡Oh, hallar a cada paso una nueva sorpresa,
algo que nos deslumbra o que nos interesa!

¡Oh, primeros aromas de un capullo! ¡Oh, fulgores
nacientes de un espíritu! ¡Oh, infantiles temores,
zozobras, alegrías, inquietudes y ensueños!
Yo adoro vuestra dulce curiosidad, pequeños.

Mi alma, como las vuestras, en tinieblas se ve,
y a Dios vuelve los ojos, preguntando: —¿Por qué?
Y a Dios, sigue en silencio, ¡un silencio muy hondo!
¿Quién vendrá a responderme, como yo te respondo,
hijo mío del alma? ¿Quién será para mí
tan paciente y solícito como yo para ti?

¿Quién querrá descifrarme los misterios que ignoro?
¿Quién me oirá con el ansia con que te oigo y te adoro?
¿Quién dará, a todas horas complaciente, al exceso
de mi curiosidad, su respuesta o un beso?

Cuando yo miro en torno de mi vida el rebaño
de la turba que lleva por bandera el engaño,
la osadía por ídolo, la codicia por norma
—y a los nobles en viles su egoísmo transforma,—
—y que el triunfo respeta del más fuerte, y que oprime
al que teme, al que tiembla, al que implora, al que gime;
cuando miro al canalla poderoso y bravío,
o a los hijos del bueno—como tú, encanto mío,—
en la red de un brumoso porvenir, sin saber
si podrás tú mañana ni mi besos tener;
cuando pienso que otro ángel—como tú, vida mía,—
junto a mí despertaba, junto a mí sonreía,
y la traidora muerte, con su maldita calma,
le arrancó de mis brazos, le arrancó de mi alma,
¡ay!, entonces, sintiendo el zarpazo en la fe,
alzo al cielo los puños y pregunto: —¿Por qué?

Pregúntame, hijo mío, pregúntame mil cosas,
para mí todas tristes, para ti luminosas;
temple mi alma el arrullo de tu voz cristalina,
de tu curiosidad la música divina...

SIXTO CELORRIO GUILLÉN

Nació en Calatayud (Zaragoza) en 1870. Es abogado. Ha sido presidente de la Diputación provincial de Zaragoza, gobernador civil de Granada y diputado a Cortes. En la actualidad es Senador del Reino Ha colaborado en Madrid Cómico», Heraldo de Aragón» y otros periódicos regionales. Fué premiado en varios Juegos Florales, en el concurso de cantares de «A. B. C.», etc.

Obras: Paella aragonesa», colección de cantares, cuentos baturros y composiciones festivas, 1901; «Jotas», cantares aragoneses, en colaboración con Alberto Casañal, 1912.

¡QUÉ LÁSTIMA!

Para un concurso anunciado
no recuerdo en qué nación,
pintó un artista afamado
la imagen de la Ocasión.
Era la imagen citada
una mujer hechicera,
de expresión muy agraciada
y *abundante cabellera,*
que con un traje, pariente
del que usó San Sebastián,
dormitaba dulcemente
sobre anchuroso diván.

El cuadro, a primera vista,
causó gran admiración
y fué elogiado el artista
por su hermosa producción.
Si encerraría primores
el lienzo, que ¡caso raro!
hasta los opositores
lo aplaudían sin reparo.
Y era público el rumor
de que imagen tan preciosa
le aseguraba a su autor
la distinción más honrosa...
Llegó el día señalado,
fué en aumento la impaciencia,
y reunióse el jurado
para dictar la sentencia.
Mas del fallo, sin premiar
salió aquel lienzo notable,
y esta omisión dió lugar
a un conflicto formidable.
La prensa, contra los jueces
se desató en improperios
y ocurrió lo de otras veces,
que hubo disgustos muy serios.
Hasta que harto el Tribunal
probó de un modo evidente
que era su fallo imparcial
dando la razón siguiente:

Premiar la tal producción
era todo nuestro anhelo;
pero tenía un borrón,
porque ¿cuándo a la Ocasión
se la ha pintado con pelo?

JUAN DE CONTRERAS Y LÓPEZ DE AYALA

Nació en Segovia en 1893. Es marqués de Lozoya, caballero del hábito de Santiago y correspondiente de la Real Academia de la Historia. Colabora en «El Debate», la revista «Voluntad» y en todos los periódicos segovianos.

Obras: «Doña Angelina de Grecia», ensayo biográfico, 1913; «Poemas arcáicos», 1913; «Poema de añoranzas», 1915; «Sonetos espirituales», 1918; «Poemas castellanos», 1920, que ha obtenido el premio Fastenrath.

EL VENCIDO

Ya no saldré de aquí, mi dulce amiga.
La espada he de colgar del talabarte;
vencido estoy, y muerto de fatiga,
huyendo del recuerdo que me hostiga,
de mi antigua traición, vengo a buscarte.
Acógeme cual soy; no he de ofrecerte
el cuerpo recio, el ánimo gallardo
que se alejó de ti, sereno y fuerte;
vengo pobre y enfermo, y a la muerte
sin impaciencias ni temor aguardo.
Para esperar, la vida silenciosa
que por quimeras vanas di al olvido,

busco en mis lares, y tu amor de esposa,
no extinguido tal vez... ¡Sé generosa,
que es muy mucho, mujer, lo que te pido!
Estos campos dorados, esta aldea
que hallaba, en mi locura, tan pequeños,
me sobran ya, después de la pelea.
La casa en que nací, quiero que sea
sepulcro de mis glorias y mis sueños;
y en ella, un aposento, do las cosas
sean recuerdo de la edad florida,
y de un libro las páginas gustosas
que me hablen de las vías misteriosas
de Dios, y del Amor, y de la Vida.
Y una ventana donde el aire puro
y la fragancia del jardín respire,
y un antiguo sillón de roble duro
y un Cristo renegrido sobre el muro
que con sus ojos de piedad me mire.
¡Cuántas veces soñé, cuando la nave
hendía el llano de la mar lejana,
mecida de los vientos, como un ave,
en la casa, en tu voz, tranquila y grave,
en el libro, en la cruz y en la ventana!
De todos mis ensueños peregrinos
tan sólo tú me quedas; si tú callas
la palabra que guarda mis destinos,
el pan mendigaré por los caminos,
perdida la postrer de mis batallas.

He de contarte la derrota mía.
¡Triste historia en verdad! Mujer, escucha:
Partí al amanecer de un bello día...
¡Si tú supieras cuán me parecía
pequeño el mundo, al comenzar la lucha!

JUAN LUIS CORDERO GÓMEZ

Nació en Cáceres en 1882.

Obras: «Almas», novela; «Varias poesías ; «La molinera», novela; «Mi torre de Babel», poesías, 1908; «Eróticas , ídem, 1909; «La Duda , novela, 1909; «Vida y ensueño», poesías, 1911; «Mi patria y mi dama», idem, 1913; Las dos sendas», comedia en colaboración con Federico Reaño, 1914; La tragedia del héroe , poema, 1915; Regionalismo», problemas de la provincia de Cáceres, 1917; Cosas de la vida , cuentos y poemas, 1917.

Al caer las hojas

Sólo un mes hace que ha nacido
el ángel puro de mi amor,
y ni un instante le ha cedido
de mansa tregua el cruel dolor.
Toda su vida es un quejido,
tenue, letal, conmovedor,
que mis entrañas ha mordido
con loco anhelo destructor.
Esta mañana lo he besado
y dulcemente me ha mirado
como si ya me conociera...
¡Bendito Dios de los amores!
Si era su sino de dolores,
¿por qué quisiste que naciera?

* * *

Me llenan de sombras
falaces recuerdos:
locuras pasadas,
culpables anhelos...
y surgen fatídicos
mis remordimientos.
Remembranzas bíblicas
con dolor revuelvo...
¿Será que en mis hijos
se paguen mis yerros?
¡Angelito mío...
tan puro y tan bello!
¡Dios del Sinaí,
bárbaro es el precio!

FELIPE CORTINES Y MURUBE

Nació en Los Palacios (Sevilla) en 1884. Es doctor en Derecho. Ha colaborado en «La Ilustración Española y Americana» y «Blanco y Negro».

Obras: «Ideas jurídicas de Saavedra Fajardo», tesis doctoral, 1907; «De Andalucía», rimas, 1908; «El poema de los toros», 1910; «Nuevas rimas», 1911; «Jornadas de un peregrino», viaje a la Tierra Santa, 1913; «Romances del camino», 1916; «Elogio de Sevilla», crónicas y artículos, 1916; «Un sevillano en París», 1918; «El poema de los Seises», 1920.

EL PASO

Calle de la Amargura,
este Paso del Cristo de la O,
llevaba el Nazareno con agobio
la cruz de su dolor.
Sobre la canastilla era la imagen
lirio de las montañas de Sión...
¡Qué riqueza de joya,
el madero de Dios!
La plata y el carey relucían
como llamas del sol,
y el pueblo sevillano una leyenda
formaba de piadosa tradición:

El mar. . los navegantes... el milagro
del Cristo de la O.

* * *

Al término del Paso, dulcemente,
como sostén de amor,
un ángel de rodillas, diminuto,
que sus alas abrió
levantar de la tierra parecía
el árbol que pesaba al Redentor:
En esta noche triste,
de la Semana Santa evocación,
cuando Sevilla te contempla absorta
¡yo quisiera, Señor,
que ese ángel pequeño de tu Paso
fuera mi corazón!

Carlos Luis de Cuenca y Velasco

Nació en Madrid en 1849. Es auditor de división retirado, decano de los gentileshombres de casa y boca de S. M. y vicepresidente de la Asociación de escritores y artistas. Ha sido redactor del «Heraldo de Madrid», «La Ilustración Española y Americana», «La Correspondencia Militar», «A. B. C», y «Gedeón», redactor-jefe de «Blanco y Negro» y hoy literario de «El Debate».

Obras: «Mambrú», zarzuela, 1872; «Un nudo morrocotudo», ídem, 1872; «El marquesito», comedia, «La herencia de un rey», drama, 1874; «Entregar la carta», comedia; 1877; «Cristóbal Colón», ópera, 1892; «Alegrías», versos festivos, 1900; «Lysistrata», opereta, en colaboración con Adelardo Fernandez Arias, 1905; «Lo que son las cosas», novela corta.

MI GRACIA

A falta de abuela, pariente ni amigo
que diga mis méritos si yo no los digo,
quiero, aunque la cosa resulte violenta,
canovasearme por mi propia cuenta.

Y el que de soberbia las cuentas me ajuste,
que me *silvelice* todo lo que guste;
porque, como nada me altera la calma,
se me *sagastea* por el cuerpo el alma.

Yo me *aguilerezco* al castigo a veces,
pero no me apuro por *castellaneces;*
si así hubiera sido desde el primer día
quizás otro gallo me *castelaría.*

¡Ay, yo me he pasado mis horas penosas
salmeronizando lo que son las cosas!
Yo quise primero conseguir la fama
feliucodinando drama sobre drama,

echegarayendo de cierta manera
o *clarineando* lo que otro escribiera;
pero nunca daba con el argumento:
yo no siento el drama, y eso es lo que siento.

Deploro igualmente no sentir la crítica:
yo nada hallo malo, ni aun en la política;
ni malo, ni sucio, ni falso, ni feo...
¡ni *cabrillanizo* ni *reparazeo!*

Busqué otros caminos, sin que consiguiera
que el lírico numen me *nuñezdearciera;*
quise hacer artículos en prosa castiza,
mas no se me *emiliapardobazaniza.*

Yo nunca consigo, por más que lo ensaye,
nada que a las gentes *menendezpelaye.*
Siempre a la fortuna la encuentro rehacia.
Yo no tengo firma y yo tengo *gracia,*

y como me apena vivir ignorado
teniendo yo gracia..., ¡soy muy desgraciado!
No es gracia de aquella que alegra los tristes
ramoscarrionando comedias y chistes,

ni *vitalaciendo* pasos y entremeses;
ricardovegueros ni *javierburgueses.*
Mi gracia es distinta, mas no se repara;
¡algo *taboadiera* por que se *caviara!*

No cobro por ella honorarios módicos
perezuñigando en muchos periódicos,
fernandezsawando zarzuelas bravías
ni *lopezsilvando* madrileñerías,
porque tengo gracia, pero no es flamenca;
¿que cómo es mi gracia?—Carlos Luis de Cuenca

FÉLIX CUQUERELLA Y ALONSO

Nació en Avilés (Asturias) en 1876.

Obras: «Romances y poesías cortas», 1900; «Amor maternal», poema, 1902; «Del amor», 1905; «La paz del bien», comedia, 1909; «Por las sendas del vivir», 1911; «Romances del bien y del mal», 1913; «Jardín pasional», álbum, 1916.

Versos del Estío

Niña hechicera:
Yo bien quisiera
contigo al campo poder salir.
Tengo que hablarte
para contarte
cosas muy dulces. ¿Quieres venir?
Mira... En el campo nadie nos mira.
Todo en el campo murmura amores,
todo en el campo pasión inspira,
los arroyuelos murmuradores,
la dulce brisa que amor suspira,
aves y flores.
¡Vámonos lejos de la ciudad!
Que allí, en oculto y bello paraje,
sentado cerca de un arroyuelo

y en el follaje
que alfombra el suelo,
yo iré poniendo sobre el encaje
de tu regazo, con noble anhelo,
lirios, claveles, nardos y rosas;
yo iré cogiendo las mariposas
que en torno tuyo tiendan su vuelo
como envidiosas
de tu fragante virginidad.

¡Vámonos, niña! ¿Quieres...? Y en tanto
que yo te canto
mágicos versos de juventud,
oirás, bien mío, cómo a tu oído,
cual eco santo,
llegan rumores y melodías
de sensaciones que no has sentido;
cómo te arrullan las poesías
que, por ti, al viento dé mi laúd.

Oirás el eco de la montaña
que la cabaña
recorre lento,
cual juramento
que se repite brindando amor.
Oirás el viento
que travesea por la espesura
y que a su paso, tenue o violento,
risas, placeres, sin fin murmura.

Verás cuál corren por la pradera
los pajarillos cantando albricias
y, en su carrera,

cómo le huye y, huyendo, espera
por las caricias
del compañero, la compañera
del ruiseñor.

Verás por último, que, lentamente,
se irá extendiendo por el ambiente
de amantes besos un rumor vago
que te acaricie plácidamente...
Y cómo surgen del terso lago
dulces nereidas, hadas y ondinas
cantando, en arias y en sonatinas,
bellos idilios de amor por ti.

¡Vámonos! ¿Quieres, niña preciosa?
Que allí en el campo, serás dichosa
oyendo versos que no has oído,
viviendo dichas que nos ha vivido...
¡cerca de mí!

LUIS CHAMIZO TRIGUEROS

Nació en Guareña (Badajoz) en 1894. Es abogado.
Obras: «El miajón de los castúos», rapsodias extremeñas, 1921.

EL CHIRIVEJE

Pimpollo, rey de tu madre,
miaigirrinina de la groria mesma
que cayó de los cielos desprendía
del botón reluciente d'una estrella:
no me jagas pucherinos
cuando yo te jaga fiestas;
ponme los ojillos tunos,
relámbiate con la lengua,
jame'l angó, muchachete,
que voy a dalte la teta.

Míala, túmbate a la larga,
chachino, chúperretea
jasta qu'el cholro del pezón rebose
los bujerinos de tus tragaeras.

Asín, con genio, mu juerte,
manque t'aplastes las narices mientras
y endispués, de muchacho, te se note
que las ties porrillúas y retuertas,
qu'a esos que tienen la naris picúa
sus madres ajuyéronle las tetas.

Lucero, pan y condío.
espiguina de carne de mis eras,
suerbe p'adrento remetiendo juncia,
larga chupones atizando yesca,
pa que aluego, cuando mozo,
naide te moje la oreja.

Rempuja tú con genio, chiriveje,
chupa jondo y bochinchea,
chiquenino de tu casa,
muñequino jormao de miel y cera
que derritió'l aliento de tu padre,
que yo cuajé con sangre de mis venas,
que Dios jizo al igual que semos dambos
pa que tos devinaran tu nacencia:
remete'l jociquino bien p'adrento,
rempuja con toá tu juerza,
que asín el chipirritón saldrá segulo
con dos gorpes tan sólo qu'arremetas.

Descudia tú, preciosino,
no te acagaces y aprieta,

manque se nisguen tus nacices guapas
y te se pongan retuertas,
que por estas señales se conocen
los muchachos castúos de tu tierra,
los hijos de las madres que son madres
tan aína que Dios las jace jembras;
porque aquí, pa nusotros, tós sabemos,
com'una cosa mu cierta,
qu'a esos que tienen la narís picúa,
sus madres ajuyéronle las tetas.

SINESIO DELGADO GARCÍA

Nació en Támara (Palencia) en 1859. Es licenciado en Medicina, Fué director del «Madrid Cómico». Colabora en «El Liberal», «A. B. C.», «Blanco y Negro» y otros muchos diarios y revistas. Fundó en 1899 la Sociedad de autores españoles.

Obras: Pólvora sola, verso, 1888; «Almendras amargas», ídem, 1893; «...Y pocas nueces», ídem, 1894; «Lluvia menuda», ídem, 1895; «Artículos de fantasía», cuentos, 1896; «El huevo de Colón», ídem, 1896; «España al terminar el siglo XIX», 1897, 1900; «Mi teatro», historia de la Sociedad de Autores, 1905. Entre sainetes y zarzuelas ha estrenado más de ciento.

Las Cartas Perdidas

Tras una horrible noche, en que chocaron
con ímpetu furioso dos ejércitos,
en ambos lados de la extensa línea,
y entre las llamaradas del incendio
que destruye los bosques seculares
y calcina las ruinas de los pueblos,
sorprende el día al hormiguero humano
en la tarea de enterrar los muertos.

Son muchos; tantos, que sus cuerpos forman
extensas manchas en los campos yermos

y los regueros de la sangre cubren
la planicie, florida en otros tiempos...
Interrumpen de pronto las azadas
su labor en el vasto cementerio
porque vibran lejanas las cornetas
que anuncian la llegada del correo,
y los hombres se yerguen, esperando
con la ansiedad del desterrado, el pliego
que ha de traer consuelos y esperanzas,
y suspiros, y lágrimas, y besos.

—

Llegan las cartas a millares. Llevan
las bendiciones de los padres viejos,
las risas de los niños, las plegarias
que se elevan a Dios desde los templos,
los acentos de amor y de ternura
de las doncellas tímidas, los ecos
de las campanas de las viejas torres
que semejan quejidos y lamentos...
Pero cientos de miles de esas cartas
que manos temblorosas escribieron
se detendrán al borde de las tumbas
sin encontrar destinatario y dueño.
¡Nadie jamás las abrirá! Suspiros,
lágrimas, esperanzas y consuelos
se hundirán en las sombras infinitas
perdidos en el caos del misterio,
porque los dedos que al romper los sobres
ansiosos temblarían, están yertos,
agarrotados, rígidos, clavados

sobre la tierra que caerá sobre ellos,
y los viejos, los niños, las mujeres
que el alma entera en el papel pusieron
tendrán a sus palabras cariñosas
la terrible respuesta del silencio...

Narciso Díaz de Escovar

Nació en Málaga en 1860. Es abogado y licenciado en Filosofía y Letras. Ocupa, entre otros cargos, los de Delegado regio de Primera enseñanza y de Bellas Artes y profesor de Historia del Teatro en la Academia de Declamación de su ciudad natal. Es correspondiente de las Reales Academias de la Historia y de San Fernando. Posee la cruz de Beneficencia, gran cruz de Alfonso XII, etc. Ha dirigido innumerables revistas y «El Correo de Andalucía». Hoy colabora en «Heraldo de Madrid», «La Ilustración Española y Americana», «Blanco y Negro», «Mundo Gráfico», etc. Redacta una crónica quincenal para el «Diario Español», de Buenos Aires.

Obras: «Por un beso», novela, 1879; «Notas perdidas», cantares, 1881; «Poesías premiadas» (en Juegos Florales), 1882; «Efímeras», poesías, 1882; «Malagueñas», 1682; «Más notas perdidas»; 1883, 1889; «Homeopatía», novelas, 1885; «Ratos de buen humor», artículos, 1885; «Cantares escogidos», 1890; «Más cantares», 1890; «Mis cantares», 1692; «Percheleras y trinitarias», cantares, 1892; «Cantares del soldado», 1893; «Galería de malagueñas», 1901; «Mis coplas», 1901; «Guitarra andaluza», cantares, 1912; «Colección de sonetos , 1913; «Nuevas coplas», 1917; etc.

Sobre historia de Málaga ha publicado más de veinte libros, y acerca del teatro español, buen número de estudios bio-bibliográficos. Ha escrito también obras de carácter jurídico. Sus piezas teatrales, juguetes cómicos, zarzuelas, dramas y monólogos, pasan de ciento.

CANTARES

Su cuerpo es como tu cuerpo,
su cara es como tu cara,
pero sus ojos no llegan
hasta el fondo de mi alma.

—

¡Ya murió la pobre,
ya murió mi madre!
¡ni miran sus ojos, ni pueden sus labios
volver a besarme!

—

Un sastre mintiendo estaba
y le argumentó un barbero,
y un sabio saber no pudo,
cual era más embustero.

—

Gitana de los Percheles,
dime la *buenaventura,*
mas *ventura* no has de darme,
y *buena* no serás nunca.

—

¡Maldito, serrana, el día
en que puse mi cariño
en quien no lo merecía!

—

Por la salud de mi madre,
que lo que has hecho conmigo,
tienes que pagar con sangre.

—

Toito lo que te jablo,
toito es finjío,
porque ni yo te quiero
ni te he querío.

—

Yo he visto mujeres tontas
y hombres con mucho talento,
y vi que hicieron los sabios
lo que las tontas quisieron.

—

Tu reja, con ser de hierro,
acaso me compadezca,
al verme ronda que ronda,
sin que te asomes siquiera.

—

Tanto y tanto me quería
que me besó cariñosa
la mano con que la hería.

—

Dos manos más blancas
no he visto en mi vida,
¡hasta la azucena que llevas al pecho
se muere de envidia!

El que tiene penas canta
y al viento da sus cantares,
que los cantares son penas
que a los cielos lleva el aire.

JOAQUÍN DICENTA (HIJO)

Nació en Madrid en 1893.

Obras: «El libro de mis quimeras», poesías, 1912; «El bufón», tragedia, 1913; «Lisonjas y lamentaciones», poesías, 1913; «El baile de Panaderos», novela; «El idilio de Pedrín», poema, 1916; Gente de honor», 1920.

PASTORIL

De la cañada en el fin,
donde empieza el roquedal,
al lado de su mastín
está llorando el zagal.

Lejos se escucha, pausado,
de una carreta el andar;
el eje, mal engrasado,
gira con agrio chirriar,
los bueyes pesadamente,
con paso triste y cansino,
van subiendo lentamente
a lo largo del camino,
y con cantar plañidero,
al lejos de la cañada,
marcha entonando el boyero
su misteriosa tonada:

«¡Que no la llames;
que ya no viene!...
Se ha marchado de la Sierra
con otro novio que tiene...
¡Que no la llames;
que ya no viene...!»

* * *

—Hízome que la adorara
para matarme de amor...
¿Por qué era linda su cara?—
dice, llorando, el pastor.

—Si llorar porque la vi
había de ser mi sino,
¿por qué ella vino hacia mí?
¿Por qué la hallé en el camino?

Si hoy a mi lado tornara,
¡le negaría mi amor!
No... ¡Nunca se lo negara!—
dice, llorando, el pastor.

Si hoy a mi lado volviera,
la daría mi querer.
¿Por qué no torna? ¿Qué espera?
¿Por qué a mí no ha de volver?

Se oye a lo lejos el canto
que melancolías tiene:
«¡Que no la llames;
que ya no viene...!»

* * *

—Si aquí a buscarme volviera
arrepentida la moza,
por un beso le ofreciera
mi pan moreno y mi choza.

Para que la que fué mía
la montaña hallase franca,
a su lado marcharía
mi mastín con su carlanca.

Todo mi amor lo daría
porque me volviese a amar...
¡Todo!—el pastor repetía
con amargo sollozar.

—¿Tornará un día a mi lado?
Vuelve a la tierruca, moza...
A la vera del ganado
y al abrigo de mi choza.

Aun vive en ella el calor
de nuestro mutuo querer...
Si en ella está nuestro amor,
¿por qué a ella no has de volver?

Y la canción del boyero
con eco triste hacia él viene:
«Marchóse de la montaña
con otro novio que tiene...»

De la cañada en el fin,
donde empieza el roquedal,
al lado de su mastín
sigue llorando el zagal.

* * *

Sus lágrimas son en vano,
y en vano su padecer...
El mastín lame su mano...
La moza no ha de volver...

Y aun él esperanza tiene...
Mas, como un ¡ay! lastimero,
en el aire se sostiene
la tonada del boyero:
¡Que ya no viene!...
¡Que ya no viene...!»

Enrique Díez-Canedo y Reixa

Nació en Badajoz en 1879. Colaboró en la revista «Renacimiento». Es redactor del semanario España , «El Sol» y La Voz». Profesor de Historia del Arte en la Escuela de Artes y Oficios de Madrid y de Lengua francesa en la Escuela Central de Idiomas. Ha pertenecido a la Junta directiva y a las de varias secciones del Ateneo de Madrid.

Obras: «Versos de las horas», 1906; La visita del sol , poesías, 1907; Del cercado ajeno , versiones poéticas, 1907; «Imágenes», ídem, 1910; La sombra del ensueño», poesías, 1911; «La poesía francesa moderna , en colaboración con Fernando Fortún, 1913; Sala de retratos», prosa, 1920. En prensa: «Conversaciones literarias». Ha traducido obras de Montaigne, Heine, Francis Jammes, Esquilo, André Gide, J. J. Tharaud, Bjornson, y libros de historia del arte de Armstrong, Ricci y Masero.

Con el hijo en los brazos

Me has atado a la vida,
Señor, por este niño.
En mis ojos el mundo
tiene aquella pristina
luz de tu creación,
aquella matutina
prenda de anunciación
que ya no ven los hombres
en su senil ceguera.

Todo es bueno: la calma,
la inquietud, la zozobra,
la angustia, el sufrimiento,
porque todo es tu obra,
porque no hay desaliento
ni desesperación.
Me has atado a la vida.
Todo es noble y hermoso.
¡Vivir eternamente
no en mí, sino dejando
mi vida a un ser igual!
Recibir de la fuente
las aguas, conducirlas
en plácida corriente
al cauce del torrente
que al río ha de llevarlas,
y allá, juntas con otras,
que a la mar se encaminen,
su lecho natural...
Tengo al hijo en los brazos.
¡Oh amor de amor nacido!
¡Comunión inefable
de mi ser con su ser,
como desdoblamiento
de mí mismo, que él mismo
no puede comprender!
¡Oh inefable dulzura!
¡Que lo comprenda un día
cuando tenga en los brazos
al hijo de su sangre,
cuando se sienta lleno

de este infinito amor,
con el gozo sereno
de ver no interrumpida
la sagrada cadena
de nuestra humana vida,
que formada en el seno
de aquella Voluntad
con que creaste el mundo,
sale de tu palabra,
Señor, y va creciendo,
y, sin partirse, llega
hasta tu Eternidad!

JOSÉ DURBÁN OROZCO

Nació en Almería. Es oficial de Hacienda.

Obras: «Afanes eternos», 1892; «Tardes grises», 1900; «La sombra», poema, 1903.

EL SECRETO

Hay un secreto cruel que me sofoca,
y que me llena el alma de amargura,
y siento que me invade la locura
cuando a mis labios el secreto toca.

Oyeme: a confesarlo me provoca
de los celos la horrible calentura.
Hay un hombre, hay un hombre que asegura
que ha probado los besos de tu boca.

Yo no lo creo, no, mi bien amada;
algo en mi corazón dice que miente
su lengua vil con intención malvada.

Mas ¡ay de mí! que aunque arrancarla intente,
siempre a mi corazón llevo enroscada
de la traidora duda la serpiente.

EZEQUIEL ENDÉRIZ OLAVERRI

Nació en Tudela (Navarra) en 1890. Figuró en el periodismo y la política radical de Barcelona, dirigió «La Rebeldía» y la revista «Alma Radical», siendo procesado diferentes veces y cumpliendo condena por la publicación de unos versos titulados «El himno de los rebeldes». Tomó parte activa en la semana trágica del año 1909, pidiéndosele en un Consejo de guerra la pena de cadena perpétua. Después fué redactor de «El Liberal» de Barcelona, pasando más tarde a la redacción de «El Liberal» de Madrid. Fundó y dirigió «Los Comentarios y Las Izquierdas». A su iniciativa se debe la creación del Sindicato de periodistas de Madrid. Es actualmente redactor de «La Libertad».

Obras: Lluvia de luz», versos; «Vengadoras», novela; «Yo, asesino», ídem; «Más allá del amor», comedia; «Los lobos», ídem, en colaboración con Víctor Gabirondo; «Lo que se llama civilización»; «Foch»; «El torero trágico»; «Wilson»; «Abril», versos; «Los ojos verdes», comedia; «La cortina roja», ídem; «La maja del Rastro», ídem; «Pasa la ilusión», ídem; «Luna de miel», ídem, etc.

YO

Soy triste, rebelde... No tengo carrera...
Amo la Belleza, el Vino y el Sol...
Mi patria es tan grande que es la Tierra entera;
pero nunca dejo de ser español...
Hice cien sonetos... Tuve cien amadas...
Creí en muchas cosas, y en nada creí...
Con frecuencia quiero reñir a estocadas:
que un capitán loco siento arder en mí...

Fuí pobre, fuí rico; me jugué el dinero,
y no hallé fortuna como jugador;
desde entonces pienso con el refranero:
«Quien gana en el juego, no gana en amor.»
No amo de la vida más que la quimera;
no envidio a los hombres más que en su ideal,
porque el alma mía se quema en la hoguera
de quien no distingue del Bien y del Mal.
Canto en mis poesías todos los placeres,
y al cantarlos, vivo toda la ilusión,
por eso he tenido más de mil mujeres
en el harén rojo de mi corazón.
Siempre rey y dueño de mi egolatría.
Soy el que yo quiero, soy el que yo soy...
¿Del futuro...? ¡Nada...! Con mi poesía
navego sin rumbo... No sé dónde voy ..

En la orejita

En la orejita
suave, enjoyada,
de mi adorada,
puse una cita
y una balada
sentimental...
De la balada
no dijo nada.
Pero la cita
la aceptó, loca.
¡Y fué su boca
—boca maldita—
como un puñal!

JUAN LUIS ESTELRICH PERELLÓ

Nació en Artá (Baleares) en 1856. Es catedrático de Lengua y literatura castellana en el Instituto general y técnico de Palma de Mallorca. Ha colaborado en periódicos y revistas de Barcelona y de Madrid, de Francia y de Italia. En estas naciones es conocidísimo de la gente de letras por las numerosas y bellas traduciones que ha hecho de composiciones de los más grandes poetas.

Obras: «Primicias», versos, 1884; «Saludos», poesías galantes, 1887; «Antología de poetas líricos italianos», 1889; «Poetas líricos italianos», traducidos en verso, 1891; Poesías líricas de Schiller , traducidas, 1899; «Poesías originales», 1900; «Biografía de Don Juan Palou y Coll , 1907; «Don Vicente Rubio y Díaz», 1910; «Biblioteca provincial de Cadiz: noticia de su fundación y vicisitudes», 1908; «La real y episcopal biblioteca de Palma de Mallorca», 1911; «Fundaciones españolas en Roma: Monjas», 1911; «El Maestro Marqués», 1912; «Páginas mallorquinas», 1912; «Influencia de la lengua y la literatura italiana en la lengua y la literatura castellana», 1913; «Biblioteca municipal Lobo, de San Fernando», 1915.

Estrofas Líricas

La mar ofrece al despuntar la aurora
nacarino y rosáceo color
como alma joven que al amante adora,
mecida por ensueños y rubor.

La mar celebra con el sol sus bodas
a mediodía, roto ya el capuz

de los nublados, cuando esplenden todas
las rútilas facetas de su luz.

Al caer de la tarde, en sangre tinto,
desde cielos de púrpura al bajar,
lacio de amor se precipita extinto
el sol en brazos de la ardiente mar.

¡Concédeme ¡oh Amor! con tus favores
auroras de dorado rosicler,
fuego de amor que avive mis amores
y un seno amante donde perecer!

DAVID ESTEVAN GÓMEZ

Nació en Sepúlveda (Segovia) en 1872. Es abogado y secretario del Ayuntamiento de Almería. Ha colaborado en «Blanco y Negro», «La Ilustración Española y Americana», «La Independencia», de Almería, etc.

Obras: «Allende el mar», crónica de un viaje a Orán, 1911.

Los Místicos Españoles

A SANTA TERESA DE JESÚS

Todo es en ti sublime: la armonía
y el divino esplendor de tu elocuencia,
tu prosa que palpita, la cadencia
y el ritmo de tu excelsa poesía.

El arte en ti es verdad; la fantasía
no es de tu inspiración fuente y esencia;
de amor, como tu canto, es tu dolencia,
que una fiebre de amor te consumía.

El querubín de tu visión, armado
de flecha de oro y fuego, en tu costado
clavó ese arma gentil de los amores.

El dardo abrasador de tus fervores
¡a cuánto tierno corazón ha herido!,
¡cuánto fuego de amores ha encendido!

No me mueve, fray Juan, para cantarte,
de tus versos la mágica hermosura;
ni tu cálida prosa, limpia y pura,
para rendirte elogios y ensalzarte.
Tus libros me enseñaron a admirarte,
¡qué gracia, qué elocuencia, qué dulzura!
¿Quién tu *llama de amor*, *tu noche obscura*
leerá sin conmoverse y sin amarte?
Mas lo que rinde el alma, seducida
por un vivo fulgor que la enajena,
es el sublime encanto de tu vida,
de amor, de fe, de luz, de gracia llena:
¡la noche de tu fe, siempre serena!;
¡la llama de tu amor, siempre encendida!

José Estrañi Grau

Nació en Albacete en 1840. Fundó y dirigió en Valladolid imnumerables periódicos festivos: «La Murga», «El Trueno Gordo , a raíz de la Revolución de Setiembre, «El Mirlo», «El Mochuelo», «El Gorrión», «Mefistófeles», «La Garduña», «La Mar», etc. En Madrid fué director de «El Popular» (1869) y fundó un semanario satírico titulado «El Buzón del Pueblo». En Santander, donde vivió más de cuarenta años, fué redactor-jefe de «La Voz Montañesa» y director de «El Cantábrico»; en estos periódicos escribía diariamente una sección festiva, en verso y prosa, titulada «Pacotilla», rebosante de amenidad y de ingenio. Murió en 1919.

Obras: «El rizo de doña Marta», comedia, 1869; Juicio del año 1873», revista; «La botica de Mercurio», ídem, 1873; «El retrato del muerto», drama, 1874; «A Filadelfia», revista; Los líos de doña Lola»; Carambola por chiripa», comedia, 1875; «El rábano por las hojas», sainete; «Santander por dentro», zarzuela cómica; «Yo soy así», monólogo; «Una cita en el teatro», apropósito; «Pepe y Telesforo», humorada; «Cartas infernales ; «Del Cantábrico al Manzanares», viaje en verso; «Colecciones de pacotillas»; «Autobiografía humorística», 1916.

* * *

El almirante Pavía era ministro de Marina, y estando en Comillas los reyes don Alfonso XII y doña María Cristina, hicieron una excursión por mar desde Suances hasta una playa próxima a Santillana, yendo en un carro el general Pavía, por tierra.—Estrañi dedicó al asunto la siguiente:

Pacotilla

Se Suances a Santillana,
teniendo a la mar medrana,
porque el cielo estaba gris,
fué Pavía una mañana
en un carro del país.
La fama con su bocina
lo ha divulgado indiscreta...
¡Ay qué cosa más divina!
¡El ministro de Marina
a bordo de una carreta!
Un hombre de tales bríos,
que prefiere ir por los barros
a ir por los mares bravíos,
¡qué ha de aumentar los navíos!
¡Nos aumentará los carros!

LUIS FERNÁNDEZ ARDAVÍN

Nació en Madrid en 1892. Colabora en «El Sol», «La Voz», «Nuevo Mundo», etc.

Obras: «Meditaciones y otros poemas», 1914; «El delito», drama, en colaboración con Federico García Sanchiz, 1915; «El señor Pandolfo», opereta, 1916; «La campana», drama en prosa, 1919; «La balada de carnaval», ópera cómica, 1919; «Láminas de folletín y de misal», versos, 1920; «El hijo», narraciones, 1921; «La dama del armiño», drama en verso, 1921; «Estampas españolas», ensayos, 1921; «La eterna inquietud», versos, 1921.

Ha traducido: «Werther» y «Germán y Dorotea», de Goethe; «Memorias de dos recién casadas», de Balzac; «Cuentos», de Alfredo de Musset; «El taller de María Clara», de Margarita Adaux; «Fiestas galantes», «Romanzas sin palabras» y «Paisajes belgas», de P. Verlaine, en verso castellano.

VITRAL

Juan de la Cruz mandole a Teresa,
junto con los versos de Cristo y la Esposa,
un ramo de lirios, un cesto de fresa,
y una carta en prosa
así encabezada:
«Dios sea con Teresa la muy iluminada».

Teresa la carta y los lirios ha visto,
y luego, la fresa,

muy regocijada descubre Teresa,
porque es clara cosa
que, santa y monjita, debió ser golosa...
Le ha ofrecido los lirios a un Cristo,
y los versos que excelsos diputa,
se ha aprendido Teresa, comiendo la fruta...

Y dice la carta del santo poeta:
«Por razones de Fe, nuestro espíritu puro
»estos días, hermana, se inquieta,
»y el martirio más duro
»que hanos dado el Señor,
»es dejar que escribiera en mis versos *esposa y amor*».

Teresa sonríe, pues ve que en *esposa*
la letra del santo se hace temblorosa,
y aumenta el temblor
en aquellos rasgos que dicen *amor*.

Los altos vitrales tamizan luz de oro...
Teresa no puede seguir la lectura ..
Llamándola a coro
trinan las campanas su claro «din-dán»...
Suspira Teresa,
y mientras murmura
«¡qué rica es la fresa!»,
piensa en el extraño temblor de San Juan...

CARLOS FERNÁNDEZ SHAW

Nació en Cádiz en 1865. Fué abogado, redactor de «La Epoca» y diputado a Cortes. Murió en «El Pardo» (Madrid) en 1911.

Obras: «Poesías», 1883; «El defensor de Gerona», leyenda, 1884; Poemas de François Copée», traducidos en verso castellano, 1887; «Relaciones entre la Ciencia y la Poesía», memoria leída en el Ateneo de Madrid, 1888; «La llama errante», zarzuela, 1892; «Severo Torrelli», drama, 1894; «El cortejo de la Irene», zarzuela, 1896; «Las bravías», sainete, 1896; «La revoltosa», ídem, 1897; «Los hijos del batallón», zarzuela, 1898; «Las castañeras picadas», sainete, 1898; «La chavala», zarzuela, 1898; «Don Lucas del Cigarral», ídem, 1899; «Los buenos mozos», sainete», 1899; «El gatito negro», zarzuela, 1900; «Polvorilla», ídem, 1900; «La buenaventura», ídem, en colaboración con Luis López Ballesteros, 1901; «Los timplaos», ídem, 1901; «¡Viva Córdoba!», sainete, 1902; «El mirador de Palomas», zarzuela, 1902; «El tío Juan», ídem, 1902; «Las grandes cortesanas», ídem, 1902; «La venta de don Quijote», comedia lírica, 1902; «La canción del náufrago», zarzuela, 1903; «Tolete», ídem, 1903; «La puñalada», ídem, 1904; «Los pícaros celos», sainete, 1904; «El alma del pueblo», zarzuela, 1905; «El certamen de Cremona», comedia lírica, 1906; «El hombre feliz», comedia, 1906; «El maldito dinero», sainete, 1906; «Las tres cosas de Jerez», zarzuela, 1907; «Poesía de la sierra», versos, 1908; «Margarita la tornera», leyenda lírica, 1908; «La vida loca», versos, que obtuvo el premio Fastenrath, 1909; «La maja de rumbo», comedia lírica, 1909; «No somos nadie», sainete, en colaboración con Francisco Toro Luna, 1909; «Poesía del mar», versos, 1910; «El poema de Caracol», 1910; «Canciones infantiles», 1910; «El amor y mis amores», poemas ingénuos, 1910; «La tragedia del beso», poema dramático, 1910; «La Regencia», comedia; «Las figuras del Quijote», ídem, 1910; «Colomba», drama lírico, 1910; «La bendición», poema dramático, 1910; «Canciones de Noche-Buena», de muchos peregrinos ingenios, 1910-1911; «La patria grande», versos, 1911; «El final de don Alvaro»,

drama lírico, 1911; «Poemas del pinar», 1912; «Los juglares», poema escénico, en colaboración con Ramón Asensio Más, 1912; «La moza bravía», zarzuela, 1912; «El alma en pena», versos, 1913; La vida breve», drama lírico, 1913; «El poema de "Los Besos"», de Juan Segundo, versión castellana, 1914.

Para publicar: Los últimos cantos» y «Teatro escogido».

¡Ancha Castilla!

Esta es la grande tierra de nobles,
la de las hondas e intensas calmas;
de los espíritus como los robles,
y de los cuerpos como las almas.
La de las vastas, ricas llanuras,
en donde el campo cual oro brilla,
ricas en campos, y en aventuras...;
ancha Castilla.

«¡Ancha Castilla!», dicen las gentes,
con que se alientan los corazones
en las andanzas de los valientes,
y se destierran cavilaciones.
¡Hermosa frase! Por siempre vibres;
tú, que demandas pechos magnánimos,
y en hombres fuertes las manos libres,
libres los ánimos.

«¡Ancha Castilla!», firmes gritaban
los castellanos, en tiempos grandes,
bien por la Europa que conquistaban;
bien por las cumbres, sobre los Andes.

«¡Ancha Castilla!», si desesperan,
por sus montañas y por sus llanos
a todas horas de ir debieran
los castellanos.

¡Oh tierras llanas! Ante mis ojos
rizan los trigos sus densas olas,
que ya salpican de puntos rojos,
como de sangre, las amapolas.
El cielo guarde vuestros graneros,
con vuestras gentes, nobles y sanas;
con vuestros campos, graves y austeros,
¡oh tierras llanas!

Vivo en vosotros amable vida.
Mañana y tarde, feliz paseo
por una parda senda florida.
Descanso a veces, y a veces leo,
libros de puros, hondos encantos.
Porque me sepa todo a Castilla,
estos mis libros, de hermosos cantos,
son de Zorrilla.

Lejos columbro, como entre sueños,
en lontananza, distantes sierras.
Hasta sus lindes, tienden risueños
sus altos trigos, las grandes tierras.
Sus trigos altos, de trazas finas,
que al aire ondulan, en largas ondas;
los que ya aguardan en las vecinas
eras redondas.

La villa miro que al campo abraza
junto al arroyo, que apenas corre.

En el lindero de estrecha plaza
clava la iglesia su vieja torre.
Como a su amparo, casas medrosas
suben, a rastras, pobres pendientes...
En ellas viven, siempre afanosas,
las pobres gentes...

Esta es Castilla, que tiene iguales
cien y cien pueblos, como el que miro,
y otros, a miles, rubios trigales,
cual los que alegran este retiro.
La de silentes villas famosas;
la de castizas urbes ancianas;
nobles dos veces: por generosas
y castellanas.

Esta es Castilla; por quien lucharon
tanto magnate, tanto pechero,
cuyas hazañas se eternizaron
en las hazañas del *Romancero.*
Esta es Castilla; de sabias leyes,
de viejos usos, de idioma padre;
madre de pueblos, madre de Reyes;
¡Castilla, Madre!

¡Madre de España! ¡Por los alientos
de su indomable raza bravía!
Si España tiene firmes cimientos,
los debe todos a su energía.
¡Raza de sobrios trabajadores,
que el suelo ingrato vuelven fecundo!
¡Raza de bravos conquistadores,
pasmo del mundo!

Cuando su enseña plantó en Granada,
su pueblo altivo dejó sus lares,
rezó sus preces, ciñó su espada
y en loca empresa cruzó los mares.
¡Mares ignotos...! Cantó victoria,
y en su delirio de nuevo ambiente
no quiso menos para su gloria
que un Continente.

Y abrió a los hombres nuevos caminos,
engrandeciendo sus aventuras.
Y dió a su Patria nuevos destinos,
con la grandeza de sus locuras.
—Por algo en próximo sublime día,
la parca tierra, de parco brote,
tierra de Sancho, Patria sería
de *Don Quijote!*

Del otro lado del mar Atlante,
venciendo fastos de Grecia y Roma,
su sangre rica vertió abundante;
llevó sus hijos, llevó su idioma;
llevó su espíritu, que difundía
sus resplandores de sol romántico;
¡sol en Poniente... que todavía
dora su Atlántico!

Madre, no sufras; ni a la flaqueza
del desaliento postres tus bríos,
hoy que te dañan, en tu tristeza,
viejos rencores, nuevos desvíos;

en tanto el Cielo permita y mande
que al fin renueves magnas historias,
tú, que en tus duelos eres tan grande
como en tus glorias.

En tanto dure tu raza fuerte,
y en tanto sienta fiebre de audacias,
nunca suspires porque la suerte
sobre tus hijos llueva desgracias.
¡Recobra el ánimo! ¡Fuera temores!
¿Quién, si lo afrontas, quién te mancilla?
¡Madre, no sufras! ¡Madre, no llores!
¡Ancha Castilla!

José Fernández del Villar Granados

Nació en Málaga en 1888. Ha colaborado en Blanco y Negro , «La Esfera», Nuevo Mundo», «Mundo Gráfico», «Heraldo de Madrid , «El Liberal», La Ilustración Española y Americana» y otros periódicos de Madrid y provincias. Su labor poética está diseminada en diarios y revistas y es lástima no se haya preocupado de reunirla en un volúmen para ofrecerla a la crítica.

Obras: «La copla vengadora», novela; «La Casablanca , ídem; «El caprichito», entremés; «¡Te la debo, Santa Rita!», ídem; «Los ídolos , comedia, en colaboración con Julio Pellicer; El pañolón de Manila», sainete; Correo de gabinete», entremés, en colaboración con Julio Pellicer; El patio de los naranjos», sainete, en colaboración con el mismo; Punta de viuda», entremés; «El milagro de las rosas», comedia, en colaboración con J. Pellicer; «La primera de feria», zarzuela dramática; «Primavera de la vida», comedia; La casa de los pájaros», drama; Mañanita de San Juan , entremés; «Trini la Clavellina», zarzuela; «La sal del cariño», entremés; «El huerto de los rosales», zarzuela; «La caseta de la feria , comedia; «La diablesa», ídem; «Alfonso XII, 13», ídem.

La Canción del Juglar

—Castellana,
flor galana;
si lloras penas de amor,
yo te sabré consolar

y hallarás a tu dolor
de la esperanza la flor,
en mi trova de juglar.
Cese, pues, tu triste llanto;
cese el amargo quebranto
que nubla tu faz serena
que antes de que nazca el día
habrá vuelto la alegría
a tu rostro de azucena.

—

La luna deja su plata
sobre la plata del río
que con ronco vocerío
lentamente se desata;
y en tanto su serenata
va cantando el trovador,
en el alto mirador
del castillo, la princesa
castellana, que está presa
entre las redes de Amor,
oye al juglar, que le ofrece
calmar su pena y su duelo,
y en su espíritu florece
la esperanza y resplandece
en sus ojos de azul cielo.

—

Y así dice en su cantar
el juglar:
—Castellana,
flor galana;

no bañe más el rocío
de tu rostro la temprana
rosa, que por la mañana
llegará a tu señorío,
¡jinete en yegua alazana,
el dueño de tu albedrío.
De la guerra vencedor,
de la muerte triunfador,
llegará sólo por verte,
que si a la Muerte dió muerte
fué porque en lance tan fuerte
dióle su pujanza Amor.

—

Antes de entrar en la empresa,
tu nombre, dulce Princesa,
invocó tu caballero;
y con tu amor por escudo
nadie superarle pudo
y fué en la lid el primero.

—

Tal denuedo y bizarría,
tal gallardía valentía
en la contienda mostró
que el mismo rey, orgulloso,
la frente del valeroso
castellano coronó.
Y hoy, triunfador y arrogante,
cabalga tu noble amante,
de los campos al través,
ufano de su victoria,

por dejar toda su gloria
depositada a sus pies.

—

Calla el juglar. Y la altiva
castellana se conmueve,
y por su rostro de nieve
una lágrima furtiva
rueda, silenciosa y breve.

—

Y allá lejos,
a los pálidos reflejos
de la aurora,
por la blanca carretera
se ve caminar ligera
a una yegua voladora.
Y en la yegua, noble y fiero,
dando al aire el blanco airón
que flamea en su sombrero,
avanza ufano y ligero,
hacia el castillo roquero,
el victorioso guerrero,
que es a la vez prisionero
de su propio corazón.

FERNANDO FORTÚN

Nació en Madrid en 1890. Murió en 1914.

Obras: «La hora romántica», poesías, 1907; «La poesía francesa moderna», en colaboración con Enrique Díez-Canedo, 1913; «Reliquias», 1915.

EN TIERRA VASCA

HERNANI

I

Es un silencio inmenso y una humedad sombría
en la vetusta villa de obscuros caserones
con próceres escudos y volados balcones
en donde crece el musgo de la melancolía.

Las gotas de la lluvia que perlan los tejados
son lágrimas que lloran una tristeza muda;
es un dolor profundo, es un dolor de viuda
el de la villa muerta penando sus pecados.

Es como una infanzona que vió partir un día
para tierras remotas, a luchar a su esposo
que no tornó... Y con él marchóse la alegría
y estas hora añora aquel tiempo dichoso..

Sus nietas son las sombras de nietas enlutadas
que cuando el alba pone en el cielo sus rosas
pasan por las callejas, despacio, silenciosas,
mientras llaman a misa, lentas, las campanadas.

Y la humedad del templo, suave como un beleño
palpita a una oración apagadora y quieta...
Y vuelan en mi alma las palomas del sueño
al saber que en la iglesia, descansa Juan de Urbieta.

¡Ya sé yo tu misterio, vieja villa sombría!
Tu alma fué la hermana de la de aquel soldado
que fué fuerte y heroico, y que sólo ha dejado
un nombre evocador y glorioso: Pavía.

Tú también fuiste grande y hoy eres una sombra
envejecida y triste como el alma española.
Y en la iglesia desierta llora la mía, y nombra,
diciendo una oración, a Ignacio de Loyola...

II

Crepúsculo lluvioso y otoñal. El Rosario.
Por las calles resuenan graves unas pisadas...
Las primeras ventanas se ven iluminadas.
Una mansa tristeza baja del campanario.

Una carreta gime por las calles umbrías;
como un lamento suena el *¡Aidá!...* del boyero.
Tiembla la caridad rojiza de un mechero,
viéndose a los caseros que hay en las sidrerías.

Y una arcaica figura que otro tiempo hemos visto,
tocada ahora de boina y un viejo montecristo,
aparece en la puerta de un secular palacio.

Es un enjuto hidalgo acartonado y seco,
parece su cabeza una que pintó el Greco,
y se llama don Carlos, don Juan o don Ignacio.

III

Tarde de romería, gris y acariciadora
que parece la luz tamizada por tules.
Llovizna, y se diría que mansamente llora
el cielo, como un niño con sus ojos azules.

Se aspira una fragancia a búcaro y a heno.
A lo lejos su queja, repite el tamboril...
En la paz del crepúsculo, inefable, sereno,
palpita una tristeza penetrante y sutil.

Una pareja marcha lenta por el camino,
mirándose a los ojos, enlazadas las manos...
Y el zortzico en sus labios es un canto divino.
Se oyen voces y gritos, confundidos, lejanos...

Y los romeros tornan, despacio, a sus hogares,
donde aguarda el silencio, la soledad, el trabajo...
En cada caserío, las vacas familiares
son hermanas que un día ferial, el padre trajo.

Va muriendo la tarde... Y hay una voz sonora
que prorrumpe en *irrintzís,* el silencioso grito

que los montes repiten, vibrando en esta hora.
Y el eco hace profundo, su misterio infinito...

IV

Sobre la renegrida vetustez de la piedra
crece como el dolor de la vida, la hiedra.

Y es su verdor más triste que lo gris del granito.
Tiene el lejano encanto doliente e infinito

del alma que está enferma por la melancolía..
Y la hiedra recubre también el alma mía

que el dolor, la tristeza, las muertas ilusiones,
han hecho ya tan vieja como estos caserones

que tienen como arrugas de un rostro envejecido
a quien penas inmensas temprano han malherido...

Y las penas han sido, de estas tristes mansiones,
la lluvia que las cubre de enlutados crespones...

V

En el alma no muere la esperanza postrera
porque triunfa este único día de primavera...

En la luz sonriente de la bella mañana
hay un vago perfume a menta y mejorana.

Un olor que aspiraba cuando yo aún era niño,
y al que guardo un profundo y un íntimo cariño.

Sobre un manzano en flor, trina una golondrina,
que también ha arrancado con su pico una espina:

la espina del dolor de la bruma invernal,
a la que ha sucedido un cielo de cristal;

un divino cristal azul y transparente,
del que mana la vida como el agua en la fuente.

Y se escucha un repique de campanas, risueño...
Angelus matinal de este día abrileño.

* * *

Y tiembla como un pájaro, sobre la villa muerta
que a su ritmo infantil parece que despierta.

Con un crujir de huesos, se corren las persianas
que dejan penetrar la luz por las ventanas.

Se asoman a las puertas los buenos regatones.
Se escucha el renacer de unas lentas canciones.

Y arrastrandose van por la acera, de prisa,
algunas mujeres que acuden a oir su misa...

Y las viejas mansiones, obscuras y musgosas,
se diría que al sol se encuentran temerosas,

apiñándose en masas adustas y sombrías
ante esta luz que no es la de todos los días.

Y por fin, como viejas que dejan el brasero,
reciben la caricia de un rayo mañanero

que las besa divino y deja sonrientes
cual los pálidos rostros de las convalecientes...

VI

Tibia y halagadora está la quieta estancia,
dulcemente sahumada con espliego y romero.

Tiene una habitual y divina fragancia
como la de las pomas en un viejo ropero.

Un sillón patriarcal, muellemente se ofrece
brindando a nuestro cuerpo un profundo descanso...
El agitado río de mi vivir, parece
que en esta calma forma la quietud del remanso.

En el silencio oigo el tic-tac somnoliento
del reloj, con el mismo ritmo que los latidos
del corazón, que al fin descansa este momento.
De la calle en penumbra no se escuchan los ruidos...

Y la paz es inmensa. Toda mi inquietud pierdo.
¡Detente, peregrino que en la vida caminas!
En esta estancia mueren las rosas del recuerdo;
las separan del mundo estas viejas cortinas...

¡Cortinas de damasco lacio y descolorido,
que se diría tienen cuidados maternales
y parecen tejidas con la flor del olvido:
hacéis que los dolores queden en los umbrales!

Ya no oigo las campanas, ni el llanto de la lluvia...
Y humilde en un sillón, ensueño entre dormido
con los puros amores de aquella virgen rubia,
pálida y melancólica, que nunca me ha querido...

VII

¡La existencia geórgica de esto[illegible]as de aldea!
Son sus almas de niño quietas y [illegible] halladas
en los cuerpos lozanos y fuertes, las soñadas
por mi alma atormentada, que todo lo desea.

Ríen con unas risas sonoras y cordiales
sin la inmensa inquietud del horror del pecado;
y ven pasar la vida como siempre ha pasado
para sus existencias monótonas, iguales.

Tienen algún placer ignorado y sencillo:
el juego de pelota, la sidra o el tresillo.
Y buenos epicúreos, se placen en la mesa

de unos clásicos platos, que cocinan las manos
del ama, que los hace suculentos y sanos
según una receta de una vieja abadesa...

* * *

Y cuando las natillas terminan la comida,
leen una oración ingenua en el breviario...
Y después la tertulia—el juez y el boticario—
recoge la baraja para *echar su partida.*

Van a tomar el sol: tardes primaverales,
cuando Dios nos sonríe en la risa del cielo,
y hablan de la cosecha, y tantean el suelo
mirando los manzanos, el trigo y los maizales.

Y al terminar la tarde, tomando el chocolate,
mientras que los cristales la lluvia terca bate,
hay un silencio intenso en el salón umbrío...

Y el buen cura, pacífico, amical y optimista,
que peleó de joven en la guerra carlista,
comienza:—«Iba yo un día con don Joaquín Elío...»

* * *

Y entusiasmado cuenta una estupenda hazaña,
digna de don Quijote o don Ramón Cabrera...
¡Ah! El Rey (a quien Dios guarde) triunfara si no fuera
por indignas traiciones. ¡Y otra sería España!

Con esto van hilando unos humildes sueños
floreciendo en su espíritu como livianas flores;
ellos que no conocen de divinos amores,
ni saben más dolores, que dolores pequeños.

¡Vida, que más que vida es la vegetación
de un alma que no sufre ni penas ni cuidados;
eres mi único anhelo! Con su eterna canción
veo caer la lluvia por la ventana abierta,
como si fuera tierra y tuviera enterrados
las almas y las cosas en esta villa muerta...

JOSÉ MARÍA GABRIEL Y GALÁN

Nació en Frades de la Sierra (Salamanca) en 1870. Fué maestro de primera enseñanza en Guijuelo y Piedrahita. Más tarde renunció su destino, consagrándose al cultivo de la tierra en Guijo de Granadilla (Cáceres), donde murió en 1905. Colaboró en «El Lábaro», diario salmantino y en la «Revista de Extremadura». La muerte de su madre le inspiró «El Ama», que es la elegía más bella y sentida de la literatura universal. Obtuvo la flor natural en Juegos florales celebrados en Salamanca, Zaragoza y Béjar.

Obras completas», dos volúmenes, 4.ª edición, Madrid, 1921.

EL AMA

I

Yo aprendí en el hogar en qué se funda
la dicha más perfecta,
y para hacerla mía
quise yo ser como mi padre era;
y busqué una mujer como mi madre
entre las hijas de mi hidalga tierra.
Y fuí como mi padre, y fué mi esposa
viviente imagen de la madre muerta.
¡Un milagro de Dios, que ver me hizo
otra mujer como la santa aquella!

Compartían mis únicos amores
la amante compañera,
la patria idolatrada,
la casa solariega,
con la heredada historia,
con la heredada hacienda.
¡Qué buena era la esposa
y qué feraz mi tierra!
¡Qué alegre era mi casa
y qué sana mi hacienda,
y con qué solidez estaba unida
la tradición de la honradez a ella!

Una sencilla labradora, humilde,
hija de obscura castellana aldea;
una mujer trabajadora, honrada,
cristiana, amable, cariñosa y seria,
trocó mi casa en adorable idilio
que no pudo soñar ningún poeta.

¡Oh, cómo se suaviza
el penoso trajín de las faenas
cuando hay amor en casa
y con él mucho pan se amasa en ella
para los pobres que a su sombra viven,
para los pobres que por ella bregan.
¡Y cuánto lo agradecen, sin decirlo,
y cuánto por la casa se interesan,
y cómo ellos la cuidan,
y cómo Dios la aumenta!

Todo lo pudo la mujer cristiana,
logrólo todo la mujer discreta.

La vida en la alquería
giraba en torno de ella
pacífica y amable,
monótona y serena...

¡Y cómo la alegría y el trabajo
donde está la virtud se compenetran!

Lavando en el regato cristalino
cantaban las mozuelas,
y cantaba en los valles el vaquero,
y cantaban los mozos en las tierras,
y el aguador camino de la fuente,
y el cabrerillo en la pelada cuesta...
¡Y yo también cantaba,
que ella y el campo hiciéronme poeta!

Cantaba el equilibrio
de aquel alma serena
como los anchos cielos,
como los campos de mi amada tierra;
y cantaban también aquellos campos,
los de las pardas, onduladas cuestas,
los de los mares de enceradas mieses,
los de las mudas perspectivas serias,
los de las castas soledades hondas,
los de las grises lontananzas muertas...

El alma se empapaba
en la solemne clásica grandeza
que llenaba los ámbitos abiertos
del cielo y de la tierra.

¡Qué plácido el ambiente,
qué tranquilo el paisaje, qué serena

la atmósfera azulada se extendía
por sobre el haz de la llanura inmensa!
La brisa de la tarde
meneaba, àmorosa, la alameda,
los zarzales floridos del cercado,
los guindos de la vega,
las mieses de la hoja,
la copa verde de la encina vieja...
¡Monorrítmica música del llano,
qué grato tu sonar, qué dulce era!
La gaita del pastor en la colina
lloraba las tonadas de la tierra,
cargadas de dulzuras,
cargadas de monótonas tristezas,
y dentro del sentido
caían las cadencias,
como doradas gotas
de dulce miel que del panal fluyeran.
La vida era solemne;
puro y sereno el pensamiento era;
sosegado el sentir, como las brisas;
mudo y fuerte el amor, mansas las penas,
austeros los placeres,
raigadas las creencias,
sabroso el pan, reparador el sueño,
fácil el bien y pura la conciencia.
¡Qué deseos el alma
tenía de ser buena,
y cómo se llenaba de ternura
cuando Dios le decía que lo era!

II

Pero bien se conoce
que ya no vive ella,
el corazón, la vida de la casa
que alegraba el trajín de las tareas,
la mano bienhechora
que con las sales de enseñanzas buenas
amasó tanto pan para los hombres
que regaban, sudando, nuestra hacienda.

¡La vida en la alquería
se tiñó para siempre de tristeza!

Ya no alegran los mozos la besana
con las dulces tonadas de la tierra,
que al paso perezoso de las yuntas
ajustaban sus lánguidas cadencias.

Mudos de casa salen,
mudos pasan el día en sus faenas,
tristes y mudos vuelven
y sin decirse una palabra cenan;
que está el aire de casa
cargado de tristeza,
y palabras y ruidos importunan
la rumia sosegada de las penas.

Y rezamos, reunidos, el Rosario,
sin decirnos por quién... pero es por ella.
Que aunque ya no su voz a orar nos llama
su recuerdo querido nos congrega,
y nos pone el Rosario entre los dedos
y las santas plegarias en la lengua.

¡Qué días y qué noches!
¡Con cuánta lentitud las horas ruedan
por encima del alma que está sola
llorando en las tinieblas!
Las sales de mis lágrimas amargan
el pan que me alimenta;
me cansa el movimiento,
me pesan las faenas,
la casa me entristece
y he perdido el cariño de la hacienda.
¡Qué me importan los bienes
si he perdido mi dulce compañera!
¡Qué compasión me tienen mis criados
que ayer me vieron con el alma llena
de alegrías sin fin que rebosaban
y suyas también eran!
Hasta el hosco pastor de mis ganados,
que ha medido la hondura de mi pena,
si llego a su majada
baja los ojos y ni hablar quisiera;
y dice al despedirme:—«Animo, amo;
haiga mucho valor y *haiga pacencia*».
Y le tiembla la voz cuando lo dice,
y se enjuga una lágrima sincera,
que en la manga de la áspera zamarra
temblando se le queda...
¡Me ahogan estas cosas,
me matan de dolor estas escenas!
¡Que me anime, pretende, y él no sabe
que de su choza en la techumbre negra
le he visto yo escondida

la dulce gaita aquella
que cargaba el sentido de dulzuras
y llenaba los aires de cadencias!..

¿Por qué ya no la toca?
¿Por qué los campos su tañer no alegra?

Y el atrevido vaquerillo sano
que amaba a una mozuela
de aquellas que trajinan en la casa,
¿por qué no ha vuelto a verla?
¿Por qué no canta en los tranquilos valles?
¿Por qué no silba con la misma fuerza?
¿Por qué no quiere restallar la honda?
¿Por qué está muda la habladora lengua.,
que al amo le contaba sus sentires
cuando el amo le daba su licencia?

—«El ama era una santa!...»
me dicen todos cuando me hablan de ella.

«Santa, santa!»—me ha dicho
el viejo señor cura de la aldea,
aquel que le pedía
las limosnas secretas
que de tantos hogares ahuyentaban
las hambres, y los fríos, y las penas.

¡Por eso los mendigos
que llegan a mi puerta
llorando se descubren
y un Padrenuestro por el *ama rezan!*

El velo del dolor me ha obscurecido
a luz de la belleza.

Ya no saben hundirse mis pupilas

en la visión serena
de los espacios hondos,
puros y azules, de extensión inmensa.

Ya no sé traducir la poesía,
ni el alma en la médula me entra
la intensa melodía del silencio,
que en la llanura quieta
parece que descansa,
parece que se acuesta.

Será puro el ambiente, como antes,
y la atmósfera azul será serena,
y la brisa amorosa
moverá con sus alas la alameda,
los zarzales floridos,
los guindos de la vega,
las mieses de la hoja,
la copa verde de la encina vieja...

Y mugirán los tristes becerrillos,
lamentando el destete, en la pradera,
y la de alegres recentales dulces,
tropa gentil escalará la cuesta
balando plañideros
al pie de las dulcísimas ovejas;
y cantará en el monte la abubilla,
y en los aires la alondra mañanera
seguirá derritiéndose en gorjeos,
musical filigrana de su lengua...

Y la vida solemne de los mundos
seguirá su carrera

monótona, inmutable,
magnífica, serena...
Mas ¿qué me importa todo,
si el vivir de los mundos no me alegra,
ni el ambiente me baña en bienestares,
ni las brisas a música me suenan,
ni el canto de los pájaros del monte
estimula mi lengua,
ni me mueve a ambición la perspectiva
de la abundante próxima cosecha,
ni el vigor de mis bueyes me envanece,
ni el paso del caballo me recrea,
ni me embriaga el olor de las majadas
ni con vértigos dulces me deleitan
el perfume del heno que madura
y el perfume del trigo que se encera?

Resbala sobre mí sin agitarme
la dulce poesía en que se impregnan
la llanura sin fin, toda quietudes,
y el magnífico cielo, todo estrellas.

Y ya mover no pueden
mi alma de poeta,
ni las de mayo auroras nacarinas
con húmedos vapores en las vegas,
con cánticos de alondra y con efluvios
de rociadas frescas,
ni estos de otoño atardeceres dulces
de manso resbalar, pura tristeza
de la luz que se muere
y el paisaje borroso que se queja ..

ni las noches románticas de julio,
magníficas, espléndidas,
cargadas de silencios rumorosos
y de sanos perfumes de las eras;
noches para el amor, para la rumia
de las grandes idea,
que a la cumbre al llegar de las alturas
se hermanan y se besan...

¡Cómo tendré yo el alma
que resbala sobre ella
la dulce poesía de mis campos
como el agua resbala por la piedra!

Vuestra paz era imagen de mi vida
¡oh, campos de mi tierra!
Pero la vida se me puso triste
y su imagen de ahora ya no es esa:
en mi casa, es el frío de mi alcoba,
es el llanto vertido en sus tinieblas;
en el campo, es el árido camino
del barbecho sin fin que amarillea.

. . . . . .

Pero yo ya sé hablar como mi madre
y digo como ella
cuando la vida se le puso triste:
«¡Dios lo ha querido así! ¡Bendito sea!»

MARCELINO GARCÍA Y GONZÁLEZ

Nació en Castropol (Asturias) en 1866. Es canónigo-archivero en la Catedral de Mondoñedo. Ha colaborado en «El Universo» y «El Siglo Futuro».

Obras: «Composiciones poéticas», 1898; «Interferencias», poesías, 1906; «Versetes», 1914; «Nosa Terra», 1914; «Catequísticas», 1915.

INTERFERENCIAS

Obtenebratus est sol.

En la mitad del cielo deslumbrante
el rico sol los mundos embellece
y a su beso la tierra se extremece,
de aromas y de luz exuberante.
Mas súbito la faz del sol ardiente
amenguada por sombras aparece
y sus vivos fulgores obscurece,
con velo funeral, mano gigante.
Un momento las sombras amagando
con la muerte del sol aborrecida,
se van por todos puntos desgarrando,
y vuelve a destellar la luz querida,
y el dulce luminar sigue cantando
el espléndido triunfo de la vida.

RODOLFO GIL Y FERNÁNDEZ

Nació en Puente Genil (Córdoba) en 1872. Es licenciado en Filosofía y Letras y director de la Escuela Central de Idiomas. Colaboró en el «Diario», «La Voz» y «La Unión», de Córdoba. En Madrid ha sido redactor de «El Día», «El Español», «El Globo» y «Diario Universal», crítico de arte y de literatura de «A. B. C.» y colaborador de «La Ilustración Española y Americana», «Blanco y Negro», «Actualidades» y «Nuevo Mundo». Nombrado gobernador civil de Orense y de Tarragona, la política le hizo interrumpir en 1918 sus tareas literarias.

Obras: «Córdoba contemporánea», apuntes para su historia literaria en el siglo XIX, 1892; «Importancia militar de Córdoba»; «Oro de ley», poesías traducidas, 1897; «El país de los sueños», páginas sobre Granada; «Monografías de arte: Querol», 1910; «Monografías de arte: Sorolla», 1910; «Romancero judeo-español», 1911; «Mirtos», poesías, 1919; «La vida y la ley», drama, 1920. En prensa: «La invasión francesa de Córdoba (1812-1818)», «Las crisis de la Restauración» y «Crestomatía italiana».

PRIMAVERA

Risueña juventud de años felices,
ante ti me prosterno
y, al pie de los naranjos de mi Sierra,
busco tus dulces y sabrosos besos.

¡Primavera gentil! Tu verde túnica
de valles y praderas cubre el seno

y tus henchidas ánforas derraman
flores, risas, suspiros y recuerdos.

Ya la savia fecunda los retoños;
ya a tu boca de fuego
las golondrinas, revolando, vuelven,
cual si anidar quisieran en tu pecho.

Resucita el Amor. La sangre joven
bulle febril en los dormidos cuerpos,
y enciende voluptuosas las pupilas
y aviva en el espíritu el deseo.

Despierta la creación a tus hechizos
y adorna con violetas tus cabellos...
Primavera, sonríe; que las copas
llenas están de néctares añejos.

Reina de Abril, descansa aquí a mi lado,
pliega el cendal del aterido invierno,
pon el suave perfume de tus rosas
y el canto de tus aves en mis versos...

En labios de carmín brota el idilio,
es más azul el cielo
y del balcón a los cristales llaman
pájaros e ilusiones de otros tiempos.

Te he sentido llegar; de tu vestido
al roce he despertado de mi sueño;
surcos grabó el dolor sobre mi frente,
mas bórralos la lluvia de tus besos.

Eterna juventud de años felices,
tuyo es el universo.
¡Hasta el Amor, tirano de los mundos,
queda en tus brazos y en tus ojos preso!

ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO

Nació en Cuenca, accidentalmente, en 1886. Fué llevado a los once meses a Asturias, donde se crió, educó y formó, y a la cual debe lo que es y a la que considera con justicia su única y verdadera patria natal, ya que toda su raza por línea materna y paterna es genuinamente asturiana; de las orillas del mar, ribereñas, su madre y toda su ascendencia, radicada en Luanco, pueblecito cercano a Gijón y Avilés, donde González-Blanco pasó su infancia y adolescencia, y donde han nacido sus hermanos mayores; del corazón de Asturias, de la cuenca minera de Mieres, su padre, recio ejemplar de la raza cántabra... Estudió en el seminario de Oviedo desde 1897 a 1903 y en la Universidad Central varias asignaturas de Filosofía y Letras de 1904 a 1907. En 1904 publicó sus primeros trabajos: una traducción de Sully-Prudhomme en la «Revista Contemporánea» y un estudio crítico sobre el poeta catalán José Carner en la revista «Nuestro Tiempo», donde cultivó asiduamente la crítica literaria. Ha sido colaborador de «La República de las Letras», redactor de «España», «La Noche» y «El Fígaro» y director de «La Jornada».

Obras: «Los contemporáneos», apuntes para una historia de la literatura hispano-americana a principios del siglo XX, 5 vols., 1907-1910-1911; «Salvador Rueda y Rubén Darío», 1908; «Historia de la novela en España desde el romanticismo a nuestros días», que obtuvo el premio del Ateneo de Madrid, 1909; Poemas de provincia», 1910; «Doña Violante», novela, 1910; «El veraneo de Luz Fanjul», ídem, 1910; «La eterna historia», novelas cortas, 1910; «Estudio preliminar a las obras escogidas de Rubén Darío», 1911; «Matilde Rey», novela, 1911; «Elogio de la crítica», 1911; «Marcelino Menéndez y Pelayo», ensayo bibliográfico-crítico, 1912; «Campoamor», biografía y estudio crítico, 1912; «Julieta redivivа», novela, 1912; «Antonio de Trueba: su vida y sus obras», estudio biográfico y crítico seguido de páginas escogidas, 1913; «El general Joffre», 1914; «Alberto de Bélgica», 1915; «Sir John French», 1916;

«Un déspota o un libertador, el problema de México», 1916; «El paraíso de los solteros», novela, 1916; «El Kronprinz», 1917; «Escritores representativos de América», 1917; «Los dramaturgos españoles contemporáneos», 1917; Mademoiselle Milagros», novela, 1918; «Larra», 1919. Ha publicado numerosas traducciones, entre las cuales deben señalarse las de obras póstumas de Eça de Queiroz. Para publicarse: «Galdós: su vida y sus obras», laureada en 1916 con el premio Charro-Hidalgo, del Ateneo de Madrid.

Estación de Provincia

Estación de provincia donde mueren los trenes,
que son como las vidas por la muerte deshechas;
estación de provincia, yo no sé lo que tienes
que me sugieres mil ansias no satisfechas...

De aquí se parte acaso a vistosos países,
todos llenos de músicas, de placer y de lujo;
y por aquí ha pasado, quizá, en las tardes grises,
un libertino pálido que iba a hacerse cartujo...

Y, sin embargo, como todas las estaciones,
estación provincial, tienes traza prosáica;
igual que todas esas modernas construcciones
de nuestra arquitectura metalúrgica y laica.

Y hay en ese fastuoso y enorme decorado
de tu retembladora y vasta marquesina
algo de aquel horror magnífico y sagrado
de un buitre estrangulando a una golondrina.

Y suena ese silbido de tus locomotoras
que turban el silencio de la tarde serena
—voces de civilización dominadoras—
como el bramar de un tigre que aplasta una colmena.

Eres la voz de nuestras potencias industriales
que al fin se han sobrepuesto a la Naturaleza;

y que, matando todas las gracias naturales,
casi han estado a punto de matar la Belleza...
Estación: eres como un sarcasmo humorístico
con tu extraña apariencia fabril y siderúrgica,
como un rostro de hermosa antes radiante y místico,
que desfiguró una operación quirúrgica.
Estación vulgar, como todas las estaciones:
tú fuiste mi primera lección de poesía,
con tus hileras de desteñidos vagones
—viejos arrinconados—; con la melancolía
de tus largas y de tus tristes vías muertas
y de tus herrumbrosos y mugrientos railes;
estación de provincia: tú me abriste las puertas
de todos los dorados y celestes pensiles;
tú me hiciste soñar con mágicos Edenes;
tú me comunicaste este ardor que me abrasa...
Toda la poesía vaga por tus andenes,
¡la poesía única de la vida que pasa!...

JUAN GONZÁLEZ OLMEDILLA

Nació en Sevilla en 1893.

Obras: «Empezando a vivir», versos, 1911; «Poemas de Andalucía», 1912; «La llave de oro», versos, 1914; «La ofrenda de España a Rubén Darío», 1913; «Jardín neoclásico», 1917.

EL CHAMBERGO

Extraña adarga en la panoplia vieja,
yace olvidado el fanfarrón sombrero
junto a una espada de bruñido acero
que el claror de unas lámparas refleja.

Batió sus plumas junto a alguna reja
la brisa helada del nevado Enero,
y ante un áureo chapín, un caballero
alfombró con su airón cierta calleja.

¡Quién dirá al verle en la tranquila estancia
bajo el prestigio de fulgentes luces,
que fué cimera de la intemperancia

y pendón de victoria en tantas brechas,
entre el estruendo de los arcabuces
y el agudo silbido de las flechas!...

RAMÓN GOY DE SILVA

Nació en El Ferrol (La Coruña) en 1888. Colabora en «A. B. C.», «Blanco y Negro», «Nuevo Mundo», etc.

Obras: «La reina Silencio», tragedia simbólica, 1911; «Sueños de noches lejanas», poemas legendarios en prosa, 1912; «El eco», drama, 1913; «La de los siete pecados», poemas bíblicos en prosa, 1913; «La corte del cuervo blanco», fábula escénica, 1914; «El sueño de la reina Mab», 1914; «El reino de los parias», poema simbólico en prosa, 1915; «Sirenas mudas», drama, 1915; «El libro de las danzarinas», 1915; «La caja de Pandora», poesías.

Vida Subterránea

A la memoria de mi madre
y de todas las madres que
han ido a mejor vida.

Un día llegará, hombre soberbio y vano,
en que has de ser hermano del topo y del gusano...
Yo desprecié del topo la subterránea vida,
hasta el día en que he visto a mi madre querida
ir, en un ataúd, al subterráneo mundo..
Mi corazón, entonces, amó al gusano inmundo
y quiso, como el topo, bucear en la tierra
para hallar el tesoro que allí la muerte encierra...

Viaje Celeste

Un día, ¡oh dulce madre!, partiste silenciosa
dejando envuelto en sombras de duelo nuestro hogar.
Por el mar de los llantos, en ruta misteriosa,
fuiste en la «Negra Barca» que no ha de retornar...
¿Adónde van las madres que abandonan la vida?
(La mía no fué sola, otras iban con ella.)
¿A qué puerto celeste, a qué lejana estrella
las llevará la Barca de la eterna partida?...
Si este lugar de tránsito hemos de abandonar,
dejando para siempre la tierra lamentable,
¡oh, madres previsoras, iréis a preparar
el Hogar de la vida feliz y perdurable!

PEDRO JARA CARRILLO

Nació en Alcantarilla (Murcia) en 1876. Es director de «El Liberal» de Murcia.

Obras: Siemprevivas», versos, 1901; «Relámpagos», 1903; «Gérmenes», cuentos y versos, 1903; «Cocuyos», 1910; «El libro de las canciones», 1910; «Besos del sol», 1912; «Palabras y cuentos viejos», 1918.

EL CABALLO

Va en él la moza canción
a la reja del querer,
y en él vuelve de vencer
el castellano pendón.

Noble, como un infanzón,
muestra en su augusto correr
gallardías de mujer
y arrogancias de león.

Quebró lanzas contra moros,
lanceó en Toledo toros,
llevó a Granada la cruz

y al ir las piedras hollando,
parece que va trotando
en cuatro chispas de luz.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

Nació en Moguer (Huelva) en 1881. Fundó la revista «Helios» (1903).

Obras: «Almas de violeta», versos, 1900; «Ninféas», ídem, 1900; «Penumbras», ídem, 1901; «Rimas de sombra», ídem, 1902; «Arias tristes», ídem, 1903; «Jardines lejanos», ídem, 1904; «Pastorales», ídem, 1905; Palabras románticas», prosa, 1906; «Olvidanzas», versos, 1907; «Baladas de primavera», verso y prosa, 1907; «Comentario sentimental», prosa, 1908; «Ideas líricas», ídem, 1908; «Paisajes líricos», 1903; «Elegías», 1908; «La soledad sonora», versos, 1908; «Baladas para después», verso y prosa, 1908; «Poemas mágicos y dolientes», 1909; «Arte menor», versos, 1909; «Laberinto», ídem, 1911; «Poemas agrestes», 1911; «Melancolía», versos, 1911; «Poemas impersonales», 1911; «Recuerdos», prosa, 1911; «Diálogos», verso y prosa, 1911; «Esto», ídem, 1911; «Libros de amor», versos, 1912; «El dolor solitario», ídem, 1912; «Domingos», ídem, 1912; «El silencio de oro», ídem, 1912; «La frente pensativa», ídem, 1912; «Bonanza», ídem, 1912; «Pureza», ídem, 1912; «Insomnio», prosa, 1912; «Pensamientos», ídem, 1912; «Unidad», versos, 1913; «Odas libres», prosa, 1913; «Platero y yo», elegía andaluza, 1914; «Los ojos abiertos», verso y prosa, 1916; «Sonetos espirituales», 1917; «Estío», versos, 1917; «Diario de un poeta recien casado», 1917; «Poesías escogidas», 1917: «Umbrales», versos, 1918; «Eternidades», ídem, 1918; «Piedra y cielo», ídem, 1919.

A Isaac Albéniz en el cielo de España

Frente a tus ojos mustios era el sol una rosa
de claras armonías:
la tarde hablaba pura, dorada y luminosa,
cuando tú te morías!

Tu corazón, helándose; la hora sonriente
oliendo ya a ti yerto...,
en el poniente, España; más allá del poniente,
el Infinito, abierto!

—Sevilla, Triana, El Puerto, todo lo que a tu alma
fué torrente sonoro,
estaría, a esa hora, soñando en una calma
de ilusión y de oro!

La arboleda, meciendo su renacer florido,
Guadalquivir, corriendo,
los pájaros más dulces suspirando eu el nido
del sol que iba muriendo...

¡Oh qué suspiro hondo, sangriento, inextinguible,
—¡ciega naturaleza!—
qué anhelo de querer detener lo imposible,
¡qué espanto y qué tristeza!

Tú, que dejaste mi alma de bruma, tantas veces,
clara y estremecida,
acoge esta guirnalda, que cuelgo en tus cipreses,
de rosas de mi vida.

Mi gesto es doloroso, y mi mirada errante
llora, al dártelas, tanto!

...Si una perpetuidad viniera a hacer constante
el ademán y el llanto!

Maestro: un rosal cálido de tristes savias rojas
las sacó de mi entraña;
entre la maravilla de sus mojadas hojas
yerra el olor de España ..

¡Si, juntas en la tierra, florecerán un día,
como dos claridades,

tu ardiente melodía, mi ardiente poesía,
...nuestro afán de ciudades!
...Sevilla, Triana, El Puerto—¡y tu alma y mi alma!—
Guadalquivir sonoro,
todo, en la eternidad, bogará en una calma
de ilusión y de oro!

Habla Galán

María, ¿verdad que es triste
no tener por la campiña
un corazón tibio y bueno
que nos haga compañía?

Yo pensaba que ayer tarde
me iba a encontrar a Estrellita
bajando con su rebaño
de alguna verde colina.

María, ¿verdad que es triste
no mirar quien nos sonría
cuando se abre una rosa
en la paz de nuestra vida?

Yo pensaba esta mañana
encontrarme a Florecita
buscando rosas de campo
por una senda florida...

María, ¿verdad que es triste
ver la estrella, oir la esquila.

volver solo, volver siempre
solo, a la tarde caída?

Yo pensaba que a la vuelta
del sendero de la ermita
me iba a encontrar una tarde
rosa, a la Virgen María. .

María, ¿verdad que es triste
oir la alondra matutina
sin que una boca de flor
nos bese los «buenos días»?

. . . . . .

Y tú sueñas con un novio
que labre bien tu campiña
y yo no la sé labrar...
¡Qué pena!. . ¿Verdad, María?

LUIS G. HUERTOS RULL

Nació en Almería en 1883. Es abogado.

Obras: «Horas», cuentos, 1903; Hampa», novela, 1904; «Magdalena», comedia, 1906; «Rerum», novela, 1903; «Miseria errante», idem, 1910; «Vida rota», idem, 1910; «La tristeza de amar», idem, 1910; «Allende el deber», comedia, 1910; «Los ojos de la esfinge», novela, 1911; «Ansias de vida», idem, 1911; «Hidalguías», versos, 1911; «Los adioses trágicos», idem, 1913; «Los cuervos», novela, 1914; El amor pasa cantando», comedia, 1921.

La Balada del Corazón

¡Qué tienes corazón!
La lámpara votiva de la luna,
sobre el ara fragante de la sierra,
es como una
dorada y muda interrogación.
De la tierra
mojada por el agua de la lluvia,
sube como un aliento
optimista y vital;
es musical el viento.
Una voz en los aires nos nombra con acento
que es agua y es cristal.
En esta bella noche azul y plata
todo tiene un misterio de emoción.

como una voz antigua despierta una sonata
dentro del corazón;
todo vale la pena de que rías o llores
—dice la voz—, Poeta; sobre muertos amores
jamás otros amores vuelven a florecer.
La carne no merece el martirio de amarla;
ama sobre la carne las almas de mujer.
Como una luz de oro brille tu pensamiento
en este aquietamiento
de la noche fragante de emoción.
Dale mucho a la vida, que llegada la muerte
aun habrá floraciones dentro del corazón
del mundo; de tal suerte,
que irá hilando la Vida la rueca de la Muerte.
Alzate generoso sobre todas las cosas,
enguirnalda de rosas
las frentes pensativas que lloraron de amor
y que a tu voz, Poeta, resurjan victoriosas
las almas que sufrieron heridas de dolor.
Sé generoso y fuerte con tus pobres hermanos;
pobres hombres de tierra que son como gusanos
sin alas en los hombros y horros de ideal,
que arrastran las cadenas de sus bajas pasiones
porque sus corazones
son propicios al Mal.
Ama serenamente al claustro y al prostíbulo;
son almas de mujeres que enfermaron de amor.
Que sea tu alma el turíbulo
donde quemes la mirra de un perfume inmortal.
Y en las hondas ojeras de los ojos monjiles

o en las turbias miradas dei vidrioso fanal
de los ojos de hetaira, mira los femeniles
anhelos, el clamor
de los pobres humanos que caminan febriles.
Sé bálsamo y hoguera
que cure y purifique las pasiones;
pon una luz de paz en el que espera;
si se cansan de amar los corazones
haz florecer su nueva primavera.
Ten amor a las cosas, ten por todos piedad
y que como una llama de amor, viva
en tu alma
la divina palabra: ¡Caridad!
La lámpara votiva de la luna
sobre el ara fragante de la sierra
es para ti, Poeta, como una
dorada y muda interrogación,
que al amarrar tus plantas a la tierra
pone afanes de vuelo dentro del corazón...

RAFAEL LASSO DE LA VEGA

Nació en Sevilla en 1890. Colabora en «Los Lunes de El Imparcial», La Esfera», etc.

Obras: «Rimas de silencio y de soledad», 1910; «Canciones del bosque»; «Las coronas de mirto», 1917; «Cuentos de lo arabesco y lo grotesco»; de Edgar Poe, traducción, 1918; «El corazón iluminado y otros poemas», 1919.

EVOCACIÓN

Amada, tengo el profundo
recuerdo, que es clara aurora,
de haberte visto en un mundo
que no es el mismo de ahora.

Te recuerdo de algún lado
y no sé dónde habrá sido;
me parece que te he amado
otra vez y me has querido.

Tus ojos me traen la yerta
nostalgia de lo lejano...
¡Aún mi alma está despierta
sobre el sueño de lo humano!

Tienes en ti claridades
de soles que se han dormido

y vibran a las saudades
de las sombras de mi olvido.

No sé nada de este mundo
y de él quito la mirada;
de este sueño tan profundo
no sé nada..., no sé nada.

El recuerdo es la aureola
interior del sentimiento,
que se despierta a la sola
palpitación de un momento.

Eres lo azul y la esencia
de este amor, que no ha nacido;
mi alma notaba tu ausencia
mientras no te he conocido.

...Estoy loco de saber
y estoy loco de ignorar
dónde te he podido ver
que no me puedo acordar.

Yo te he visto, te he querido...,
¡bien lo sabe mi alma triste!
Fué en un tiempo no vivido,
en la ciudad que no existe.

RICARDO LEÓN Y ROMÁN

Nació en Málaga en 1877. Es individuo de número de la Real Academia Española.

Obras: «Lira de bronce», poesías, 1901; «Casta de hidalgos», novela, 908; «Comedia sentimental», ídem, 1909; «Alcalá de los Zegríes», ídem, 909; «La escuela de los sofistas», ídem, 1910; «El amor de los amores», ídem, 1910; «Alivio de caminantes», poesías, 1911; «A sangre y fuego», novela, 1911; «Los centauros», ídem, 1912; «Los caballeros de la Cruz», ensayos de psicología española, 1916; «Gozos del dolor de amor», 1918; «Europa trágica», crónica de un testigo de la guerra, 3 volúmenes, 1918-1920; «La voz de la sangre», novela, 1920.

Doncellas sin amor

¡Oh, mal haya el caballero
que sola deja la niña!
(Romance de la Infantina.)

Solo está el camino,
muda está la casa,
triste la infantina,
sola en la ventana.
Fuése el caballero,
no sé si a la guerra, no sé si a la caza;
dejóse a la niña
¡tan abandonada!

con la miel del amor en los labios
y el dolor de la ausencia en el alma...
¡Pobre la infantina,
pobre la zagala
que adolece de amor y de ausencia,
pobres, ¡ay!, de cuantas
lloran soledades y sufren desvíos
del galán que se espera y se tarda,
que, acaso, ya nunca
torne a la ventana!...
¡Tristes las que lloran,
tristes las que aguardan
los días que nacen y mueren, los años
desiertos, vacíos, que corren y pasan!
¡Pobres las doncellas
sin amor, mal haya
quien las deja solas,
quien las desampara
por irse a la guerra,
por irse a la caza!

Margarita, Irene,
Julia, Concha, Laura,
Isabel, Teresa, Rosario, Victoria,
Carmen, Rosa, Clara,
todas sois gentiles,
todas sois hermosas, todas sois lozanas,
como los claveles, como las estrellas,
como los racimos bajo el sol de Málaga...

Tú eres pe'irrubia,
como seda en capullo, y se amasan
en tu carne el jazmín y la guinda,
la leche y las fresas, la sangre y el nácar;
tú tienes la frente de color de trigo,
pero los cabellos de color castaña,
y tú tienes la cara morena
porque el sol te ha besado la cara.
¿Quién no tiene un señuelo, un hechizo,
un primor, un ardid, una gracia?
Ser mujer es ser ángel: glorioso,
rebelde o caído, pe o ángel de raza.
Si ésta tiene los ojos azules
como el de la Guarda,
la otra, de oro,
y aquélla de acero y aqué'la de malva;
y esa gitanilla,
de ojos negros y tez africana,
los tiene más hondos, rasgados y ardientes
que una noche de amor y estocadas...
Otra tiene las manos chiquitas:
en un corazón pudieran guardarlas,
y esta niña del talle garboso
y el cuello de garza,
tiene dos lunares, como dos abejas,
el uno en la cara
y el otro... lo sabe el Amor que, algún día,
también con sus besos las mieles hurtaba..

En las lúgubres noches de insomnio
en las horas de afán y nostalgia,
cuando un cálido soplo de vida
sacude los cuerpos y enciende las almas,
un deseo infinito os desvela,
una incógnita sed os abrasa;
vuestros pechos son copas vacías,
vuestros labios son rosas quemadas,
vuestros nervios de vírgenes tiemblan
como cuerdas vibrantes de un arpa
y sentís a compás de los pulsos,
donde en vano la sangre cabalga,
consumirse en el llar del Ensueño
las ascuas azules, las ascuas doradas...
Cada luna de otoño que mengua,
cada noche de invierno que avanza,
dibuja una sombra de olvido en la frente
y apaga una estrella de amor en el alma.
¡Cuánto germen de hogares futuros,
cuánta suave caricia ignorada,
qué de mieles y qué de fragancias
nos usurpan las horas que vuelan,
los años que huyen, los vientos que pasan!
¡Cuántos nobles destinos sin logro,
cuánta ilustre virtud solitaria,
cuántas hermosuras que parecen reinas,
pero son esclavas,
cuántas manos humildes sin dueño,
cuántas nítidas fuentes selladas,
cuánta boca esperando la boca
que venga a besarla!

¿Cuándo en vuestros labios temblarán las risas,
cuándo los arrullos en vuestras gargantas
y los azahares en vuestros cabellos
y las dulces fiebres en vuestras entrañas?
¿Cuándo a vuestras puertas,
tristes y olvidadas,
llamarán los ecos
de los rondadores y las serenatas,
la copla divina,
la canción de las nupcias doradas,
cunas que se mecen, ángeles que lloran,
pájaros que cantan?
¿Cuándo en los rosales
de vuestras ventanas
se abrirán las rosas, brotarán los nidos,
jugarán las brisas, temblarán las alas
y vendrán a yacer las palomas
sacudiendo sus plumas nevadas?
¿Cuándo el áureo anillo,
símbolo de alianza,
tomarán vuestros dedos graciosos
temblando de orgullo, pudor y esperanza?

¡Oh claustros desiertos, oh cunas vacías,
oh mustios claveles, oh cuerdas calladas,
cosas tristes y obscuras y solas,
que sois las hermanas
de las infantinas,
de las olvidadas,

de las sin ventura que parecen reinas,
pero son esclavas;
las que sufren de amor y desvío,
si hermosos los cuerpos, enfermas las almas;
las que esperan llorando en la noche
sobre un lecho sin flores ni gasas...!
¡Pobres las que sufren,
tristes las que aguardan,
pobres las doncellas
sin amor! ¡Mal haya
quien las adolece, quien las abandona
por irse a la guerra, por irse a la caza,
mientras se consumen del sagrado fuego
las ascuas azules, las ascuas doradas,
y las horas corren, y los días mueren,
y los soles huyen, y los años pasan...!

Luis Linares Becerra

Nació en Madrid en 1887. Es inspector de Primera enseñanza de Madrid y doctor en Derecho. Ha colaborado en «El País» y el «Diario Español», de Buenos Aires. Ha sido redactor del «Diario Universal», «La Jornada», etc. y director de la revista internacional «La Razón».

Obras: «Canciones rebeldes», poesías, 1908; «Estudio económico de la Isla de Cuba», 1914; «Cómo se hacen las cosas», 1914; «La voz del Oriente», estudio literario y filosófico de Egipto y la India, 1915; «La bondad en la enseñanza y en el arte», conferencia, 1915; «El teatro de policías», 1916; «Osma», estudio geográfico e histórico, 1916; «Canciones y cantares», estudio acerca de la canción española, 1916; «La escuela rural en Castilla», 1917. En prensa: «La fuente perdida», poesías; «La Samaritana», narraciones sentimentales; «En olor de santidad», ídem, y «El mar latino», viajes por Francia e Italia.

Ha estrenado más de setenta obras dramáticas, entre las que merecen citarse: «Alma negra», en colaboración con Javier de Burgos, 1907; «El cuento del dragón», comedia lírica, 1912; «El amigo de la casa», sainete, 1912; «La escuela de las cortesanas», poema erótico, 1915; «El barrio latino», opereta, 1915; etc. Ultimamente se ha dedicado con singular esmero a cultivar el melodrama moderno. «El guante rojo», «Los misterios de Nueva York, «Los hijos del circo», «La venganza del ajusticiado», «Cuando pasan los lobos», con un prólogo en verso, etc., han recorrido en clamoroso triunfo todos los escenarios de España.

CARIDAD

Las líricas y errantes golondrinas,
abatiendo su vuelo soberano,
arrancaron piadosas las espinas
que a Dios ciñera el hormiguero humano...

Al emprender su vuelo hacia la sierra
huyendo de los valles de dolor,
cayó una espina y germinó en la tierra
y esa espina fué flor...

Y esa flor dolorida
que germinó en la ingrata Humanidad,
esa flor que es perfume en nuestra vida,
se llama caridad.

La caridad es gloria para el ser sin fortuna,
es pan para el vencido, libertad para el preso,
para el hijo sin padre tiene calor de cuna,
para el padre sin hijo tiene calor de beso.

Es como un bello ángel que en la frente dormida
de un huérfano inocente, despierta la memoria
del beso de la madre que ya no está en la vida
y que el ángel bendito le baja de la gloria...

La caridad es bálsamo para el ser sin consuelo
y en esas grises horas sin voluntad ni calma,

es una luz rosada que desciende del cielo
a elevarnos la frente y a curarnos el alma...

Sobre la llaga viva de la pasión humana,
sobre el dolor de muerte de nuestro corazón,
deja caer en santa lluvia samaritana
las rosas generosas de una nueva ilusión...

Los que lloran y sufren su dulce nombre imploran
y en ella tienen siempre sus tristes ojos fijos,
porque en ella hallan siempre los que sufren y lloran
un regazo de madre donde todos son hijos...

En la frente del héroe que murió sin triunfar
y en la de la doncella que murió sin amor,
pone lauros y robles y coronas de azahar
y una dulce esperanza de una vida mejor...

Cuando los hombres odian y por el odio matan,
cuando nuestras pasiones sin freno se desatan
y hacemos de los campos de paz, campos de guerra,
la caridad su manto sobre la tierra humilla
y hace brotar de nuevo la paz de una semilla
sobre el santo regazo maternal de la tierra.

¡Pobre colmena humana! Busca en tu propia vida
la única luz eterna, la inextinguible luz...
que en lo hondo de tu alma, medrosa y escondida,
¡se está trocando en rosa la espina de la cruz!

ENRIQUE LÓPEZ ALARCÓN

Nació en Málaga en 1881. Ha sido redactor de «El Nuevo Evangelio», «El Mundo», «La Mañana», «La Epoca», redactor-jefe de «La Tribuna» y fundador de la «Gacetilla de Madrid».

Obras: «Constelaciones», poesías. 1905; «Golondrinas», comedia, 1905; «Con mujer y sin mujer», idem, 1908; «Gerineldo», poema dramático, en colaboración con Cristóbal de Castro, 1908; «Las manos largas», comedia, con el mismo, 1909; «La mano de la reacción», 1909; «Melilla en 1909», diario de la guerra, 1913; «La tizona», drama, en colaboración con Ramón de Godoy, 1914; «Fígaro, barbero de Sevilla», con Alberti, 1914; «Sebastián el Bufanda», con Ignacio Alberti, 1916; «La madre Quimera», con Ramón de Godoy, 1918; «El casamiento de Fígaro», comedia de Beaumarchais, traducción, 1920.

Soy Español

Luzco del mundo en la gentil pavana,
junto al recio tahalí de mi tizona,
una cruz escarlata que os abona
mi abolengo de estirpe castellana.

Llevo en los hombros ferreruelo grana,
guío el mostacho a usanza borgoñona,
y mi blanca gorguera se almidona
bajo mi crespa cabellera cana.

Tengo cien lanzas combatiendo en Flandes,
mil siervos en la falda de los Andes,
calderas y pendón, horca y cuchillo.

Un condado en la tierra montañesa,
un fraile confesor de la condesa,
cien corceles, diez pajes y un castillo.

FERNANDO LÓPEZ MARTÍN

Obras: «Sinfonías bárbaras», versos, 1915; «La raza del sol», ídem, 1916; Oraciones paganas», 1918, Blasco Jimeno», drama, 1919; »Pedro Fierro», ídem, 1920; «El rebaño», ídem, 1921.

Aún es Castilla

Estos secos lugareños de Castilla
de hosca frente y duras manos
aun conservan en su pecho la semilla
de los fuertes comuneros castellanos.

Aun de Crespo resucita en sus miradas
aquel rayo de justicias vengadoras
y aun gobiernan con más fuego las espadas
que las hoces labradoras.

Es muy fuerte esta Castilla
y muy dados al honor estos villanos
para hincar, sin alegatos, la rodilla
y humillarse, sin rubor, a los tiranos.

Si esta raza con la bota de lo añejo se remoja
no es por vicio de la raza,
es por dar con sangre roja
nuevo temple al débil pecho que ha de hundirse en la coraza.

Ya veréis como indomables y en un son de br : : uerr
volverán estos varones a dar cuenta de su paso,
y otra vez, como en antaño, por la anchura de la tierra
forjarán otros dominios y otros soles sin ocaso.

Dice un vate predilecto que en Castilla ya no hay flores
de hidalguía en los escudos, ni hay lirismo en los afanes,
que en Castilla nos gobiernan unos cuantos regidores
que por vino dan sus hijas a los locos capitanes.

Sepa el vate que tal dice que en Castilla no hay traidores
que alardeen de fementidos
ni hay alcaldes que se avengan a tratar con seductores
como tratan por las ferias los villanos mal nacidos.

Es Castilla muy sobrada
de hidalguía y de razones,
para hacer un escarmiento con él rayo de su espada,
sobre aquellos que quisieran hacer sombra en sus pendones.

Si cual secos eremitas, sobre surcos y entre breñas,
van vencidos, la hosca frente casi al roce del arado,
no es que lloran, es que labran bajo el palio de sus greñas
una idea que ha de darles el retorno a lo pasado.

Una idea vengadora que es rugido en la garganta,
que es un crispo de iracundias en la lira de las manos
y que anuncia, como alondra que en el aire se levanta,
una aurora de grandezas por los yermos castellanos.

Que, ciñendo la armadura, dejarán la dulce bota
que rezuma rojo vino,
y, acatando su conciencia, una picota
plantarán en cada cruce del camino.

Y ya libres de caciques y aliviados de usureros,
y algo locos por la sangre que les dió el añejo vino

volverán a sus andanzas como altivos caballeros
que no temen a la muerte ni a lo adverso del destino.
Si estos ínclitos varones
son hoy sombras entre yermos, no es que el miedo les obliga,
es que fueron dadivosos en gastar sus corazones
y les duerme la fatiga.
Esta tierra de Castilla, tan poblada de leales,
tan cubierta de agrias sierras, de robledos y de encinas,
al dolor pone sus almas como duros peñascales
y al ultraje sus broqueles de relumbres diamantinas.
Estos secos lugareños de Castilla
de hosca frente y duras manos
aun conservan en su pecho la semilla
de los fuertes comuneros castellanos.
Aun de Crespo resucita en sus miradas
aquel rayo de justicias vengadoras
y aun gobiernan con más brío las espadas
que las hoces labradoras.

LEOPOLDO LÓPEZ DE SAÁ

Nació en Medina de Pomar (Burgos) en 1870. Ha colaborado en «El umen», «El Liberal», «Blanco y Negro», «Nuevo Mundo», «La Ilustra- Española y Americana» y «La Esfera».

Obras: «La chica del tío Reluces», novela, 1890; «Allá van historias», ntos, 1892, «El ciudadano Flor de Lis», novela, 1904; «Los vivido-, ídem, 1906; «Carne de relieve», ídem, 1912; «Letras y monos», en boración con R. de Palacio y E. Contreras; «De antigua raza», ; «El honor ante todo», comedia, en colaboración con Francisco a Rico, 1915; «Los indianos vuelven», novela, 1915; «El gallo de oro», asía lírica, 1916; «Bruja de amor», novela, 1917; «El minué real», uela, 1918; «El amigo del sol», novela, 1920; «El Cristo de la Luz», olaboración con Gonzalo Cantó; «Las épocas que se van», novela, ; «El armero de Florencia», drama inédito, en verso, en colaboración G. Cantó; «Adios, Margarita», drama inédito; «Gaviotas y golondri-, novela (en preparación).

Horas de Siesta

rde en llamas de cal viva la desnuda carretera;
odórranse los montes en la blanda lejanía;
be luz en briznas de oro la agostada rastrojera,
narcótico del sueño cede el mundo bajo el día.

su carro deslumbrante la canícula radiosa
ga el amplio azul del cielo, busca al sol y al cénit sube.
da altera en los espacios su carrera victoriosa!
el vaivén del aire inquieto, ni la sombra de una nube!

Fulge en chispas la alta torre; alborea diamantino
el cristal de algún poblado; se agazapa el rojo techo
de la venta solitaria a la vera del camino;
roza un élitro cansado su pereza en el barbecho.

Nadie pasa; nadie afronta el calor tórrido; tiene
el barranco aliento de horno, brasa pura es la cuneta,
y aun la acacia enjuta y sola que en el polvo se mantiene
muestra el aire fatigado y el agobio de un asceta.

Es la vida sin la vida, es la fiebre que devora
cielo y tierra, es el desierto sin el moro sedentario
que al huir del espejismo se adormila, y sueña, y ora
sobre el ritmo recio y seco del calmoso dromedario.

De repente, rompe el aire la monótona chicharra
con su voz áspera y dura, y al zumbido eterno y hondo,
como al son de la trompeta, la llanura se desgarra,
y los más raros insectos van saliendo de su fondo,

y en cortejo extraño marchan los mosquitos trompeteros,
jabardillos insistentes de diabólica armonía,
noble orquesta, y a su cola, seis hormigas por maceros
con dalmáticas lucientes que un cabildo envidiaría.

Van detrás los moscardones, tan vellosos y rizados,
al compás de sus salmodias, precediendo al escorpión,
que ancho sitio pide y busca con sus ojos enconados
entre el público respeto por el miedo a su aguijón.

Siguen luego en largas filas mariquitas purpuradas,
y al tán-tán continuo y bronco de los grillos imperiales,

caballeros saltamontes, hijosdalgo sin espadas;
y el gorgojo de las mieses, y el purgón de los rosales,

y el señor escarabajo, prez y orgullo de la hacienda,
y algún zángano zumbante que el panal atisba y chupa;
y, bajo un dosel de pámpanos, una araña reverenda
y una guardia pretoriana de abejorros de ancha grupa.

Todo pasa con la siesta; cruza el límite un viajero;
pero sólo ve la estéril descubierta lejanía.
Nada observa; nada escucha; el cortejo bullanguero
cautivar un solo punto su atención no lograría.

Y así ocurre con los hombres: aunque extremen los detalles
y las pompas embusteras del cortejo peregrino,
mientras ellos enderezan sus cortejos por las calles,
en silencio y sin mirarlos pasa Dios por el camino.

Celso Lucio y López

Nació en Burgos en 1865. Fué redactor de «El Globo» y colaboró en «Madrid Cómico» y «Blanco y Negro». Murió en 1915.

Estrenó una veintena de obras teatrales, escritas casi todas en colaboración con diversos autores. Publicó un volumen de versos, titulado «Género chico» (1906).

La Misa del Alba

Queriendo reponer mis energías,
tan precisas al cuerpo como al alma,
pues que tantas se pierden y se agotan
en los combates de la vida ingrata,
vine a parar a esta escondida aldea
de la costa cantábrica,
donde el aire impregnado de perfumes
que sus bosques exhalan,
y el olor saludable de las brisas
que llegan a la playa,
parece que devuelven el tesoro
de las fuerzas gastadas;
lejos de las diarias inquietudes

y envuelto en esta atmósfera de calma,
soy un convaleciente que recobra
fuerzas para volver a la batalla.

A la hora en que los pobres pescadores,
con sus débiles lanchas,
en busca del sustento cuotidiano
animosos se lanzan;
cuando apenas las luces de la aurora
el horizonte tiñen con sus galas;
buscando una emoción desconocida
y en las grandes ciudades ignorada,
por ver aparecer un nuevo día
en todo su esplendor, bajé a la playa.

. . . . . .

Panorama grandioso: allá, extendida
en el espacio que la vista alcanza,
se ve ondulando con ligeros rizos
la superficie blanca,
semejando a mis ojos de creyente
el sagrado mantel que cubre el Ara.

La hermosa nave del soberbio templo
es del cielo la bóveda azulada;
del órgano las dulces ceremonias
son el viento y el agua,
que imitan los acordes melodiosos
en misteriosas arpas.

Y allá en el fondo, el Sol, símbolo hermoso
de la Forma Sagrada,
elevado por manos invisibles,
majestuoso y solemne se levanta,

llenando los espacios de alegría,
de vida el cuerpo y de ventura el alma.

. . . . . .

El momento es sublime. De rodillas
caigo postrado ante grandeza tanta...
¡Y es que por vez primera he asistido
a la misa del alba!

JUAN JOSÉ LLOVET

Nació en Santander en 1895.

Obras: «El rosal de la leyenda», poemas, 1913; «Pegaso encadenado», ídem, 1914; «Friné», opereta, 1916; «Graciela», de Lamartine, traducción, 1919; «El caballero Des Touches», novela, de Barbey d'Aurevilly, traducción, 1920.

EL VALENTÓN

Es alto y fachendoso; tiene el rostro curtido
por las nieblas de Flandes y por el sol de Argel;
y en un mesón un día dejó muy mal herido
a un vizconde imprudente que osó mofarse de él.

En la ciudad murmuran que una muy noble dama
le ofrenda las fragantes flores de su pasión;
y en boca de las gentes circula un epigrama
que a tales amoríos compuso un poeta hampón.

Pero él ambula altivo; la mano en la tizona,
con el bigote erguido a usanza borgoñona,
despreciando a la chusma con un gesto ducal;

y tan sólo sonríen sus labios omniscentes
cuando dice en un corro de atónitos oyentes:
«...yo era entonces soldado de la Marina Real».

ANTONIO MACHADO Y RUIZ

Nació en Sevilla en 1875. Es catedrático de Lengua francesa en el Instituto general y técnico de Segovia.

Obras: «Soledades», poesías, 1903: «Soledades, Galerías y otros poemas», 1907; «Artículos varios», 1904; «Campos de Castilla», poesías 1912; «Canciones y dedicatorias», 1914; «Poesías escogidas», 1917; «Poesías completas», 1917.

Campos de Soria

I

Es la tierra de Soria árida y fría.
Por las colinas y las sierras calvas,
verdes pradillos, cerros cenicientos,
la primavera pasa
dejando entre las hierbas olorosas
sus diminutas margaritas blancas.

La tierra no revive, el campo sueña.
Al empezar Abril está nevada
la espalda del Moncayo;
el caminante lleva en su bufanda
envueltos cuello y boca, y los pastores
pasan cubiertos con sus luengas capas.

II

Las tierras labrantías,
como retazos de estameñas pardas,
el huertecillo, el abejar, los trozos
de verde oscuro en que el merino pasta,
entre plomizos peñascales, siembran
el sueño alegre de infantil arcadia.

En los chopos lejanos del camino,
parecen humear las yertas ramas
como un glauco vapor—las nuevas hojas—
y en las quiebras de valles y barrancas
blanquean los zarzales florecidos
y brotan las violetas perfumadas.

III

Es el campo undulado, y los caminos
ya ocultan los viajeros que cabalgan
en pardos borriquillos,
ya al fondo de la tarde arrebolada
elevan las plebeyas figurillas
que el lienzo de oro del ocaso manchan.

Mas si trepáis a un cerro y véis el campo
desde los picos donde habita el águila,
son tornasoles de carmín y acero,
llanos plomizos, lomas plateadas,
circuidos por montes de violeta
con las cumbres de nieve sonrosada.

IV

¡Las figuras del campo sobre el cielo!
Dos lentos bueyes aran
en un alcor cuando el otoño empieza,
y entre las negras testas doblegadas
bajo el pesado yugo,
pende un cesto de juncos y retama,
que es la cuna de un niño;
y tras la yunta marchan
un hombre que se inclina hacia la tierra
y una mujer que en las abiertas zanjas
arroja la semilla.
Bajo una nube de carmín y llama,
en el oro flúido y verdinoso
del poniente las sombras se agigantan.

V

La nieve. En el mesón al campo abierto
se ve el hogar donde la leña humea
y la olla al hervir borbollonea.
El cierzo corre por el campo yerto
alborotando en blancos torbellinos
la nieve silenciosa.
La nieve sobre el campo y los caminos,
cayendo está como sobre una fosa.
Un viejo acurrucado tiembla y tose
cerca del fuego; su mechón de lana
la vieja hila, y una niña cose
verde ribete a su estameña grana.

Padres los viejos son de un arriero
que caminó sobre la blanca tierra,
y una noche perdió ruta y sendero,
y se enterró en las nieves de la sierra.
En torno al fuego hay un lugar vacío,
y en la frente del viejo, de hosco ceño,
como un tachón sombrío
—tal el golpe de un hacha sobre un leño—,
La vieja mira al campo cual si oyera
pasos sobre la nieve. Nadie pasa.
Desierta la vecina carretera,
desierto el campo en torno de la casa.
La niña piensa que en los verdes prados
ha de correr con otras doncellitas
en los días azules y dorados,
cuando crecen las blancas margaritas.

VI

¡Soria fría, *Soria pura,*
cabeza de Extremadura,
con su castillo guerrero
arruinado, sobre el Duero;
con sus murallas roidas
y sus casas denegridas!

¡Muerta ciudad de señores
soldados o cazadores;
de portales con escudos,
de cien linajes hidalgos,
y de famélicos galgos,
de galgos flacos y agudos,

que pululan
por las sórdidas callejas,
y a la media noche ululan,
cuando graznan las cornejas!

¡Soria fría! La campana
de la Audiencia da la una.
Soria, ciudad castellana
¡tan bella! bajo la luna.

VII

¡Colinas plateadas,
grises alcores, cárdenas roquedas,
por donde traza el Duero
su curva de ballesta
en torno a Soria, oscuros encinares,
ariscos pedregales, calvas, sierras,
caminos blancos y álamos del río;
tardes de Soria, mística y guerrera,
hoy siento por vosotros, en el fondo
del corazón, tristeza,
tristeza que es amor! ¡Campos de Soria
donde parece que las rocas sueñan,
conmigo váis!... ¡Colinas plateadas,
grises alcores, cárdenas roquedas!

VIII

¡Oh!, sí, conmigo váis, campos de Soria,
tardes tranquilas, montes de violeta,
alamedas del río, verde sueño

del suelo gris y de la parda tierra,
agria melancolía
de la ciudad decrépita,
¿me habéis llegado al alma,
o acaso estábais en el fondo de ella?
Gentes del alto llanto numantino
que a Dios guardáis como cristianas viejas,
¡que el sol de España os llene
de alegrías, de luz y de riqueza!

MANUEL MACHADO Y RUIZ

Nació en Sevilla en 1874. Es licenciado en Filosofía y bibliotecario, por oposición, en la Nacional de Madrid. Fundó en 1900 la revista «Electra», que inició el renacimiento literario actual. Ha colaborado en todos los periódicos de Madrid y en algunos de América latina. Fué redactor y crítico dramático de El Liberal y en la actualidad de «La Libertad», de la que es también fundador y copropietario.

Obras: «Alma», poesías, 1901; «Caprichos», ídem, 1905; «La fiesta nacional», poema, 1906; «Alma, Museo y Los Cantares», 1907; «El mal poema», poesías, 1909; «Cante hondo», ídem, 1910; «Apolo», ídem, 1910, «Canciones y dedicatorias», ídem, 1914; «La guerra literaria», ensayos; 1914; «El amor y la muerte», novelas, 1914; «Un año de teatro», críticas dramáticas, 1918; «Día por día», crónicas, 1918; «Sevilla y otros poemas , 1919: «Nuestro París», novela. Ha traducido el «Hernani», de Víctor Hugo y «L' Aiglon», de Edmundo Rostand, ambas en colaboración. También tradujo una «Selecta» de Paul Verlaine, y, como colaborador de la Casa Garnier, de París, más de cuarenta obras de la literatura francesa.

El Caballero de la Mano al Pecho (Greco)

Este desconocido es un cristiano
de serio porte y negra vestidura,
donde brilla no más la empuñadura
de su admirable estoque to'edano.

Severa faz de palidez de lirio
surge de la golilla escarolada,
por la luz interior iluminada,
de un macilento y religioso cirio.

Aunque solo de Dios temores sabe
porque el vitando hervor no le apasione
del mundano placer perecedero,
en un gesto piadoso, y noble, y grave,
la mano abierta sobre el pecho pone,
como una disciplina, el caballero.

La Capa Española

La cápa es «la fermosa cobertura»,
que llamó Santillana a la poesía.
La compañera fiel de la aventura,
y la bandera de la gallardía.

En los hombros de chicos y de grandes
—de seda rica o sórdida estameña—
ella estuvo en América y en Flandes,
flotando al par de la española enseña.

¡Y aun es, malgrado nuestro, toda España!...
La que al lance de amor nos acompaña
o nos oculta en la contraria suerte.

Ante las majas, el tapiz rumboso,
y en las arenas, el jirón airoso
que se burla con gracia de la Muerte.

Cante Hondo

«La Lola;
la Lola se va a los Puertos.
La Isla se queda sola.»
Y esta Lola ¿quién será,
que así se ausenta, dejando
la Isla de San Fernando
tan sola, cuando se va?...

Sevillanas,
chuflas, tientos, marianas,
tarantas, «tonás», livianas...
Peteneras,
«soleares», «soleariyas»,
polos, cañas, «seguiriyas»,
martinetes, carceleras...
Serranas; cartageneras.
Malagueñas, granadinas.
Todo el cante de Levante,
todo el cante de las minas,
todo el cante...

que cantó tía Salvaora,
la Trini, la Coquinera,
la Pastora...
y el Fillo, y el Lebrijano,

y Curro Pabla, su hermano,
Proita, Moya, Ramoncillo.
Tobalo—inventor del polo—,
Silverio, el Chato, Manolo
Torres, Juanelo, Maoliyo...

Ni una, ni uno
—cantaora o cantaor—
llenando toda la lista,
desde Diego el Picaor
a Tomás el Papelista
(ni los vivos ni los muertos),
cantó una copla mejor
que la Lola...
Esa que se va a los Puertos,
y la Isla se queda sola.

FRANCISCO MALDONADO

Nació en Salamanca en 1891. Es catedrático de Lengua y literatura española en la Universidad de Valladolid. Colabora en la «Revista Castellana», de esta ciudad.

Obras: «Constanza», poema, de Eugenio de Castro, traducción, 1913.

De Horacio, Oda XIII

Cuando tú, Lidia, alabas
del Telefo la testa luminosa,
y los pálidos brazos de Telefo,
ay! entonces, la entraña
se me entumece con espesa bilis.
Ni el color ni el sentido
en su apropiado asiento permanecen,
y, a escondidas, el lloro
resbala en las mejillas, declarando
cómo se apura el alma en lento fuego.
Consúmome pensando
si tus cándidos hombros mancillaron
las contiendas del vino y demasías,
o si el mozo furor huella incisiva
dejó impresa en tus labios.
No esperes (si me escuchas) que fiel sea
quien hirió—salvaje—a puros besos

tus labiecillos, que impregnara Venus
de las esencias quintas de sus néctares.
Feliz, tres y más veces,
los que unió amor en vínculo irrompible,
ni puso entre ellos infeliz querella
hasta que el día supremo sobrevenga.

EDUARDO MARQUINA

Nació en Barcelona en 1879. Colaboró en La Publicidad», de Barcelona, «España Nueva», Heraldo de Madrid», «Blanco y Negro», etc.

Obras: «Jesús y el diablo , poemas, 1899; «Odas , 1900; «Las vendimias , poema geórgico, 1901; «Eglogas», 1902; «Agua mansa , zarzuela 1902; «El pastor», poema dramático, 1902; La vuelta del rebaño», zarzuela, 1903; «Elegias», 1903; Emporium», ópera, 1905; «Benvenuto Cellini», biografía dramática, 1906; «Mala cabeza», drama, 1906; «La caravana», novela, 1907; «La muestra», idem, 1907; «El delfín», zarzuela en colaboración con J. Salmerón, 1907; «Las hijas del Cid», leyenda dramática, premiada por la Real Academia Española, 1908; «Vendimión» poema cíclico, 1909; «Canciones del momento», 1910; «Doña María la Brava», romancero dramático, 1910; «En Flandes se ha puesto el sol», drama premiado por la Real Academia Española», 1910; La alcaidesa de Pastrana , 1911; Cuando florezcan los rosales , comedia sentimental, 1913; «Por los pecados del rey», drama, 1913; «El retablo de Agrellano», drama fantástico religioso, 1914; «La hiedra», tragedia, 1914; «Tierras de España», versos, 1914; «Juglarías», idem, 1914; «Tapices viejos», teatro corto, 1914: Las flores de Aragón», comedia histórica, 1914; «Como las abejas», novela, 1915; «Una mujer», comedia, 1915; «El Gran Capitán», leyenda dramática, 1916; «Maternidad», novela, 1916; «Rosas de sangre», idem, 1916; «Beso de oro», idem, 1917; Las dos vidas», idem, 1917; «La enemiga», comedia, traducción de Dario Nicomedi, 1917; «La morisca», comedia, 1918; El abanico duende», comedia musical, en colaboración con Amadeo Vives, 1918; «La morisca», ópera, 1919; «La extraña», comedia, 1921; «Agua de cisterna», novela, 1921; «El alma dl Sixto», idem, 1921.

GERMINAL

¡La avena fresca para el caballo!

E la lo dice, bravamente erguida,
el traje de un color lamiendo el cuerpo
y con los brazos luengamente finos,
sosteniendo sin pena el montón rústico
de la hierba olorosa en el regazo.

¡La avena fresca para el caballo!

Y la argentina voz saliendo de ella,
cruza el aire, como una golondrina,
entra en los corazones y los gana,
y sacude los nidos y los llena,
y se mezcla al murmurio de las aguas,
y es, en el punto aquel, reina del campo.

¡La avena fresca para el caballo!

La bestia noble, en el establo tibio,
levanta la cabeza, y con los ojos
llenos de votos, nunca pronunciados,
mira a la superior Encantadora
que le acaricia las melenas lacias
con más dulzura que una yegua joven.

¡La avena fresca para el caballo!

Y ella ya no se ve; deja la puerta
ciega, sin la alegría de su imagen,
y todavía queda por el aire,
signo de protección, su voz caliente,
su voz aquietadora, su voz llena,
que atiende a todo y no se niega a nadie.

¡La avena fresca para el caballo!

ISAAC MARTÍN GRANIZO

Nació en León en 1880. Fué abogado. Murió en 1909.

Obras: «Soñar despierto», monólogo, en colaboración con Quintiliano Saldaña, 1898; «Cantos y cuentos», 1900; «Guzmán el Bueno», monografía histórica, en colaboración con Alberto Argüello, 1900; «La cenicienta», ensayo de novela, 1908; «Prosa, cuentos y artículos humorísticos», 1909; «Poesías», 1910.

Quiteria o la historia de siempre

El más apuesto mozo de aquel valle
era el sin par Basilio,
el luchador más fuerte,
el zagal más temido,
noble con la nobleza del cachorro,
fuerte con la pujanza del novillo.
Cantando, le envidiaban las calandrias
de los bosques sombríos;
corriendo, los *rebecos* de las peñas
se quedaban muy chicos,
y tirando a la barra
le admiraban sumisos
los mozos más robustos y briosos
de los pueblos vecinos.

En fin, que en la comarca
cortaba el bacalao el tal Basilio.
Camacho era un ricacho
liberal, vanidoso y presumido,
el que para casarse con Quiteria
y hacer una *sonada* en aquel sitio,
mandó alfombrar un prado,
mandó traer manjares exquisitos,
y de pollos, jamones y embuchados;
colgó las ramas de elevados guindos...
Y la sin par Quiteria
era una rosa del pensil florido,
una flor de muy pocas primaveras,
guapa, gentil, de hermoso talle y brío.
Es verdad que venía paliducha
a *tomarse los dichos*,
pero ¿a qué novia en vísperas de boda
no sucede lo mismo?
Basilio es de Quiteria—según dicen—,
Quiteria es de Basilio,
pero ni éste se casa con aquélla,
ni aquélla a éste llamará marido.
¿Por qué? Por lo de siempre,
por lo que está muy visto,
porque Basilio es pobre,
porque Camacho es rico.
Mas ¡ay! el amor tiene
recursos infinitos,
y Basilio apelando a su inventiva
finge muy bien un trágico suicidio;
y entonces al mirarlo ensangrentado

y en el suelo tendido,
Quiteria, enamorada,
le da un *sí* acompañado de suspiros,
un *sí* claro y sonoro
que resucita al *muerto* (que es un *vivo).*
Y los grupos se alteran
y se lanzan mil gritos,
y en las mismas narices de Camacho
Quiteria se desposa con Basilio.
Y prosiguen las bodas comenzadas
y poco a poco caen los embutidos,
y Basilio se lleva a su Quiteria,
y Camacho se lleva... *el primer mico.*

GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA

Nació en Madrid en 1881. Fundó la editorial «Renacimiento.» Colaboró en «La Lectura», «Blanco y Negro», «Helios», «Nuevo Mundo», etc.

Obras completas: «El poema del trabajo», «Diálogos fantásticos», «Flores de escarcha», «Sol de la tarde», novelas; «La humilde verdad», novela; «Teatro de ensueño», «Motivos», crítica lírica, «Tú eres la paz», novela; «La feria de Neuilly», sensaciones frívolas de París; «Aldea ilusoria», cuentos; «La casa de la primavera», poesías; «El peregrino ilusionado», viaje sentimental; «Abril melancólico», novela; «El diablo se ríe», ídem; «La selva muda», ídem; «Granada», guía emocional; «La vida inquieta», glosario espiritual; «Cartas a las mujeres de España»; «Feminismo», «Feminidad», «Españolismo», «Kodak romántico», «Canción de cuna», Primavera en Otoño», Lirio entre espinas», comedias; «Mamá», «Madrigal», «El pobrecito Juan», ídem; «Amanecer», «Las golondrinas», «El ideal», teatro; «El reino de Dios», «La adúltera penitente», «Navidad», ídem; «Esperanza nuestra», «Sueño de una noche de agosto», «Rosina es frágil», ídem, etc.

El día está de Amor de Dios

Sabes vidas de santos, y las dices
como cosa de sueño.
Inevitablemente,
los dos pájaros negros,
que en tus ojos están medio dormidos,
despiertan para oír contar el cuento
divino, y aletean.

Tu voz emocionada va diciendo
nombres de tierras santas,
aventuras de monjes y romeros
en busca del Sepulcro, penitencias;
cómo floreció el yermo
con la oración, regada en sangre y llanto,
del fraile soñador; cómo vinieron
ruiseñores, cantando, a consolarle,
cuando ya casi muerto
le rendían en tierra
el dolor y el amor...

—¡Ay, ojos negros,
ojos suyos y míos! ¡Cómo brillan,
cuando ella dice «amor», los dos luceros
que tenéis escondidos en la sombra
de alas, las dos centellas que el misterio
guarda, y que son de oro,
y que son para mí! Pájaros buenos,
dormid, velad la lumbre;
quiero escuchar con reverencia el cuento.

—Hoy es Pascua florida
y te voy a contar el Evangelio;
episodio fragante
que acaeció en un huerto;
historia de mañana
de sábado de abril. En el sereno
candor del campo, que despierta al día
y ríe, a Cristo muerto
buscaba Magdalena; hallóle vivo

—era el buen jardinero—
y no le conoció, que así los ojos
turbados de deseo
nos suelen engañar cuando buscamos
al amor que está cerca. . y no le vemos.
—¿Eres tú quien hurtaste
el cuerpo de mi bien? ¿Dónde le has puesto?
El jardinero respondió: —¡María!
El alma conoció la voz: —¡Maestro!—
clamó la pecadora.

...El alma conoció la voz..

—¿Qué es eso?
Ojos suyos y míos,
¿por qué llorais? ¿por qué, pájaros buenos,
no me queréis mirar? ¿por qué se ha roto
la hebra de seda y oro de tu cuento?
También es hoy mañana
de abril, de sol, de Pascua, de Evangelio;
si lloras, llora frente a mí; si lloras
por alas para el cielo,
no vuelvas la cabeza
para llorar tu sueño.
—El día está de amor de Dios—me dices.
Tú lo sabrás: de mí sé que te quiero.
Mi corazón es tuyo;
llévale con tu anhelo,
al Jordán, a Betania, donde quieras,
sobre las alas de tus ojos negros.

César de Medina Bocos

Nació en Pedrajas de San Esteban (Valladolid) en 1873. Es abogado. Ha sido diputado provincial por el distrito de Medina del Campo-Olmedo y gobernador civil de Murcia. En la actualidad desempeña este cargo en Almería. Ha colaborado en «Blanco y Negro».

Obras: «Espigas y racimos», poesías, 1915.

El Puño de Simiente

Lleno la sembradera de simiente;
tomo un puño de grano,
y poniendo la mano
extendida a la altura de la frente,
a los granos de trigo,
con sincera emoción, así les digo:
«Vais a ser en el surco derramados:
luego de los arados
el aguzado hierro,
rajando por mitad el duro cerro,
os dejará en el hoyo sepultados.
Bien podéis estar ciertos
que enterrados seréis, ¡pero no muertos!
Quien enciende del sol la viva llama
y en los campos derrama
la lluvia bendecida,
os dará nueva vida.

Para romper la costra del terruño
un tallo a cada grano de este puño
os ha de dar, agudo como lanza,
y verde; ¡del color de la esperanza!
¡Dios os bendiga como yo lo hago;
os libre del estrago
del hielo y el granizo destructores;
madure los verdores
con que habéis de alegrar la primavera,
y premie mis afanes y sudores
concediéndome veros, de la era
volver, ciento por uno, a mi panera.
¡Dios os bendiga, como yo os bendigo!
que sois del hombre el natural sustento
y servís de alimento
lo mismo al rey que al último mendigo.
¡Bendito seas, trigo!
porque bajo tu cáscara dorada
quiso Dios concederte
que guardes la blancura inmaculada
que en la Hostia consagrada
en el Cuerpo de Cristo se convierte!»
  Le dije de esta suerte,
y después de besarlo,
en el aire la cruz tracé al tirarlo
repartido en distintas direcciones;
y avanzando en el surco el pie derecho,
eché a andar, a lo largo del barbecho,
repartiendo a los lados bendiciones!

VICENTE MEDINA

Nació en Archena (Murcia) en 1866. Fué en su mocedad vendedor de eriódicos y romances; en la actualidad regenta una escuela en Rosario e Santa Fe (Argentina), donde dirige la revista «Letras». Colaboró en Madrid Cómico», «La Ilustración Española y Americana», «El Libe-l», «Blanco y Negro», etc.

Obras: «El naufragio», narración poética, 1895; «Aires murcianos», oesías, 1898; «La sombra del hijo», drama, 1899; «Alma del pueblo», 00; «¡Lorenzo!», drama, 1900; «La canción de la huerta», nuevos aires urcianos, 1901, «El alma del molino», drama, 1902; «La canción de la vi-a», poesías, 1902; «La canción de la muerte», prosa, 1904: «El rento», rama, 1907; «Poesía», composiciones seleccionadas, con doce juicios íticos, 1908; «Canciones de la guerra», 1914; «Abanico», poesías, 1916; Ecce-Homo», ídem, 1917.

CANSERA

¿Pa qué quiés que vaya? Pa ver cuatro espigas
arrollás y pegás a la tierra;
pa ver los sarmientos ruínes y mustios
y esnüas las cepas,
sin un grano d'uva,
ni tampoco siquiá sombra de ella...
pa ver el barranco,
pa ver la laera,
sin una matuja... ¡Pa vé que se embisten
de pelás las peñas!...

Anda tú, si quieres,
que a mí no me quea
ni un soplo d'aliento,
ni una onza de juerza,
ni ganas de verme,
ni de que me mienten siquiá la cosecha...
Anda tú si quieres, que yo pué que nunca
pise más la senda,
ni pué que la pase, si no es que entre cuatro
ya muerto me llevan...
Anda tú si quieres...
No he d'ir por mi gusto si en cruz me lo ruegas,
por esa sendica por ande se fueron,
pa no golver nunca, tantas cosas güenas...
esperanzas, quereres, amores...
¡tó se jué por ella!...
Por esa sendica se marchó aquel hijo
que murió en la guerra...
¡Por esa sendica se jué la alegría!...
¡Por esa sendica vinieron las penas!...
No te canses, que no me remuevo;
anda tú si quieres y éjame que duerma,
¡a ver si es pa siempre!... ¡Si no me espertara!
Tengo una cansera!

Enrique Menéndez y Pelayo

Nació en Santander en 1861. Fué doctor en Medicina, correspondien-
e las Reales Academias Española y de la Historia y de la de Bue-
Letras, de Sevilla. Colaboró en la «Revista Literaria», de Vallado-
«Santander Crema», «El Aviso», «El Atlántico», «La Atalaya», «El
rio Montañés», etc., de Santander. Murió en 1921.
Obras: «Poesías», 1886; «Desde mi huerto», artículos, 1890; «Roman-
de una aldeana», 1892; «Las noblezas de don Juan», comedia en
a, 1900; «A la sombra de un roble», artículos, 1900; «Alma de mu-
comedia en prosa, 1904; «La Golondrina», novela, primer premio
primer concurso abierto por la Biblioteca «Patria», 1904; «Selectos»,
ntos, 1905; «Cuentos y trazos», 1905; «Via-Crucis nuevo», en verso,
; «El idilio de Robleda», novela, primer premio del segundo con-
o de la Biblioteca «Patria», 1909; «Interiores», cuadros literarios,
; «Del mismo tronco», comedia, 1911; «Rayo de luna», paso de co-
ia, 1914; «Cancionero de la vida quieta», poesías, 1915; «Discurso
o en la solemne velada con que se inauguró en la Biblioteca Na-
al la estatua de don Marcelino Menéndez y Pelayo», 1917.

Invocación a Fray Luis

¡Si mi estrofa tuviera
esas alas de alondra mañanera
con que tu estrofa cándida volaba;
aquel sutil encanto
que sin armas de risa ni de llanto
como a traición las almas penetraba;

aquel blando rumor de fuente oculta,
que sus aguas sepulta
con leve ruido en la dormida arena,
aquella gracia que el vivir serena!
Por ella el viejo huerto castellano
plantado por tu mano,
de verde flor se cubre todavía,
y al discurrir por él tiempos y gentes
toca amable sus frentes
una suave y gentil melancolía.
¡Oh altísimo cantor de la fontana
que, por ver la hermosura
de tus campos, corriendo se apresura!
Mi espíritu se afana
por gustar de esas aguas la frescura
y a remedar su placidez aspira:
vano será el empeño,
que aquella voz que en tu cantar suspira
¿cómo otra vez encontrará su dueño?
Mas por si logro aprisionar la estela
de aquel devoto resplandor de luna
que, con albor de cisne en la laguna,
en tus estancias riela,
ahora qué atardece,
y un manso viento los laureles mece,
que del oro y del cetro pone olvido,
ahora que el bosque enamorado canta
lo que de ti ha aprendido,
ahora que el ruido mundanal se esfuma,
como a una piedra santa
a tu sepulcro tocaré mi pluma.

¡Quién sabe si al mirarme, oh elegido,
vagar solo, atraído
por la quietud excelsa de tu huerto
y al verme tan desierto
de ambición y cuidado,
sin codicia de gloria ni de hacienda
me acordarás que sobre mí descienda
un lampo de esa luz que he codiciado!

Humilde soy. Así, mis camaradas,
los romeros del canto que a mi vera
del arte y de la vida
anduvieron las ásperas jornadas,
en mí encontraron amistad cumplida,
ni atajada del tiempo en su carrera,
ni por la torpe emulación vencida.

Cual si fueran escritas por mi mano,
amé sus rimas; cada vez que aquellas
que, alumbradas del numen soberano
con resplandor de estrellas,
sus regias alas ante mí batían,
ni cauteloso mi emoción contuve,
ni el aplauso y las lágrimas detuve
que del fondo del alma me salían.

Nunca por el laurel que el triunfo abona
mi pobre corazón latió impaciente,
ni al ver en otra frente una corona
la de espinas sentí sobre mi frente.

Tan hermano me siento
en dichas y pesares
de cuantos saben el divino acento
traducir de las selvas y los mares,

que cuando logra alguno ver atada
al corcel de su canto la victoria,
una parte me tomo de su gloria,
cual de moneda para todos dada.
Y ¿qué importa que un verso bien labrado
sea de éste o de aquél? ¿Sabéis el nombre
del ruiseñor que anoche os ha cantado
esa trova gentil que ignora el hombre?
¡Goce el mundo del himno que ha sonado
y el nombre del autor quede ignorado
como voz que clamara en el desierto!
¡De Dios es toda gloria y todo acierto!
El es el manantial de donde brota
toda agua de poesía; la corriente
que, en mil pedazos rota,
al través de las almas se abre paso
y de la vida la aridez repara.
¿No será indiferente
que el agua surja, ni surgiere clara,
por una u otra boca de la fuente?
¡Alto despreciador de la fortuna!
Jamás *el aire que tu huerto orea*
cuando le dora el sol o le platea
la desvelada luna,
entre su fronda plácida derrama
ni el salvaje clamor de la pelea,
ni el aroma enervante de la fama.
Tú que la desdeñaste
cual todo vano y mundanal ruido,
tu solo has merecido
la gloria que esquivaste,

y que al correr de las edades crece.
¡Sólo quien la desdeña la merece!
  Para saciar tu anhelo
más excelsa corona pretendías;
«¿Cuándo será que pueda»—repetías—
«libre de esta prisión volar al cielo?»
El genio que en tu frente fulguraba
nunca a mover tu vanidad fué parte,
y humilde se empleaba,
cuando *en noche serena* despertaba,
en adorar a Dios, no en adorarte.
  ¡Ay de quien ve en el huerto que cultiva
saltar esta agua viva
de la vena creadora,
y remontar no sabe su corriente
hasta dar con la cima vencedora,
en donde nace la inextinta fuente!

JUAN MENÉNDEZ PIDAL

Nació en Madrid en 1861. Fué doctor en Derecho, diputado a Cortes, gobernador civil de varias provincias, jefe del Cuerpo de Archiveros, director del Archivo Histórico Nacional y de la «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos» e individuo de la Real Academia Española. Murió en Madrid en 1915.

Obras: «Dios y el César», tesis doctoral; «El conde de Muñazán», leyenda, 1880; «Don Nuño de Rondaliegos», ídem; «Poesía popular. Colección de los viejos romances que se cantan por los asturianos en la danza prima, esfoyazas y filandones, recogidos directamente de boca del pueblo», 1885; «Alalá», poesías, 1890; «San Pedro de Cardeña»; «La orden militar de Santa María de España»; «El bufón de Carlos V, don Francesillo de Zúñiga»; «Leyendas del último rey godo», 1906; «Poesías», 1913; «Don Luis de Zapata y su Miscelánea», discurso de recepción en la Real Academia Española, 1915.

LUX ÆTERNA

—Aúlla un perro, madre,
junto a la puerta;
en cuanto aclare el día
ya estaré muerta!
—Si vas mejorando;
no digas eso...
—¡Madre mía del alma,
dame otro beso!
—No temas nada...

—Por ti y por Juan lo siento,
madre adorada.

...¿Qué ruido suena, madre?
—Los rondadores;
es sábado y cortejan
a sus amores.
—¿La voz de Juan no escuchas
entre esos cantos?
—Alguna igual te engaña,
porque son tantos ..
—No; madre mía ..
¡Y el pérfido juraba
que me quería!

¡Sabe que estoy muriendo...!
No, no me quiere.
¡Qué triste se ve el mundo
cuando se muere!
—Mírame, abre los ojos;
es mi deseo...
—¡Madre, dentro del alma
qué claro veo;
si quiero alzarlos,
negras sombras, muy negras,
me hacen bajarlos!

...¡Madre mía del alma,
la muerte es cierta;
vuelve a gañir el perro
junto a la puerta!

¡Qué sola en este mundo
vas a quedarte!
¿Quién en tu desamparo
va a consolarte...?
¡Madre querida,
tan sólo por ti siento
perder la vida!

¿Quién trenzará amorosa
tus nobles canas,
sentada al sol contigo
por las mañanas;
y quién hasta la tarde
bajo el castaño,
a par de ti cosiendo
pasará el año?
¡Años enteros
con mis recuerdos sóla
por compañeros!

Al amor de la lumbre
buscando abrigo,
creerás, estando sola,
que estás conmigo.
Recuerdos importunos
de mis canciones
fingirán en tu oído
débiles sones...;
¡eco apagado
del canto de la dicha
que se ha alejado!

Juan vendrá, como todos,
a verme muerta.
No le dejes que pase
de aquella puerta.
Dile que, ya muriendo,
sentí su canto;
que, ni muerta, oir quiero
su necio llanto. .
Que ame a Dolores;
que a mí me basta, madre,
que tú me llores!

Vísteme de mortaja
la ropa toda
que en el arca tenía
para mi boda;
y después que me hubieres
amortajado,
quítame estos corales
que Juan me ha dado,
porque no crea
que aun he muerto queriéndole,
cuando me vea.

Vendrán todas las mozas,
menos Dolores,
a poner en mis andas
cintas y flores:
sin ella, vendrán todas
al cuarto mío
por besar en mi rostro
ya duro y frío...

¡Madre; si muero,
sin su beso y su cinta
marchar no quiero!

Dile, madre del alma,
que la perdono:
que olvide también ella
su injusto encono;
que yo siempre la quise
más que a ninguna;
que no hubo de mi parte
traición alguna;
que ya le olvido...
¡Y qué culpa yo tuve
si él me ha querido!

En los robles oscuros
solloza el viento;
se apagan las estrellas
del firmamento;
el río entre los álamos
reluce y pasa;
ni crujir una viga
se oye en la casa;
la candileja
que ardió toda la noche,
de lucir deja.

Se oyen dulces tonadas,
risas y bulla...
La niña da un suspiro
y el perro aúlla...

Al volver de la ronda
los rondadores,
murió la pobre niña
soñando amores...
Cuando moría,
en las cumbres lejanas
amanecía.

Enrique de Mesa y Rosales

Nació en Madrid en 1879. Ha colaborado en «La Correspondencia de España» y «Helíos».

Obras: «Flor pagana», prosa, 1905; «Tierra y alma», poesías, 1906; «Tragicomedia», prosa, 1910: «Andanzas serranas», ídem, 1910; «Cancionero castellano», poesías, 1911; «El silencio de la Cartuja», poesías, premiada por la Real Academia Española, 1916; «La corte poética de los Trastamara , Traducciones: «Rojo y Negro», novela, de Stendhal, 1919; «Manon Lescaut», novela, del Abate Prévost, 1919; «Viaje por España», de Teófilo Gautier, 1920; «La pescadora», drama, de Bjornstierne Bjornson, 1920.

SERRANILLA

Pastores de Majavieja,
zagales los del Hoyón,
los que apriscáis vuestras cabras
al pie del Cancho Mayor.
Decidme si por ventura
vuestro majadal cruzó
la espiga más codiciada
que grana en mi tragalón.
Marchóse de amanecida,
antes del primer albor,
al punto que las alondras
cantan barruntando el sol.

Ibase con el hatero,
como otras veces marchó,
para llevar la remuda,
pan y sebo a mi pastor.

—Por aquí pasó el hatero;
iba solo como vos,
con su yegua la cuatralba
y el potrillo retozón.

—¿No la vísteis los cabreros?
¿No vísteis mi blanca flor,
pastores de Majavieja,
zagales los del Hoyón?

—Por aquí pasó la moza
con el vaquerizo Antón,
el que viene de Castilla
cuando empieza la calor.

Caminaban sierra arriba
cuando el alba clareó:
el zagal iba encendido;
la mozuela sin color.

—Si la vísteis los cabreros,
muertos os contemple yo,
que no echásteis los mastines
de los hatos al ladrón.

—Por la senda se perdieron
en compaña y con amor:
el hatero iba delante,
pero solo como vos.

—¿No acosara al vaquerizo
vuestro perro ladrador?

—El cachorro trujillano
silencioso los miró.
—¿No librásteis la ovejuela
del lobezno robador?
—Cada cual cuide su chozo
y gobierne su zurrón.
—Dios maldiga vuestros hatos,
pues burláis con mi dolor,
pastores de Majavieja,
zagales los del Hoyón,

VOZ DEL AGUA

Era pura nieve
y los soles me hicieron cristal.
Bebe, niña, bebe
la clara pureza de mi manantial.

Canté entre los pinos
al bajar desde el blanco nevero;
crucé los caminos,
di armonía y frescura al sendero.

No temas que, aleve,
finja engaños mi voz de cristal.
Bebe, niña, bebe
la clara pureza de mi manantial.

Allá, cuando el frío,
mi blancura las cumbres entoca;
luego, en el estío,
voy cantando a morir en tu boca.

Tan sólo soy nieve,
no me enturbian ponzoña ni mal.
Bebe, niña, bebe,
la clara pureza de mi manantial.

CARLOS MIRANDA

Nació en La Coruña en 1870. Fué redactor de «El Liberal». Murió en 1918.

Obras: Cosas de la calle», versos festivos, 1906; Mi niña», novela corta, 1910; «El crimen de la calle de Tudescos», ídem, 1912; «Mi Dulcinea», ídem, 1913; «Rosas de pasión», poesías, 1914; «La caída de doña Isabel II», novela corta, 1914; «Juegos malabares», prosa rimada, 1915; «Bergantín», novela corta, 1915.

Rosas de Pasión

¡Santa madre nuestra,
nuestro santo amor:
ruega por nosotros
a Nuestro Señor!

—

Velaste mi sueño
mientras yo dormía.
Hoy velo yo el tuyo,
santa madre mía...
Hay sobre mis sienes
gotas de rocío
de la triste noche
del corazón mío...

La voz que en sollozos
sale de mi boca,
es del hijo amado
que a tus puertas toca...
A tu pecho, madre,
sin cesar llamé;
su latir buscaba..
pero no lo hallé...
¿Dónde está la madre
que nos consolaba,
la que nos dormia,
la que nos velaba?...

* * *

Santa madre nuestra,
nuestro santo amor:
¡ruega por nosotros
a Nuestro Señor!

—

Di: ¿por qué tus ojos
a la luz escondes?
¿Por qué te llamamos,
y no nos respondes?...
Tu pálida imagen
es, entre los cirios,
como una azucena
rodeada de lirios...
Tus marchitos labios
son como alelíes
rojos, que florecen
cuando nos sonríes...

Y hay sobre tu helada
frente marfileña,
la sombra de un ángel
que, durmiendo, sueña...
¿Dónde está la madre
que nos consolaba,
la que nos domía,
la que nos velaba?...

* * *

Santa madre nuestra,
nuestro santo amor:
¡ruega por nosotros
a Nuestro Señor!...

—

Ven conmigo, hermana,
ven a que recemos.
Ven, hermana mía,
para que lloremos...
En raudal de sangre
corra nuestro llanto,
por aquella pobre
que nos quiso tanto...
La luz de sus ojos
arde en la penumbra:
luz de nuestra muerte
nuestra vida alumbra!
Y esa luz, reflejo
del amor divino,
debe ser el faro
de nuestro camino...

¿Dónde está la madre
que nos consolaba,
la que nos dormía,
la que nos velaba?...

* * *

Santa madre nuestra,
nuestro santo amor:
¡ruega por nosotros
a Nuestro Señor!

JOAQUÍN MONTANER CASTAÑO

Nació en Villanueva de la Serena (Badajoz) en 1892. Es redactor de «La Publicidad», de Barcelona y colabora en «El Sol».

Obras: «Cantos», 1907; «Sonetos y canciones», 1911; «Juan Farfán», poema, (1915), «Primer libro de odas», 1914; «Poemas inmediatos de la guerra», 1916; «Antología de poetas clásicos para niños», 1917. Teatro: «El ilustre don Beltrán», 1911; «La honra de los muertos», 1916.

Don Lope de Figueroa

¡Rataplán! ¡Rataplán!—Los pífanos guerreros
chirrían estridentes—y redobla el timbal.
Ya están en Zalamea—los bravos mosqueteros
que van a Portugal.

¿Qué puerta no ha de abrirse?—¿qué casa será extraña
a tanto pecho noble—y a tanto airón de fuego?
Donde ellos pisan es—siempre tierra de España,
de vino, amor y juego.

Reumático, don Lope—de Figueroa va,
con esa barba gris—que es en su cara eterna.
De una pierna cojea;—pronto cojeará
también de la otra pierna.

«¡Viven los cielos!» y—«¡Por Cristo!» de su boca
no puede salir nunca—más que la exclamación.
Despide las palabras,—lo mismo que una loca
bombarda su cañón.

Cuando se irrita, nadie—le conoce segundo.
Todo el mundo es pequeño—y es poco a su denuedo.
¡Es capaz de romper—en la bola del Mundo
su espada de Toledo!

Su vida es el combate,—su fama es guerrear;
la banda es su derecho,—y el honor es su ley.
Respeta a Dios jurando;—y aun se atreve a jurar
delante de su Rey.

Pero, aunque ruge y clama—y sacude el bastón
y maldice el reuma—que no le deja andar,
aun tiene blando para—la queja el corazón
y aun sabe llorar.

Y se vuelve de espaldas—porque nadie le vea
que deja sobre el guante—la mojada señal.
—España guarda uno—que dejó en Zalamea
al ir a Portugal.

JOSÉ MONTERO

Nació en Ciudad Rodrigo (Salamanca) en 1878. Fué redactor de «Nuevo Mundo», «Mundo Gráfico» y «La Esfera». Murió en 1920.

Obras: «Velarde», estudio, 1908; «El solitario de Proaño», ídem, 1917; «Yelmo florido», poesías, 1917; «Lienzos castellanos», ídem.

Canción Española

Las letras floridas que en los áureos libros de orlas histo-
(riadas
hablan a los siglos de mágicos nombres y rancias noblezas,
cantan una estrofa de notas aladas,
rondel caprichoso que tiene en sus viejas rimas olvidadas
todos los emblemas, todas las virtudes, todas las grandezas.
Entre los cuarteles de azur y de oro
suenan las canciones de un gentil trovero
y en triunfal cadencia de raudal sonoro
un himno de gloria canta el Romancero.
Un himno que suena con ritmos marciales,
que agita en el aire flotantes airones,
que llena el espacio de gritos triunfales
como eco de fiero rugir de leones;
que tiende sus alas de carmín y oro por toda la tierra
y puebla los campos de bosques de lanzas y son de clarines,

y lleva en sus recios caballos de guerra
la legión triunfante de sus caballeros y sus paladines,
los bravos señores
de espuelas doradas y largos briales
que ante una sonrisa caían vencidos siendo vencedores,
y en los firmes arcos de los ventanales
decían la gala de sus madrigales
y daban en prenda de su galanía un ramo de flores.
Si gustais los lances de mi cancionero,
oid lo que dice la voz del trovero:

Campo de cruzadas, tierra de Castilla solemne y severa,
por el mar sagrado que forma al perderse tu excelsa llanura
se extiende a lo lejos en legión de bravos la raza altanera
que llevó a otros pueblos, con la Cruz en alto, su sed de (aventura.
El glorioso ciclo del Cid se adelanta,
bajo el sol de fuego brillan como escudos petos y espaldares
y la polvareda que en su andar seguro la legión levanta
es nimbo rosado para las futuras glorias militares.
Un grito de guerra, como una saeta se eleva hasta el cielo,
rumor de corazas y son de atambores los aires atruena
y allá, en el ocaso, como una paloma se agita el lenzuelo
que apenas sostiene la mano devota de doña Jimena;
la mano de nieve
que rítmica y leve
hilará juiciosa los copos floridos
mientras va sonando la voz amorosa
que dice un romance de guerra, la glosa
que guarda un recuerdo para los vencidos.

Alcázar de ensueños, de bandas y encajes,
Granada la bella, como una sultana se mira en el río,
y en áureo cortejo, los Abencerrajes
proclaman el triunfo de su poderío.
Detrás de los hierros de su celosía
mira Lindaraja llegar a lo lejos las huestes cristianas,
en sus ojos negros se posa una nube de melancolía
y escucha tembiando las trompas lejanas
que suenan llorando como una elegía.
Después, cuando pasan los blancos corceles
sobre alfanjes rotos y sucios girones de albos alquiceles,
cubiertos los lomos por mantos reales,
oye entre el vibrante rasgar vicorioso del clarín sonoro
las voces cristianas que apagan triunfales
el triste y doliente suspiro del moro.

Sobre el mar dormido se extiende gloriosa la voz de Castilla,
y enhiesto en el tope de sus galeones
se despliega y brilla
el pendón morado de los dos castillos y los dos leones.
Un nuevo sol luce y un mundo se humilla,
nuevas perlas tiene para su corona la reina cristiana,
mientras en la tierra de vírgenes bosques y blancos eriales
van siendo raíces los rústicos hilos de toscos sayales
y prende en los pechos su lumbre de amores la fe castellana,
¡La luz que en las almas, del cielo caía
con dulces aromas de nardo y de lirio
y al besar el suelo, como una promesa, besaba y abría
la flor del martirio!

Con el gesto altivo y el mostacho fiero,
mal ceñida al cuerpo la capa encarnada
y al aire la pluma del ancho sombrero,
allá van hidalgos de rostro altanero
que buscan empresas de amor y de espada.
Se cruzan el pecho con bandas de seda que bordó una her-
(mosa
mientras los galanes rondaban de noche su reja florida,
la dama olvidada que gime celosa
odiando a la bella rival preferida.
Si unos ojos negros les miran traidores
y al pie de otras rejas oyen una dulce promesa de amores,
su abrazo y su vida darán a la hermosa gentil vasallaje,
y al abrir el día su aurora rosada
podrán vencedores colgar de su espada
las cifras de un blanco pañuelo de encaje.
Y en tanto que riman los versos de un tierno madrigal alado
y a la dama entregan la flor del envío,
muestran retadores ante el valeroso galán despechado
la espada desnuda para un desafío.

Así escribe España su clara leyenda,
así va alfombrando de rosas la senda
que pisan chisperos y majas, las flores
de las Maravillas y los Curtidores.
El alma del pueblo que en la bulliciosa clásica verbena
ríe sus amores
entre olor de nardos y de hierbabuena;
que canta en sus fiestas de gozo encendida
y sufre en silencio si llora de pena
y lleva en sus voces a España prendida.

La raza que supo romper la cadena
con que la oprimieron temidos rivales
y tuvo a sus plantas, de sangre teñidas,
las águilas fieras, rotas y vencidas
las alas triunfales.

¿Oísteis el himno de amor y fortuna, la canción rimada
con pulidos versos y rayos de espada
que en su luz la envuelven como una aureola?
Es la voz eterna, la canción sagrada
que canta en sus triunfos la raza española.

MANUEL MONTERREY

Nació en Badajoz en 1879.

Obras: «Mi primer ensayo», poesías, 1906; «Mariposas azules», ídem, 1907; «Madrigales floridos», 1908; «Lira provinciana», ídem, 1910; «Palabras líricas», ídem, 1912.

Noche de Luna

El sol agoniza. Los cárdenos lirios
allá en el oriente marchitos se extinguen.
La linfa azulada del lago se torna
parduzca, brumosa, de negros matices,
y quiebran las aguas, turbando el silencio,
los remos de plata que agitan los cisnes.

Se acercan las horas de ensueño y quimera,
las horas de rojos delirios febriles,
las horas que esconden la plácida calma,
las horas que anhelan los pechos que gimen.

La luna aparece brillante en el cielo.
Ostenta su hermoso semblante de virgen
una hermosa y rica corona de plata,
luceros y estrellas alegres la siguen.

¡La luna! ¡La hermosa querida del alma!
¡La luna! ¡La amiga piadosa del triste!..

—Alma, despierta. La luna
cariñosa te sonríe;
despierta de tu letargo,
que ya tu dolor se extingue.
Goza de la luna, goza,
que a tus antojos se rinde.
Cuéntale tus amarguras
y tus pesadumbres, dile,
que ella te dará el consuelo
para tu pena...
¿No oíste
lo que te habló?
Sí, me ha dicho
que los dolores redimen,
y las lágrimas fecundan
las rosas de los abriles
que han de venir florecientes
llenos de aromas sutiles.
—¡Te ha brindado la esperanza
que es el consuelo del triste!

—¡Oh, noche de luna! Noches transparentes
sembradas de astros y estrellas que ríen
brillando nerviosas, con gozo te miran
las almas que sueñan de blanco vestirse.

Horas de la noche, horas placenteras
que al pecho dejáis tranquilo que aspire

el aroma vago de la suave brisa
y sienta el consuelo que en la luna existe.

Caminad despacio, prolongad la estancia
en los melancólicos frondosos jardines,
y dejad más tiempo que brille la luna,
que bañe en la fuente su rostro de virgen
e incendie la fronda su lumbre de nardo
y vierta en el lago sus blancos jazmines.

Que en esos momentos los enamorados;
entre la espesura su pasión se dicen,
y van los poetas llenos de esperanzas
a rimar canciones en sus liras tristes!...

Pues, Señor...

En las horas crueles de mi vida;
cuando me siento gladiador vencido,
y el altar de mi fe contemplo hundido
por una decepción incomprendida,

una brisa de paz seca mi herida,
una dulce visión templa el latido
del corazón, y déjame sumido
en un sueño que al goce me convida.

Y tan dichoso en mi soñar me siento,
que vivo nuevamente aquel momento
apacible y risueño del pasado,

en que mi buena madre me contaba
aquella historia azul que comenzaba:
«Pues, señor; era un príncipe encantado...»

TOMÁS MORALES

Nació en Canarias en 1886. Murió en Las Palmas en 1921.

Obras: «Poemas del amor, de la gloria y del mar», 1908; «Las rosas de Hércules», versos, 1919.

De los Poemas del Mar

A Alfredo Gómez Jaime

I

Puerto de Gran Canaria sobre el sonoro Atlántico
con sus faroles rojos en la noche calina,
y el disco de la luna bajo el azul romántico
rielando en la movible serenidad marina...

Silencio de los muelles en la paz bochornosa,
lento compás de remos en el confín perdido,
y el leve chapoteo del agua verdinosa
lamiendo los sillares del malecón dormido.

Fingen en la penumbra fosfóricos trenzados
las mortecinas luces de los barcos anclados,
brillando entre las ondas muertas de la bahía...

Y de pronto rasgando la calma, sosegado,
un cantar marinero, monótono y cansado,
vierte en la noche el dejo de una melancolía...

II

La taberna del muelle tiene más atracciones,
en esta silenciosa hora crepuscular.
Yo amo los juramentos de las conversaciones,
y el humo de las pipas de los hombres de mar.

Es tarde de domingo; esta sencilla gente
la fiesta del descanso tradicional celebra:
son viejos marineros que apuran lentamente
pensativos y graves sus copas de ginebra.

Uno muy viejo cuenta su historia: de grumete
hizo su primer viaje el año treinta y siete
en un patache blanco, fletado en Singapoore...

Y contemplando el humo, relata conmovido,
un cuento de piratas, de fijo sucedido
en las lejanas costas de América del Sur...

III

Y volvieron de nuevo las febricientes horas,
el sol vertió su lumbre sobre la pleamar,
y resonó el aullido de las locomotoras
y el adiós de los buques dispuestos a zarpar.

Jadean chirriantes en el tragín creciente
las poderosas grúas... y a remolque, tardías,
las disformes barcazas andan pesadamente
con sus hinchados vientres llenos de mercancías;

nos saluda a lo lejos el blancor de una vela,
las hélices revuelven su luminosa estela...
Y entre el sol de la tarde y el humo del carbón

la graciosa silueta de un bergantín latino
se aleja lentamente por el confín marino,
como una nube blanca sobre el azul plafón...

IV

Esta noche la lluvia pertinaz ha caído
desgranando en el muelle su crepitar eterno,
y el encharcado puerto se sumergió aterido
en la intensa negrura de las noches de invierno...

En la playa confusa rezonga la marea,
las olas acrecientan en el turbión su brío,
y hasta el enorme faro que lejos parpadea
se acurruca en la niebla, tiritando de frío...

Noche en que nos asaltan pavorosos presagios
y tememos por todos los posibles naufragios,
al brillar de un relámpago tras la extensión sombría.

Y en que al través del viento clamorosa resuena
ahogada por la bruma la voz de una sirena,
como un desesperado lamento de agonía...

V

Llegaron invadiendo las horas vespertinas,
el humo denso y negro manchó el azul del mar;
y el agrio resoplido de sus roncas bocinas
resonó en el silencio de la puesta solar.

Hombres de ojos de ópalo y de fuerzas titánicas:
que arriban de países donde no luce el sol:
acaso de las nieblas de las Islas Británicas,
o de las cenicientas radas de Nueva-York.

Esta tarde, borrachos, con caminar incierto,
en desmañados grupos se dirigen al puerto;
entonando el *god save* con ritmo desigual...

Y en un ¡hurra! prorrumpen con voz estentorosa
al ver sobre los mástiles ondear victoriosa
la púrpura violenta del pabellón Royal!...

VI

Yo fuí el bravo piloto de mi bajel de ensueño,
argonauta ilusorio de un país presentido,
de alguna isla dorada de quimera o de sueño
oculta entre las sombras de lo desconocido...

Acaso un cargamento magnífico encerraba
en su cala, mi barco; ni pregunté siquiera,
absorta mi pupila las tinieblas sondaba,
y hasta hube de olvidarme de clavar mi bandera.

Y llegó el viento Norte desapacible y rudo,
el poderoso esfuerzo de mi brazo desnudo
logró tener un punto la fuerza del turbión;

para lograr el triunfo luché desesperado,
y cuando ya mi cuerpo desfalleció cansado
una mano en la noche me arrebató el timón...

JOSÉ MORENO VILLA

Nació en Málaga en 1887. Vivió en Alemania desde 1904 a 1908. Es bibliotecario del Instituto Jovellanos de Gijón. Ha colaborado en las revistas «España», «La Lectura», «La Pluma», «Indice», «Hermes», de Bilbao, «La Unión Hispano-Americana» y «Revista General» y en los diarios «El Imparcial» y «El Sol».

Obras: «Garba», poesías, 1913; «El Pasajero», ídem, 1914; «Luchas de pena y alegría y su transfiguración», poemas, 1915; «Evoluciones», prosas y versos, 1918; «Diálogo de la lengua», de Juan de Valdés, edición y prólogo, 1918; «Velázquez», estudio biográfico y crítico, 1920; «Florilegio», poesías, 1920; «Lucinda», novela, de Federico Schlegel, traducción, 1921; «Patrañas», cuentos, 1921.

Neblina

En un fondo gris,
a base de agua
—de agua de anís—,
emergen desnudas
las ramas sombrías
que hace un mes brillaban
locas de alegría.
La casa de enfrente
no es más que un tejado
y un portal.
La gente

que cruza embozada
va perdiendo el cuerpo,
tornándose nada.
La voz de un zagal
suena taponada
como en un fanal.
Oigo cascabeles
en la lejanía,
tercamente fieles
a su letanía;
lo mismo les da
la visión confusa
que la claridad.
Yo noto en los ojos
mortales angustias
de ahogo.
Yo no sé vivir
sin estar mirando
la luz y el confín.

MANUEL MUNOA LEÓN

Nació en San Sebastián en 1883. Ha sido vice-cónsul del Uruguay en dicha ciudad. Ha colaborado en la revista «Novedades» y «El Pueblo Vasco», de San Sebastián, «Hermes», de Bilbao, «La Tribuna», «El Sol», «La Esfera» y «Nuevo Mundo» y en varios periódicos de América.

Obras: «Primeros brotes», poesías; «Esculturas de niebla», idem, 1911; «Viejos motivos», idem, 1919.

El Submarino

Como una fauna absurda y de Mitología,
ha brotado el terrible submarino,
llenando de pavura a los buques de guerra
de los beligerantes
y a todos los mercantes
de los más olvidados países de la tierra.

En lucha desigual, sólo se fía
en el valor intransferible y propio.
Cuando el mar es un lago azul y cristalino,
un ojo vigilante, el periscopio,
el horizonte inquiere,
y con la silenciosa paciencia de un felino,
prepara los ataques con que hiere,
intrépido y certero,

lo mismo al corpulento acorazado
que al elegante y rápido crucero.

A veces el inquieto submarino,
hace blanco en el costado
del gran acorazado,
y, herida aquella mole cubierta de blindajes,
se sumerge, dejando un remolino
de espumas y oleajes.

Pero otras—como un golpe de gigantesco arpón—
el navío dispara certero su cañón,
y el audaz submarino, sorprendido,
vacilante y herido,
desciende, retorciéndose, al fondo de los mares.

El periscopio, turbio por la melancolía,
se pierde en los millares
de extraños panoramas, ungidos de poesía,
y, mientras las ecuóreas chispas, del sol del día,
se apagan, lentamente,
en los maravillosos paisajes oceánicos,
solitario, olvidado, semivivo,
se agita el submarino, contando, en la agonía,
sus últimos momentos, absorto y pensativo...

"Un quiebro de Fuentes,,

Al poeta Manuel Machado

Este es el quinto. Bajo el limpio cielo
la gran tarde deslízase serena;
suenan notas de música agarena
y hay coágulos de sangre por el suelo.

Los pechos laten de inquietud y anhelo
y el espada, tras una gran faena,
le cita al toro en medio de la arena
inmóviles los pies sobre un pañuelo.

El silencio contiene un gran suspiro
y bajo el cielo azul como un zafiro
saltan chispas de luz de las mantillas...

El diestro espera como estatua de oro
y al embestir pujante el bravo toro
le colocó un gran par de banderillas.

José Muñoz San Román

Nació en Camas (Sevilla) en 1876 y fué declarado hijo adoptivo de Sevilla en 1918. Es profesor de la Escuela Normal de Maestros de dicha capital, redactor de «El Liberal», individuo de número de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras y correspondiente de las de Ciencias y Nobles Artes de Córdoba y de la Hispano-Americana de Cádiz. Ha colaborado en todos los diarios y revistas de Madrid y muchos de provincias, en «Mundial» de París y la «Ilustración» de Nueva Orleans. Sus madrigales han sido traducidos al portugués, italiano y alemán.

Obras: «Barquillos de canela», versos, 1898; «Fábulas en prosa», 1900; «Mariposas», madrigales, 1901; «Zarza florida», versos, 1902; «Glosa del dolor», conferencia, 1904; «Sequía», novela, 1908; «Remanso», versos, 1908; «Del solar sevillano», ídem, 1916; «Del dulce amor», ídem, 1916; «Mayo florido», novela, 1916; «Floración», versos, 1916; «La tierra bendita», prosas en elogio de Sevilla, 1916; «Como antorchas», artículos, 1917; «Los niños anormales», conferencia, 1821; «El encanto de Sevilla», prosas, 1921. Teatro: «Buscavia», 1905; «El sol de Pascua», 1909, y «Redención milagrosa», 1909.

Las luces de mis ojos

La más niña de mis niñas
mirándome está en los ojos
las luces que ellos reflejan
del sol, divino y hermoso.
Y creyéndolas que nacen
de mis pupilas cansadas

con el aire de sus labios
juega, graciosa, a apagarlas.
Mientras más la niña juega
más se encienden mis pupilas,
y el sol, viendo su inocencia,
mis ojos más ilumina.
Y está loca de alborozo
entre soles mi hija cándida,
y de verla tan alegre,
de mis ojos brotan lágrimas.

Esperando a la abuela

Mis hijas, hoy viene
del pueblo la abuela;
pongamos la casa
de gala y de fiesta.
Vestíos de nuevo,
traed flores nuevas,
y blancos manteles
que vistan la mesa.
Poned en los labios
las risas más frescas,
y toda la casa
que huela a limpieza.
Cantad a los sones
de las castañuelas
las coplas que dicen
amor y ternezas.

Porque ella se goce
y se nos divierta,
y borre en su pecho
con gloria sus penas.
Ponedme más franca
que siempre, la puerta
que, como un viático,
la santa se acerca.

José Ortiz de Pinedo

Nació en Jaén en 1881. Colabora en «Blanco y Negro y «La Esfera».

Obras: «Canciones juveniles», 1901; «Poemas breves», 1902; «Dolorosas», poesías, 1903; «Huerto humilde», ídem, 1907; «Las feas», comedia, 1909; «La jornada», poesías, 1910; «De la realidad y del ensueño», prosa, 1910: «El pobre amor», ídem, 1911; «Farsas de amor», ídem, 1913; «El sendero ideal», novela, 1919; «Cuentos de maravilla», poesías, 1921; «Rosa de Sevilla», novela, 1921; «La santa Ilusión», ídem. 1921.

JUGUETES

Su zapatito ha puesto mi hija en el balcón
soñando con los Reyes, que esta noche de plata
cruzarán la ciudad en áurea cabalgata,
mágicos sembradores de la santa Ilusión.

Yo también, hija mía, con ingenua emoción,
de magos invisibles espero la llegada,
yo también sueño una jubilosa alborada,
pues, cual tú el zapatito, puse yo el corazón.

Y todos, todos somos tenaces soñadores
que a la ciencia sortílega de los magos traidores
pedimos las delicias que la vida promete.

Somos niños que sueñan cuanto la magia alcanza;
que la vida no es más que una eterna esperanza
y el amor y la gloria nada más que un juguete.

EDUARDO DE ORY Y SEVILLA

Nació en Cádiz en 1884. Fué director de las revistas «Azúl», de Cádiz, «El Centenario Ilustrado», de Zaragoza, etc. Actualmente dirige en su ciudad natal la revista «España y América». Colabora en «La Esfera», «Nuevo Mundo», «Mundo Gráfico», «Pictorial Reviw», de New York, «Mercurio», de New Órleans, «Bohemia», de La Habana, etc. Es miembro de honor de la «Academia de la Historia Internacional de París. Está condecorado con las «Palmas Académicas», de Francia, medalla de oro del Centenario de las Cortes de Cádiz, etc.

Obras: «Aires de Andalucía», poesías, 1904; «Laureles rosas», ídem, 1905; «El pájaro azul», ídem, 1906; «La primavera canta...», ídem, 1907; «Sonetos», 1908; «La musa nueva», antología española, 1908; «Gómez Carrillo», estudio crítico, 1908; «Mariposas de oro», poesías, 1908; «Alma de luz», ídem, 1909; «Lo que dicen las campanas», ídem, 1909; «Desfile de almas», crítica e impresiones literarias, 1909; «El regimiento infantil», zarzuela, 1910; «Mármoles líricos», sonetos, 1910; «Caravana de ensueños», poesías, 1911; «Parnaso colombiano», antología, 1914; «Manuel Reina», estudio crítico, 1916; «Hacia las cumbres», poesías, 1917; «Rubén Darío», estudio crítico, 1917; «Amado Nervo», ídem, 1918; «Aspectos», pensamientos, 1920.

EL DESEO

"El deseo es un vaso de infinita amargura,
un pulpo de tentáculos insaciables, que al par
que se cortan renacen para nuestra tortura.
¡El deseo es el padre del esplín, de la hartura,
y hay en él más perfidias que en las olas del mar!,,

AMADO NERVO.

¡El deseo!... ¡Mil veces lo maldije! El deseo
es lo que me tortura y me amarga la vida...
la ansiedad por el logro de lo que no poseo...
¡y después que lograda cualquier ambición veo,
inconsciente mi alma para siempre la olvida!

¡El deseo!... ¡La ansiada mujer deslumbradora
que pasó ante nosotros—cual enigma risueño—;
la mujer arrogante, la mujer seductora
que en nuestro pensamiento estuvo hora tras hora,
como las obsesiones que nos quitan el sueño!...

El deseo de una felicidad suprema...;
de llegar a la cumbre de la anhelada gloria;
de escribir el más áureo y divino poema;
de lograr la fortuna, para muchos emblema
del gran todo en la vida: ¡la más alta victoria!

¡El deseo!... Bien quisiera dominarle y tenerle
como un mísero esclavo... ¡Cuán feliz fuera así!

Y cuánto, cuánto diera por humillado verle!
Pero—¡oh hermano artista!—¡yo no puedo vencerle!
¡Es el deseo maldito el que me vence a mí!

¡Oh, poeta, que escribiste sobre el deseo! Te admiro
si logras el vencerlo con tu renunciación.
¡Yo vencerlo no puedo y en sus garras deliro;
y aunque, en constante lucha, a dominarle aspiro,
no puedo ante su halago y ante su seducción!

LUIS DE OTEYZA

Nació en Zafra (Badajoz) en 1883. Fué colaborador de «La Nación», director de «Madrid Cómico» y redactor de «El Liberal». Actualmente dirige «La Libertad».

Obras: «Flores de almendro». poesías, 1905; «En tal día...», crónicas, 1915; 2.ª serie, 1919; «Galería de obras famosas», 1916; «Las mujeres de la literatura», 1917; «Frases históricas», 1918; «Animales célebres», 1919; «Anécdotas picantes», 1919; «Baladas».

La Vuelta de los Vencidos

Por la estepa solitaria, cual fantasmas vigorosos,
abatidos, vacilantes, cabizbajos, andrajosos,
se encaminan lentamente los vencidos a su hogar;
y al mirar la antigua torre de la ermita de su aldea,
a la luz opalescente que en los cielos alborea,
van el paso retardando temerosos de llegar.

—

Son los hijos de los héroes que, en los brazos de la gloria
tremolando ante sus filas el pendón de la victoria
regresaron otras veces, coronados de laurel.
Son los hijos, la esperanza de esa raza poderosa,
que los campos fecundando con su sangre valerosa,
arrastraba siempre el triunfo amarrado a su corcel.

—

Son los mismos que partieron entre vivas y clamores,
son los mismos que exclamaron: «¡Volveremos vencedores!»,
son los mismos que juraban al contrario derrotar;
son los mismos, son los mismos; sus caballos sudorosos
son los potros impacientes que piafaban ardorosos,
de los parches y clarines al estruendo militar.

—

Han sufrido estos soldados los horrores de la guerra,
al alud en la llanura y las nieves en la sierra,
el ardor del rojo día, de las noches la traición;
del combate sanguinario el disparo, la lanzada
—el acero congelado y la bala caldeada—
y el empuje del caballo y el aliento del cañón.

—

Pero más que esos dolores sienten hoy su triste suerte,
y recuerdan envidiosos el destino del que muerte
encontró en lejanas tierras... Es mejor, mejor morir,
que volver a sus hogares con las frentes abatidas,
sin espadas, sin banderas y ocultando las heridas,
las heridas que en la espalda recibieron al huir.

—

A lo lejos el poblado ya percibe su mirada:
¿Qué dirá la pobre madre? ¿Qué dirá la enamorada
que soñaba entre sus brazos estrecharle vencedor?
¿Qué dirá el anciano padre, el glorioso veterano
vencedor en cien combates? ¿Y el amigo? ¿Y el hermano?
¡Callarán avergonzados, si no mueren de dolor!...

—

Y después, cuando a la lumbre se refiera aquella historia
del soldado, que al contrario disputando la victoria,
en los campos de batalla, noble muerte recibió;
y los viejos sus hazañas cuenten luego entusiasmados,
se dirán los pobres hijos del vencido avergonzados:
«¡Los valientes sucumbieron y mi padre regresó!...»

—

Tales cosas van pensando los vencidos pesarosos,
que abatidos, vacilantes, cabizbajos y andrajosos,
caminando lentamente, se dirigen a su hogar,
y al mirar la antigua torre de la ermita de su aldea,
a la luz opalescente que en los cielos alborea,
van el paso retardando, temerosos de llegar.

ANTONIO PALOMERO

Nació en Málaga en 1869. Fué redactor de «El País», «A B C» y «Blanco y Negro» y director del diario «La Noche». Formaba parte de la redacción de «El Imparcial» cuando falleció en 1914.

Obras: «Los padres de la patria», semblanzas rápidas, 1894; «Versos políticos», 1895; «Trabajos forzados», 1898; «Cancionero de Gil Parrado», 1900; «Coplas de Gil Parrado», 1906; «Rafles», comedia, 1908; «Su Majestad el Hombre», 1908; «Mi pasión y otras cosas por el estilo», 1908; «El libro de los elogios», 1911; «Versos de Gil Parrado», 1913.

Castellana...

Quiero celebrarte, hermana...
Para ensalzar tu hermosura
¡diérame Dios la dulzura
que te sobra, castellana!

Fuiste reina del pasado,
musa de nuestra leyenda,
y escudo de nuestra tienda,
y rosa de nuestro prado.

Y aun en ti se rememora
la victoria apetecida...
¡que hasta al mostrarte vencida
te apareces vencedora!

Largo es tu pelo sedeño
para redes del amor...
Tu carne tiene el color
de los sembrados: trigueño;

y la flor de tus mejillas
luce encendidas corolas,
igual que las amapolas
de tus campos de Castilla...

Perfumada está tu mano
del laurel que conseguiste,
y hay en tu mirada triste
la paz serena del llano;

pues son tus ojos divinos
—ojos que llegan al alma,
ojos que duermen en calma
como tus altos destinos—

senderos de la ilusión
que encuentra el mundo pequeño...
¡Y esperan la fe, el ensueño...
lo que eleva el corazón!

En el tuyo a veces canta
la voz radiante y gloriosa
que oyó Isabel la animosa,
que oyó Teresa la santa...

¡Que para el propio consuelo,
con sus virtudes encierra

algo que te ata a la tierra
y algo que te llama al cielo!...

Vaso de melancolía
que el borde humano rebasa...
¡Oh, mujer; Marta, en la casa,
y por el mundo, María!

RAMÓN PÉREZ DE AYALA

Nació en Oviedo en 1880. Ha colaborado en «Helios», «El Imparcial», «El Sol», «Nuevo Mundo», etc. Fundó, con Enrique de Mesa, la casa editorial «Biblioteca Corona».

Obras: «Paz en el sendero», versos, 1904; «Tinieblas en las cumbres», novela, 1907; «A. M. D. G.», ídem, 1910; «La pata de la raposa», ídem, 1912; Troteras y danzaderas», 1913; «Prometeo, Luz de domingo, La caída de los limones», novelas, 1916; «Las máscaras», ensayos de crítica teatral; tomo 1.º, 1917; tomo 2.º, 1919; «Política y toros», ensayos, 1918; «La paz del sendero y El sendero innumerable», poemas, 1916; «Belarmino y Apolonio», novela, 1919; «El sendero andante», poemas, 1921.

Epístola a "Azorín,,

Echo de ver, a veces, mi querido *Azorín*,
que te embebe y enturbia una nube de *spleen*.
Entonces dices: esto va mal, esto va mal;
(pensando en el ya clásico terremoto mental)
¡Oh noble amigo, oh gran filósofo pequeño!
Harto se nos alcanza que la vida es un sueño,
mas llega un punto en que, de apacible y sencilla
se muda en arbitraria y loca pesadilla.

Con el claro y rotundo monóculo en un ojo
en la mano el arcaico paraguas, color rojo,

luego la tabaquera, esculpida, de plata,
y, allá en lo íntimo, sorda misantropía innata,
vagaste entre los hombres y los libros, a cientos.
Ahora te encuentras como rendido y sin alientos.
Los libros te parecen inútiles; livianos
los hombres. Sólo encuentras dulzura en unas manos
de niña, en unos ojos de cándido mirar,
en una boca cuya sonrisa es triangular,
como la de Cleopatra. Ahora estás en franquía,
has llegado a la cumbre de la filosofía;
ahora, que, suavemente, nos muestras el cansancio
de lo inútil, lo frívolo, lo soberbio, lo rancio,
y, como si gustases, un halago de brisa,
te tiendes al amparo fresco de una sonrisa.

Te hallas, amigo, ahora, en mi amada Vetusta,
la noble, la leal, la devota, la augusta.
Acaso sientes que esta mi ciudad te convida
en su tácito seno a fincar de por vida.
Acaso esa señora prócer, la catedral,
te inculca ideas mansas con su voz de metal.
Acaso, dormitando en el calmo casino,
hayas pensado hacer un alto en el camino.
Acaso en la alameda, a la postmeridiana
hora, has ambicionado que el día de mañana
sea como el presente; los días siempre iguales
como en una vereda florida los rosales.

Todo calla. Es la hora asoleada y lenta
con que principia nuestro gran libro, *La Regenta*.
Se siente el bienestar templado del estío,

y del pecho parece que brota un ¡ay, Dios mío!
¡Ay, Dios mío! ¡Qué paz! ¡Qué paz!

He aquí la buena
vida, la humilde, monótona y serena
que nos llama del fondo de estas graves mansiones
en cuyo atrio se olvidan todas las ambiciones.

Saludamos al borde de los atrios mezquinos
la sandalia con polvo de todos los caminos,
y apuremos, a fin de templar nuestro ardor,
la copa con el agua diáfana del amor.

He aquí la vida buena, la vida gris y llana
que nos requiere en esta guarida provinciana.
Azorín: olvidemos menudos intereses,
vivamos como ingenuos y sencillos burgueses.
Bebamos con sosiego; yantemos con holgura
esos pingües manjares de gustosa natura.
Y por dar pasto luego a la humana exigencia
que pide alguna cosa más que la manutención a,
igual que el Arcipreste, nuestro amigo, el de Hita,
busquemos una duenna falaguera y bonita.

De esta suerte, los años rodarán día por día,
con una mansedumbre y una monotonía
deleitosas. Tomamos el pequeño bastón
y deambulamos lentamente la población.
Quizás nos detenemos a contemplar un cán.
Acaso hacia nosotros se afana Sebastián.
—Querido Sebas, ¿cómo va esa caricatura?—
le decimos.—Hoy hice varias *super*-murmura.

Seguimos juntos. Luego nos cruzamos con Luisa,
de oscuro. Suponemos que va o viene de misa.
Contemplamos su rostro lindo, su andar ligero
y los dos nos quitamos el pequeño sombrero.
Luego vemos a Luis, Pepe, Nicasio, Antón,
al Maestro, a Victoria, o Antita, o Asunción.

Y allá, *Azorín*, siguiendo la hebra del tiempo enjuto,
que aunque se mide en años sólo dura un minuto,
ya transcurridas, ora trágicas, ora necias,
en el ancho y activo mundo mil peripecias,
y que en nosotros asga la vejez sus rehenes
—el corazón nevado y nevadas las sienes—,
quizá entonces un día nos hallemos tú y yo
comparando el presente con lo otro que pasó.

Sobre el haz de la tierra, la humanidad huraña
derribará los tronos... menos uno, el de España.
Ya que no los prohombres políticos hodiernos
serán nuestra delicia sus hijos y sus yernos.
Julita Fons, y la Chelito, y la Pastora
seguirán siendo jóvenes y estrellas, como ahora.
Harán de ingenuas Concha Ruiz y María Guerrero.
Se dirá: el gran pintor Moreno Carbonero.
Llamarán a Unamuno, todavía, chiflado,
y Baroja, aunque rico, irá desarrapado.

Y hablaremos: hace años, por detener la huída
de las horas, quisimos reposar de por vida
en la paz y el remanso de una urbe provinciana
donde se confundiesen ayer, hoy y mañana.

Fué momentáneo antojo. Luego, nuestro destino
nos empujó de nuevo a seguir el camino.
Ya has sido diputado, gobernador, ministro.
Yo he meneado el plectro y enarbolado el sistro,
en poemas inútiles para pasar el rato.
Henos aquí, en el sol de otoño, aurino y grato,
aunque viejos, en una dichosa beatitud,
rememorando nuestra perdida juventud.
¿Perdida? No por cierto. Mecemos la mirada
en torno, y exclamamos, nada ha pasado, nada.
Acaso el mundo tiembla en hondo cataclismo;
pero aquí, en nuestro suelo, todo sigue lo mismo.
No ha habido peripecias ni trastrueques extraños.
Creemos que vivimos hace cincuenta años.
¿La vida será un sueño, un irreal empeño?
Naturaca. En España, sí, la vida es un sueño.

José María Platero

Nació en Madrid en 1893. Es secretario del Juzgado de 1.ª instancia de Potes (Santander). Ha colaborado en «El Liberal», «La Monarquía», «Fígaro», «Los Contemporáneos», «Mercurio», de Nueva Orleans y «El Imparcial», de San Juan de Puerto Rico.

Obras: «Las primeras rosas», poesías, 1913; «Tránsito», ídem, 1914; «Poema del buen anunciamiento», 1916; «Después de la caída», novela corta.

Canción del Juglar

Tañendo el viejo laúd destemplado
dijo el juglar, socarrón y taimado:
—Pues me ponéis en aqueste trance,
ved, mis señoras, cual trovo en romance.

Hay una tierra que llaman Castiella
y un altanero castillo hay en ella,
y en el castillo, fermosa y llana,
hay una apuesta y gentil castellana.

Ha doce meses que el bien castellano,
su noble esposo, el acero en la mano,
como un altivo león batalla
junto a su rey que en contienda se halla.

No hay un guerrero más recio que aqueste.
Porta el perdón del monarca su hueste,
y es entre todos su noble acero
en el servicio del rey el primero.

Al caer la tarde de un día de Mayo,
por la tormenta calado su sayo,
un juglar joven pasó el rastrillo
del altanero y vetusto castillo.

Llamóle al punto y con fabla muy llana,
tal se expresó la gentil castellana:
—Rubio juglar, tan sóla me veo
que oír una trova de amores deseo...

Ya el buen juglar se la estaba cantando.
La castellana le oía temblando...
De aquella noche solo podría,
honestas damas, decir mi hidalguía,

que hay una tierra que llaman Castiella
y un altanero castillo hay en ella,
y en el castillo, fermosa y llana,
hay una apuesta y gentil castellana...

JUAN PUJOL

Nació en 1883. Dirigió «La Nación» y colaboró en «Blanco y Negro».
Obras: «Ofrenda a Astartea», poemas, 1907; «Salmos, jaculatorias y otros poemas», 1908; «De Londres a Flandes con el ejército alemán», 1915; «En Galitzia y el Isonzo», 1916; «La Guerra», 1917.

La Taberna del Arrabal

¿Es aquí, buen tabernero, donde se dan cita
los hampones, en la hora que la ciudad dormita?...
¿Ama y odia la turba harapienta y maldita
a la luz amarilla de ese viejo quinqué?...
¿Duerme un ladrón, de alguna prostituta en la falda?
¿Dice sus inocentes canciones *Esmeralda?*
¿Cuenta algún asesino que mató por la espada,
tal como en Ponson du Terraill o en Eugenio Sué?...

—

Al ocaso el sol piadoso vierte un oro viejo
sobre el inmundo arrabal... Y tiene un reflejo
sangriento—como si se copiara en un espejo
el alma de los miserables—cada cristal
al sol poniente... Hay una errabunda poesía
en la dulce paz del ocaso... Se desearía
no saber del crimen, ni de la melancolía,
ni de la trágica emoción del arrabal...

El tabernero a los burgueses no nos muestra
el aposento donde por las noches secuestra
y asesina a las víctimas. Y se ríe de nuestra
pregunta y se burla de nuestra curiosidad...
Y sin embargo sentimos un escalofrío
cuando nos mira silencioso. Y hay un sombrío
gesto de desconfianza, de inquietud y desvío,
en su rostro que finge impasibilidad...

—

¡Oh quinqué de la taberna: en las noches lluviosas
arrojarás un cuadro de luz sobre las losas
de la calle negra Iluminarás las medrosas
siluetas de los hampones, hartos de beber...
Alumbrarás de algún mendigo la borrachera,
y a tu claror pajizo tal vez una ramera
llorará en un rincón, mientras llega el que espera,
leyendo la historia de Margarita Gautier.

—

¿Qué palabra interior y dulce expresaría
la sensación de encanto y de melancolía
que nos invade?... La estancia es triste y sombría.
El huésped sobre el mostrador sigue su tragín.
Va anocheciendo. El arrabal se despereza.
Hay un olor de guisos que huelen a pobreza..
y en la taberna—ya alumbrada con extrañeza—
van sentándose unos hombres de folletín...

FERNANDO DE LA QUADRA Y SALCEDO

Nació en Güeñes (Encartaciones de Vizcaya) en 1898. Es doctor en Derecho y correspondiente de la Real Academia de la Historia. Ha colaborado en «El Debate», de Madrid y en «El Pueblo Vasco», de Bilbao.

Obras: «La personalidad vasca en la literatura poética», 1914; «El castillo de Butrón», 1914; «Rectificaciones sobre la personalidad vasca en la literatura poética», 1914; «Casas de moneda y bancos de emisión en el país vasco», 1915; «Los vascos en el concilio de Trento», 1915; «Del diálogo y de la amistad», 1916; «Fuero de las Encartaciones», 1916; «El Versolari», poesías, 1917; «La cueva de Basondo», estudios de prehistoria, 1918; «Ensayos sobre el Renacimiento vasco», 1918; «Las bellezas bilbainas en el siglo XIX», 1918; «Llanto de los Pirineos», elegías, 1919; «Libros raros y curiosos de la imprenta en Bilbao», 1920; «El pintor Jáuregui y sus obras», 1920; «Pensamiento político del reino de Navarra en el Renacimiento», 1920; «El libro de mis abuelos», poesías, 1921.

La Capa Pluvial

Al marqués de Laurencín

Del siglo catorceno una capa pluvial,
he visto en la abadía de San Miguel el Real;
un lego vascongado me enseñó el ornamento,
que estaba encajonado, y me dijo: «un memento
hagamos por el Príncipe que donó la pluvial
del siglo catorceno a San Miguel el Real».

Todo el apostolado era bordado en oro
sobre rojo damasco carmín flordelisado,
el tetramos augusto allí simbolizado
en el ángel, el gladium, el águila y el toro.

—

¡Venerable oro viejo, oro de otras edades,
que dibujas los nimbos de cabezas ancianas;
oro santificado por las manos de abades
en las solemnidades de las horas tempranas!

—

Leí con reverencia la tarja en letras de oro:
«Don Alaino de Albret regaló esta pluvial,
bordada en Fiesanova por Jovio Polidoro
estando peregrino en San Miguel el Real.
Todos cuantos veáis este viejo ornamento
rezad por los pecados de Alaino, un memento».

PEDRO DE RÉPIDE

Nació en Madrid en 1882. Es fundador y redactor del diario «La Libertad».

Obras: «Libertad», poema, 1901; «Las canciones de la sombra», 1903; «La enamorada indiscreta», novela, 1907; «Agua en cestillo», ídem, 1907; «No hay fuerza contra el amor», 1907; «Del Rastro a Marvillas», 1907; «El solar de la bolera», 1908; «El Madrid de los abuelos», 1908; «Noche perdida», 1908; «Paquito Candil», 1909; «Del rancio solar», 1910; «Los cohetes de la verbena», 1910; «Cuento de viejas», 1910; «El duende de la corte», 1910; «Las cartas de la azafata» Cloe», 1911; «Un conspirador de ayer», 1911; «La buena fama», 1911; «La corte de las Españas», 1913; «El puerto sereno», 1913; «Chamberí por Fuencarral», 1913; «La venganza de Julia», 1913; «La torre sin puerta», 1913; «La desazón de la Angustias», 1914; «Costumbres y devociones madrileñas», 1914; «La negra», 1915; «El regalo de la madrina», 1916; «Los espejos de Clío», 1918; «El maleficio de la U», 1920; «La lámpara de la fama», cuestiones históricas, 1920; «Jardín de princesas», 1920. Teatro: «Los majos de plante», sainete, 1908; «La llave de la Araceli», comedia, 1908; «La casa de todos», drama, 1908; «Cadena de rosas», 1910; «Veteranos», cuadro dramático, 1917.

Monsalvat

El rey Luis está haciendo un castillo
de caoba y marfil.
Un castillo juguete,
un alcázar sutil.
Sutil como su alma. Sutil porque le hacen
los dedos del rey Luis.

Está solo con él, el artista,
y en silencio los dos;
pero sus almas cantan
la suprema canción.

Se oye el lejano acorde
de la trompa guerrera,
y el rey Luis, melancólico narciso de Baviera,
ve pasar por la plaza, gallardos y arrogantes,
sus soldados que llevan collares de diamantes.
El rey Luis
vuelve de nuevo a contemplar las torres
del castillo sutil.

El sueña con el alma de Nerón y Heliogábalo,
Médicis y Valois.
Es el loco sublime. El demente que sueña
un poema inmortal.
Y se vuelve al artista y le dice:—Ricardo,
la copa del Grial,
en el castillo nimio que mis dedos fabrican
yo quisiera guardar.

Y Ricardo vislumbra el Monsalvat lejano,
y sus dedos recorren las teclas del piano.
Se repite el acorde de la trompa guerrera,
y el rey Luis, melancólico narciso de Baviera,
va entornando sus ojos, que se cierran por fin.
Su espíritu se eleva como una hostia bendita.
Bebe en el cáliz de ágata de la diosa Quimera.
Entreabre los labios, y dice:—Lohengrín.

ANTONIO REY SOTO

Nació en Santa Cruz de Arrabaldo (Orense) en 1879. Es capellán de honor de S. M., individuo de número de la Academia Gallega y correspondiente de la Real Academia de la Historia. Ha colaborado en varios periódicos de Madrid y en casi todos los de Galicia.

Obras: «Falenas», versos, 1905; «La lágrima», de Guerra Junqueiro, traducción, 1910; «Nido de áspides», versos, 1911; «Divagaciones en torno de la poesía», ensayo, 1915; «Remansos de paz. Campos de guerra», 1915; «Amor que vence al amor», poema dramático en verso, 1917; «La loba», novela, 1918; «Cuento del lar», tragedia mística en prosa y verso, 1918; «La imprenta en Galicia», discurso de recepción en la Academia Gallega, 1920.

FAUSTO

Para el verbo llameante de
José Rodríguez Martínez.

La Invocación

Es en un pazo montañés Mañana
perfumada de Abril, toda pureza.
Un hirsuto mastín se despereza
y se relame al sol, en la solana...

Rechina un gozne, se abre una ventana
y asoma el viejo hidalgo la cabeza..

Pasa, y enciende el soto, la belleza
ubérrima y bestial de una aldeana...

Le tiembla la barbilla al buen hidalgo,
y: —Amigo Satanás, diérate hoy algo
por la perdida juventud...! exclama

y torna al comedor. Súbito, el vino
en un vent udo jarro cristalino,
sobre la mesa, al sol, se hace una llama...

Mefisto

I

Es un h[illegible] camino en la ribera.
Arena fin[illegible] blanca.
En los lin[illegible] húmedos
hierbas es[illegible]s y altas.
Yedras, [illegible]amoras
y frondos[illegible]chos en las tapias...

El cami[illegible] sume
bajo el ve[illegible] silente de una parra.
El aire se[illegible] ormido
en las car[illegible] de la luz. Resbalan
a lo larg[illegible] «rayolas» trémulas
de un sol[illegible]yo, como manos cálidas
de invisi[illegible]ujeres, que en la sombra
suspiran[illegible]spiros... Aletarga
el penetr[illegible] cálido perfume
de las vid[illegible] flor... Entrelazada,

—tropezando en el aire—la blancura
de dos vanesas pasa...

*

En la lujuria de las hojas, se oye
un rebullir de alas;
luego un leve piar... Súbito, un mirlo
de pico de escarlata,
engallado y lustroso,
en la rama más alta,
oscilante a su peso, alza la irónica
frescura de su risa viva y clara...

*

La vid está florida. Es Mayo. Bate
la sangre reciamente en las hinchadas
arterias de la sien. Llénase el pecho
de un ahogo tan dulce, de unas ansias
de llorar y morir, de deshacerse
en átomos de luz, en derramadas
corrientes cristalinas,
como si fuese el agua
que corre entre las guijas del camino;
el agua que maculan las pisadas
de mendigos, rebaños y gañanes,
y, sin embargo, canta...
porque lleva los cielos y las nubes,
las estrellas y el sol en las entrañas,
y corre, como loca, a darse toda
a los hombres, las bestias y las plantas...

II

En Octubre la luz es ambarina,
el campo está dorado
y el aire huele y sabe como un vino
trasañejo y cordial. Hay unos cálidos
manchones de color entre las vides:
pañuelos y refajos
y chambras de las mozas cantarinas,
que aprietan los racimos al cortarlos,
y después los sopesan,
y, al fin, al sol alzándolos,
al verlos de oro por la luz transidos,
goteantes y cárdenos,
cual si—latientes todavía—fuesen
corazones humanos,
ríen y chillan, y su carne toda
tiene un recio temblor .. Zumban borrachos,
en torno de las mozas, abejorros
color de fuego.

Desabotonados
al aire los velludos esternones,
el pelambre bravío enmarañado,
hediendo a mosto y a sudor, en heces
tintos los rudos brazos,
bajo el agobio de los altos cestos,
corren y brincan mozallones gárrulos...

*

La tarde, en gran dulzura,
se muere, desangrándose

por los finos celajes del Poniente
sobre los ocres agrios
de un ancha cicatriz que tiene el monte;
vertiendo espesos coágulos
en el tejado nuevo del molino
y, allá en las viñas, en los secos pámpanos...

*

Por los caminos hondos—rechinantes
y dando secos tumbos—van los carros,
y del fondo del valle, junto al río,
sube un dulce cantar aleteando,
y otro cantar desciende la ladera,
y otro ráudo planea sobre el prado,
y otro se abate lento, allá a lo lejos...
tan lento y tan lejano... tan lejano...

*

Se ha encendido una estrella;
la noche va cerrando;
de los aleros se desprende el humo,
huele a pino y a estiércol... Se oye el *Angelus*...

Por bajo de la parra del camino
se ha metido un rebaño,
y el chivo más rijoso aún ramonea,
las manos en el aire, un rojo pámpano.

Margarita

¡Traque! ¡traque! ¡trá!... El telar abuelo
bajo el peso mozo de la tecelana,
reclamando, quiebra la siesta aldeana,
como en los rastrojos codorniz en celo.

¡Traque! ¡traque! ¡trá!... La moza retaca
la rústica urdimbre con brío doblado.
La tarde es un ascua, trasciende el sobrado
a heno maduro, sudor y albahaca.

¡Traque! ¡traque! ¡trá!... Crece lentamente
el rollo moreno, fragante de lino...
—¡Qué triste, qué solo, qué largo el camino!
Suspira la moza y enjuga la frente.

¡Don-din!... ¡don-din! ¡don!... Cantan las esquilas.
—Ganado del Pazo va por la calleja—
Acucia a las vacas la voz de una vieja...
—Dos brasas la moza tiene en las pupilas.—

¡Don-din! ¡don!... ¡Qué lejos se oye el esquilón!
¡Don!... ¡din!.. Es un eco de un eco apagado...
¡Traque! ¡traque! ¡trá!... Y el telar cansado
a la moza aún suena: ¡don-din! ¡don-din! ¡don!...

La Condenación de Fausto

El hidalgo ha comido y ahora está amodorrado
de codos en la mesa. Margarita trajina
y a una criada, a voces, regaña en la cocina.
Bajo la mesa duerme el mastín enroscado.

Alucina la siesta. El rastrojo dorado
tiene un temblor de carne en la roja calina.
Como un bordón inmenso tañido con sordina,
al vuelo de las moscas, suena el aire abrasado.

El hidalgo espabila. Bosteza... Tose... Escancia
en su vaso más vino... Lo huele. Su fragancia,
de pronto, como fuego le infiltra, le sofoca...

Quiere alzarse crispado... Y arrojando una espesa
bocanada de sangre, rueda bajo la mesa...
El mastín se despierta, va y le lame la boca.

ARTURO REYES AGUILAR

Nació en Málaga en 1864. Murió en 1913.

Obras: «Intimas», poesías, 1891; «Cosas de mi tierra», novelas, 1893; «Desde el surco», poesías, 1896; «Cartucherita», novela andaluza, 1897; «El lagar de la Viñuela», ídem, 1898; «La goletera», novela, 1900; «Del bulto a la coracha», cuentos andaluces, 1902; «Otoñales», poesías, 1904; «La moruchita», novela, 1907; «Las de Pinto», ídem, 1908; «El niño de los caireles», ídem, 1908; «La Miraflores», ídem, 1909; «De Andalucía», cuentos, 1910; «Béticas», poesías, 1910; «De mi almiar», novela, 1910; «Cielo azul», novela andaluza, 1911; «De mis parrales», cuentos andaluces, 1911; «El del Rocío», novela, 1911; «Sangre gitana», ídem, 1911; «Romances andaluces, 1912; «Sangre torera», novela, 1912; «Oro de ley», ídem, 1913; «Entre breñas», ídem, póstuma, 1913; «Del crepúsculo», poesías, póstuma, 1914.

ORIENTAL

Dadme mi caballo bayo,
el que rival es del rayo,
el que es del viento rival;
que huir quiero mis pesares,
que volver quiero a mis lares
y volver a mi aduar.

Volver quiero presuroso,
allí donde tan dichoso
latía mi corazón;

allí donde alegremente,
donde grata y dulcemente
mi infancia se deslizó.

Quiero a la luz de la luna
desde la movible duna
el desierto atalayar,
y dar caza a la gacela
cuando más que corre vuela
seguida por el chacal.

De mi tienda hecha con pieles
de camello, en los dinteles,
de los astros al fulgor,
escuchar los dulces sones,
de la guzla y las canciones
del nómada trovador.

Quiero las tribus más fieras
indómitas y altaneras
con mi acero avasallar,
sobre mi caballo bayo,
el que rival es del rayo,
el que del viento es rival.

Y que al resonar la hora
en que libre y triunfadora
vuele el alma hacia su Dios,
se pulvericen mis huesos
donde he nacido, a los besos
y a las caricias del sol.

ANTONIO REYES HUERTAS

Nació en Campanario (Badajoz) en 1887. Es abogado. Ha dirigido «La Acción Social», de Cáceres, «Noticiero Extremeño», de Badajoz y «La Defensa», de Málaga. Colabora actualmente en «Nuestro Tiempo» y «Revista Española», de Sevilla.

Obras: «Ratos de ocio», poesías, 1905; «Tristezas», ídem, 1908; «Nostalgias», ídem, 1910; «La nostalgia de los dos», ídem, 1910; «Lo que está en el corazón», novela, 1918; «La sangre de la raza», ídem, 1919; «Los humildes senderos», ídem, 1920; «La ciénaga», ídem, 1921. En preparación: «El lobero», novela sobre las Hurdes.

Sonata del Sol

No ha habido en las horas peremnes del día
tanto vaho ardiente de honda calentura;
ni el sol ha tenido tanta caloría
como la que vierte sobre la llanura...
¡El sol de mis campos es luz y alegría!

Todo llano... Se cierran los ojos
de tanta lumbrera... Duermen los sentidos
bajo el peso de un grave sopor...
Arden los barbechos y arden los rastrojos...
Son las aguas quietas espejos bruñidos...
y los horizontes todo un resplandor...

Como un ascua viva retiembla el contorno...
Curte el aire denso del total bochorno
que en ondas de fuego se ensancha y extiende...
El cielo es cobalto, la tierra es un horno
y en trémulas flamas la vida se enciende.

Y envuelto en la hoguera se alarga el camino
estéril, sinuoso, pesado, cansino,
tan lleno de polvo y de sol,
donde hay un lejano fugaz remolino
y un eco de alegre cantar campesino,
y un carro con haces de rubias espigas de trigo español.

¡Qué paz en la tierra tendida,
solemne, fecunda, encendida!
¡Qué limpio y azul el confín!
Y el ancho horizonte ¡qué abierto!
Y el llano en reposo ¡qué incierto
con todo el calor del desierto
y el peso de un sueño sin fin!

Es el sol radiante que Dios nos envía,
el sol de mi tierra que es luz y alegría
y vacía en mis campos su rico tesoro:
¡la rancia y antigua nobleza del oro
y el regio aparato de su pedrería!

¡Sol brillante que abarca y que inunda
los mundos abiertos que en luz colorea
y en luz tiene el germen que encarna y fecunda
y el soplo del fuego que anima y que crea!

¡Sol de triunfo que espléndido brilla
y esparce la rica semilla
de vida latente que encierra
y al mundo recuerda la gran maravilla
¡de aquel sol heróico que tuvo Castilla
que fué luz y gloria por toda la tierra!

Sol de Agosto que en rayos se expande
con tanta hermosura, con tanto placer,
tan lleno, tan fuerte, tan claro, tan grande,
que es triunfo glorioso de vida y poder.

Es triunfo en las mieses granadas
que cubren las hazas del cálido egido;
es triunfo en las dehesas tostadas
y es triunfo en las verdes campiñas:
las que tienen un huerto florido
y un valle frondoso de espléndidas viñas.

Y es triunfo en las eras,
—promesa lejana de las sementeras—
donde hay, para premio de tantas fatigas,
primero, las parvas de rubias espigas,
después, la ventura de trojes graneras
que alegran inviernos para hombres y hormigas.

¡Realidades de honrados ardores,
y esperanzas de tiempo aún mejor,
sonrisas, cuidados, sueños labradores,
músculos activos, gotas de sudor,
¡qué hermoso es el triunfo!... Cantan los gañanes

como si ese triunfo de rudos afanes
fuese la promesa de un triunfo de amor!

¡Oh días de paz y sosiego
que tiene mi tierra! ¡Oh estío
de fuego,
de cielo, de campo y de luz
y el noble vivir cotidiano
del noble trabajo cristiano
que llena los silos de grano
y los cuerpos hinche de vida y salud!

Labrador: ara y siembra y recoge:
esos granos que colman la troje
riégalos por la vega risueña,
que después con la luz del Señor
son espigas del sol en las hazas,
flor de harina son luego en la aceña,
y en el horno son blancas hogazas,
y en la mesa son pan del amor.

¡Que siempre fecunde mis campos feraces
el sol del estío! ¡Que llene
la mies en los haces!
¡Que suene
por estas llanuras más grandes que el mar
el himno sereno
del trigo y del heno,
oro de la patria, sangre de la raza y amor del hogar!

JOSÉ RINCÓN LAZCANO

Nació en Madrid en 1880. Es licenciado en Derecho. Colabora en «Blanco y Negro» y otros periódicos, singularmente en los de Segovia.

Obras: «Historia de los monumentos de la villa de Madrid», 1909; «Del viejo tronco», poesías, 1910; «La alcaldesa de Hontanares», comedia estrenada en el Teatro Español y premiada por la Real Academia Española y el Círculo de Bellas Artes de Madrid, 1917; «El ajuste», paso de comedia, 1919; «Después de misa», ídem, 1919; «Espigas de un haz», drama, 1920. Tiene en preparación un tomo de poesías y otro de cuentos castellanos.

Soy Labrador

En un cantar recio y llano
del terruño castellano
quiero engarzar mi emoción...
¡Si carece de primores,
lleva en cambio los mejores
ritmos de mi corazón!

Soy labriego y soy poeta...;
y es mi hidalga musa inquieta
libre alondra musical,
que no canta otros cantares
que los limpios y vulgares
del terrazgo y del erial.

Tengo a gala ser hermano
del que brega sobre el llano
cara al viento y cara al sol;
y un orgullo desmedido
cuando advierto que he nacido
castellano y español.

Más le cumple a mi deseo
el mansísimo zureo
de una cándida torcaz,
que la voz de los torrentes,
desbordantes y rugientes,
de álveo turbio y hondo caz.

Más la vieja canción de oro
que en la fuente canta el coro
del amor y del placer,
que la extraña melodía
de una patria que no es mía
y que nunca lo ha de ser.

Por vivir con labradores
y zagales y pastores
sabe mi alma la verdad
que palpita en la belleza
que vertió en Naturaleza
quien le dió su majestad.

Sé por ellos que la tierra
guarda, esconde, oculta y cierra,
oro virgen que es de ley;

y que ahondar para buscarlo
y sudar para encontrarlo
hace honor al mismo rey.

Sé en las hoscas sonochadas
y en las crudas madrugadas
apostarme en el cantil,
y librar a mis ovejas
de los lobos y vulpejas
que son plagas del redil.

Sé cien cosas peregrinas
de las artes campesinas
y el lenguaje natural...
Sé cantar como se canta
cuando a un niño le amamanta
una cabra maternal.

Sé en la siega ser hoz fuerte
y dejar rastros de muerte
donde un campo floreció...
Y sé alzar la rastrojera
y binar la barbechera
cual mi padre me enseñó.

Sé las coplas de la trilla
y la música sencilla
de las rondas del lugar;
y dormir bajo el creciente
de la luna transparente
en las parvas sin trillar.

Sé correr hasta las cumbres
y bañarme con las lumbres
del divino sol de Abril,
y escuchar cabe los pobos
los aullidos de los lobos
cuando dejan su cubil.

Sé estas cosas castellanas,
tan vulgares y tan llanas,
que el terruño me enseñó...
¡Si algo valen y merecen,
con el alma os las ofrecen
mis hermanos, que no yo!

¡Aceptadlas...! ¡Son las flores
que unos viejos labradores
os pretenden ofrendar!...
¡Han nacido en los ribazos
y en los surcos y lindazos
de un vergel de pan llevar!

Un vergel que en el verano
su riqueza de secano,
depurada por el sol,
va a acrecer el gran tesoro
que ha nutrido siempre el oro
castellano y español.

CIPRIANO DE RIVAS CHERIF

Nació en Madrid en 1891. Redacta en colaboración con Manuel Aza-, «La Pluma», revista literaria. Ha colaborado en «España», «La Liber-d» y «Los Lunes de El Imparcial».

Obras: «Versos de abril», 1906; «Los cuernos de la luna», novela cor-, 1908; «El cristal con que se mira», boceto de comedia, 1909; «Un ca-arada más», novela, 1921. Traducciones: «Florecillas», de San Francis-, 1912; «Memorias», de La Rochefoucauld, 1919; «El convivio», de Dan-Alighieri, 1919; «Vita Nova», del mismo, 1920: «La posadera», come-a, de Goldoni, 1920; «Ultimas cartas de Jacobo Ortiz», novela de Hugo scolo, 1920; «La vida en los campos», ídem, de Giovanny Verga, 1920; Daniel Cortis», ídem, de Fogazzaro, 1920; «El capitán Fracasa», ídem, Gautier, 1921; «El matador de Cinco-Villas», ídem, de A. Bennet, 21; «La viuda del balcón y otros cuentos de Cinco-Villas», del mismo, 21; «Dos dramas», de Salvatore di Giacomo, 1921; «Silvia», novela, de erardo de Nerval, 1921. Ediciones críticas: «Romances históricos», del ique de Rivas, con prólogo y notas, 1911; «Poesías escogidas de Cam-amor», 1921.

A una Musa viva

Sí, ya lo sé. La Primavera
rosas enciende en las mejillas,
pero el tiempo no tiene espera,
verás las hojas amarillas.

Verás el campo mudo y yerto
con una mortaja de nieve,

tu corazón será un desierto,
pesadumbre tu gracia leve.

Esa luz tan clara y tan pura
en que viertes el pensamiento,
se perderá en la nada oscura,
tu voz no volará en el viento.

Por más que le aprietes la venda
a la fe que hace andar la noria,
¿cómo quieres que no comprenda
que la existencia es transitoria?

Se tornará opaco el color,
y opaco tu cutis terso;
se apagará con el amor
la música del universo.

Llegará un triste amanecer
que no oirás al gallo cantar.
De vivir alegre al no ser
hay muy poco trecho que andar.

Luego después, sobre la piedra
de tu tumba, una hierba verde
—musgo mísero, que no hiedra—
borrará cuanto te recuerde.

Ven aquí, gocemos ahora
porque no nos castigue Dios,
de este sol que los montes dora.
El mundo es de nosotros dos.

El viento las nubes se lleva,
los torvos pesares se van;
abandónate y sé como Eva,
yo seré el inocente Adán.

Trasciende la divina pauta
y el cielo se copia en la linfa.
Haré de cañas una flauta.
Soy el sátiro, tú la ninfa.

Al suave son de este concierto,
el cuerpo del alma se ayuda;
cuando en la siesta despierto
estás a mi lado desnuda.

Se desgarra el último tul,
irrumpe el sol, la vida empieza,
pintada de verde y azul
renace la naturaleza.

José Rodao Hernández

Nació en Cantalejo (Segovia) en 1865. Es profesor en la Escuela N
mal y secretario del Consejo provincial de Fomento en Segovia. Ha
laborado en gran número de periódicos y con bastante asiduidad en «
drid Cómico», «La Correspondencia Militar», «Heraldo de Madrid»,
Ilustración Española», «Blanco y Negro», «Nuevo Mundo», «El Norte
Castilla», de Valladolid, «El Cantábrico», de Santander y en los de
govia: «La Tempestad», «Diario de Avisos» y «El Adelantado».

Obras: «La cruz de nácar», poema; «Retazos», «La primera decla
ción», monólogo cómico; «Al pie de la cuna», monólogo dramático; «
bum infantil», versos para niños, 1894; «Los tímidos», juguete cómi
«Polvo y paja», versos festivos, 1900; «Contrastes»; «Cazando bajo cer
«Noche y día», versos serios y festivos; «Música de organillo», copl
1906; «Ripios con moraleja», fabulillas; «Mis chiquillos y yo», vers
1914; «Coplas de la aldea», 1918; «Cantares españoles, cantares del p
blo y cantares de los poetas», 1920.

¡Sin General!

(En memoria de mi hi

Junto a mi mesa colgado,
como reliquia gloriosa,
tengo su sable mellado
y con el puño abo lado
por su mano primorosa.

En mi tristeza fatal
no encuentro pla er igual
al de besar ese sable.
¡Con él era general
aquel hijo inolvidable!

Siempre con él batallando
y siempre alegre y saltando
lo esgrimía de ci n modos,
mientras, a su v z de mando,
le obedecíamos todos.

—¡A formar!—gritaba él
y, en mi pate nal ventura,
dejaba pluma y papel
para cuadrarme, ante aquel
general en miniatura.

A veces, con sumisión,
su madre también cedía
frente al bizarro mandón
que, ante los dos, parecía
que mandaba un batallón.

Si ante un belicoso exceso
de aquel caudillo travieso
la tropa se sublevaba,
el jefe capitulaba
y había que darle un beso.

Con su mando el chiquitín
se encontraba en sus delicias
y a veces ponía fin

a esos juegos, un motín
de besos y de caricias.

Y viendo nuestra esperanza
en el intrépido niño,
sin reparo ni tardanza
cumplíamos la ordenanza
que nos dictaba el cariño.

¡Con cuánto dolor contemplo
el sable, que a la memoria
me trae la perdida gloria!
¡Aquel valeroso ejemplo
me llevaba a la victoria!

Tras de mi jefe querido,
a la lucha decidido
marchaba, siempre de frente.
¡Hoy me declaro vencido
sin ideal que me aliente!

¡Oh sable, nunca olvidado,
que me haces perder la calma,
roto, inservible y mellado,
únicamente has quedado
para partirme a mí el alma!

Ya no ha de esgrimirte aquel
que en el combate cruel
sufrió una herida mortal...
¡Qué triste está mi cuartel
faltando su general!

CÁNDIDO RODRÍGUEZ PINILLA

Nació en Salamanca en 1856. Perdió la vista a los diez años, educándose en el Colegio Nacional de Ciegos de Madrid. Su padre, profesor de la Facultad de Letras de aquella célebre Universidad, completó su educación con la lectura de los clásicos, y a su alrededor ha tenido siempre quien satisfaga su inquietud espiritual. Ha dirigido durante muchos años «El Castellano», diario de Salamanca.

Obras: «Memorias de un mártir», poema en cartas, con un precioso prólogo del insigne Campoamor, 1887; «Venganza y castigo», leyenda salmantina, 1890; «Cantos de la noche», poesías, en las que llora la pérdida de la luz, lo que él ha llamado «la luz de las tinieblas», 1899; «El poema de la tierra», con prólogo de Miguel de Unamuno, 1912; «Heroísmo y no quijotismo», conferencia, 1916.

¡Hermano Arbol!

Alamo solitario
que estos llanos sin término atalayas,
y que tu fuerza ensayas
trepando hacia las nubes temerario.
Cuando en medio de la árida meseta,
que como tierra bendecida piso,
de lejos te diviso,
conmuévese mi alma de poeta.
Que mudo, audaz, al páramo sujeto,
eres así, con tu belleza propia,

símbolo de mi vida el más completo,
perfecta imagen de mi mismo, y copia;
y en la chata planicie de esta tierra
que el trabajo hace santa
y mil tesoros en su seno encierra,
algo en fin que se yergue y se levanta.

Silencioso habitante
de este yermo que al cielo te aproxima
como una inmensidad tienes encima,
tienes otra delante.
Y junto a ti: ni otro árbol, ni otro arbusto;
nada: el desierto, el páramo, el vacío;
el campo raso en el invierno adusto,
el campo raso en el ardiente estío.

La llanura sin valles ni repechos,
mar sin olas ni orillas,
las vesanas ya verdes, ya amarillas,
los parduzcos rastrojos y barbechos.

En la extensión que la mirada abarca,
tú sólo, solo tu silueta oscura;
señor de la llanura,
tendríate el desierto por monarca.
Diríase que estás como en espera
de alguien que nunca a consolarte viene;
clavado aquí, tu espíritu no tiene
más que la soledad por compañera.

Y a todo indiferente
jamás muestras ni orgullo ni flaqueza.
¿Quién adivina lo que tu alma siente
bajo el recio espesor de tu corteza?

El sol de Mayo de verdor te viste,
el invierno tus galas te arrebata,
y tú inmutable. Para ti no existe
el gozo que huye, ni el placer que mata.
Seguro estás de tu feliz destino,
y de que el tiempo te combate en vano;
el placer y el dolor son algo humano;
tu eres siempre divino.

Alguna vez los pájaros cantores,
cruzando la llanura,
amparo encuentran en tu sombra oscura,
y te cantan sus cántigas mejores.

Mas cuando el aura leve,
sin lastimar la tierra con sus plantas
hasta ti llega y tu follaje mueve,
tú mismo eres quien cantas.
Esfinge muda a veces
que cela los misterios del destino,
arpa eólica a ratos me pareces
de varias cuerdas y de son divino.

Arpa que es como mágico salterio
y cuyas notas de armonía suave
nos dan la ignota clave
del misterio de Dios, el gran misterio.

Arpa siempre preciosa y peregrina;
quien jamás llegó a oir su eco sonoro,
¡ah! cuanta cosa ignorará divina
que yo que atento lo escuché, no ignoro.
¡Arbol noble y altivo,
palma de este desierto;

árbol inmoble en apariencia muerto,
y en tus adentros tan potente y vivo.
Cantor de la llanura tantas veces,
rara esfinge otras tantas:
tú que en los días muertos enmudeces,
y que al impulso de los vientos cantas;
solitario árbol mío:
pon toda tu quietud en mi alma inquieta,
y haz una vez para con tu poeta
que en dulce amor se trueque tu desvío.
De ti el derecho a la piedad reclamo,
yo que nunca lo tuve a la alegría.
«Hermano» el Sol de Asís te llamaría;
yo también te lo llamo.
Y cuando solo y mudo
vengo como hoy a meditar contigo.
abrázome a tu tronco áspero y rudo,
y abrazar creo a mi mejor amigo,
Que a más del hilo de oro que une y liga
la rosa al sol, al vermes con la estrella,
quien ve su imagen en tu imagen bella,
a unirse a ti por el amor se obliga.

SALVADOR RUEDA SANTOS

Nació en Benaque (Málaga) en 1857. Fué en sus primeros años labrador, guantero, droguero, carpintero... Leyendo a Espronceda se exaltó, y lo dejó todo por la poesía. Núñez de Arce llevóle a Madrid, dándole un empleo en la «Gaceta». Ha hecho una docena de viajes a naciones de lengua española, siendo coronado en el Gran Teatro de La Habana la noche del 4 de agosto de 1910.

Obras: Sus numerosos libros de poesías están seleccionados en «Poesías completas», 1911, y «Cantando por ambos mundos», 1914. Novelas: «La reja», 1890; «El gusano de luz», 1889; «La gitana», 1892; «La cópula», 1906. Teatro: «La musa», estrenada en Buenos Aires, 1901; «La guitarra», drama; «Vaso de rocío», idilio, 1908.

CORAZÓN Y CEREBRO

I

Las Andas de mi Madre

El último tributo que di a tu vida
grabado para siempre va en mi memoria;
fué la fiesta más grande, la más sentida
que mi amor, santa madre, rindió a tu gloria.

Eras ya muy anciana cuando quisiste,
desde las altas cumbres de nuestros montes,
ser llevada, en la tarde que tú elegiste,
a ver del mar sublime los horizontes.

Ver ansiaste a Dios pleno de maravillas
ante el mar que infinito se dilataba
y en la playa arenosa dar de rodillas
esperando tu muerte que se acercaba.
Siempre del mar amaste la vista extensa;
sus acordes profundos y melodiosos
eran como los cantos de cuna inmensa
que arrullaban tus sueños maravillosos.

Para llevarte en hombros como a una diosa,
congregué de los mozos la bizarría,
cual se hace con la Virgen esplendorosa
al llegar de sus fiestas el áureo día.
Subiendo por las cuestas desde los ríos
trajeron los mozuelos como en volandas,
ramas cual susurrantes velos umbríos
y troncos con que alegres formar tus andas.

Y el amor al alzarte como heroína
trabajando con ramas, cuerdas, listones,
labró para tu imagen, madre divina,
un trono constelado de corazones.
Le hicieron a las andas doce varales
donde ataron los mozos doce pañuelos,
cual se atan a las andas sacerdotales
de la Reina de mares, tierras y cielos.

Yo te vestí de gala para la fiesta,
un rosario en tu pecho dejé colgando,
y al mirarte en tu trono sublime puesta,
«¡Dios te salve, María, recé llorando!»
Del suelo, que el boscaje llenó de escombros,
te alzaron doce mozos cual sol triunfante,

y rompieron la marcha contigo en hombros
hacia el pasmo asombroso del mar gigante.

Era por la vendimia: plenos los campos
de madurez fecunda se estremecían
con sus cepas lujosas llenas de lampos
y sus uvas que claras se sonreían.

Los mantos de las vides alineadas
como tropas veloces de pies ligeros,
para ver la ternura de tus miradas
llegaban hasta el borde de los senderos.

Las adelfas al paso reflorecían,
en pos iban las tórtolas de arrullo ardiente,
y las ígneas cigarras, que entretejían
una corona lírica para tu frente.

El aire estaba lleno de risa clara,
de algo inefable y puro jamás sentido,
cual si Dios por los campos antes pasara
para dejarlo todo de luz vestido

Tras de las andas iba toda la aldea,
y delante los niños alborozados
te echaban el romero que el aire orea
en nuestros altos picos embalsamados.

De pronto, una tronera de rudos montes
dejó ver la llanura de olas rugientes,
y el mar abrió a tu vista sus horizontes
llenos de sol, de espumas y de rompientes.

Mandé parar las andas un solo instante
porque vieses las ondas en letanía
venir para decirte con voz tronante:
«¡Salve, sublime anciana, salve, María!».

Tú quedaste un momento de asombro llena
viendo el prodigio hirviente de olas rizadas
cantar desde su inmenso vaso de arena
con su tropel de lenguas alborotadas.

Desde el embrumecido confín remoto
el mar desarrollaba campos de tules,
y en renglones sublimes rodaba roto
cual Poema de combos versos azules.

Y revestido de alta, grande poesía
que como a Rey de siglos lo coronaba,
vasto, regio, grandioso se estremecía;
pleno, augusto, infinito, se dilataba.

Alcé entonces los ojos hacia tu frente
y vi bajo la tarde dorada y pura,
que tu pecho se hinchaba cual ola hirviente
y desbordaba en lloro por la ternura.

Era que no pensabas ver más el mundo,
ver más ni el mar, ni el campo, ni el sol, ni el cielo,
y absorta ante el prodigio del mar profundo
con lágrimas sublimes regaste el suelo.

Cuando llegó a la playa tu romería,
madre, madre divina que el alma llora,
ya el crespón de la tarde se oscurecía
llenando de tristeza la mar cantora.

Y al caer de rodillas junto a la raya
donde el mar alza y rompe bucles divinos,
daba el *Ave María* sobre la playa
un coro de solemnes cantos marinos.

Dios que ves en mi pecho, mira mi lloro;
Dios que alumbras mis días, ve mi amargura;

murió mi dulce reina que aun tierno adoro
y es mi casa desierta mi sepultura.
Ya en mi hogar afligido no me acompaña,
ya mis rejas doradas no tienen flores,
y el dolor me entreteje su telaraña
con los hilos sangrantes de mis dolores.
Ya no tengo en mi pena tenaz y honda
quien dé luz a mi vida y amor le preste,
ni al sentarme a la mesa quien me responda,
ni al rezar el rosario quien me conteste.
No más te veré, madre que me has criado,
que curaste mis males con tu paciencia,
que de todos mis yerros me has perdonado
y me diste tu vida, tu amor, tu esencia.
Hoy que me anega en olas mi desventura
tu procesión recuerdo, madre amorosa,
cuando le hice unas andas a tu ternura
lo mismo que a la Virgen maravillosa.
Sólo faltó a tu frente para divina,
la que el mundo me ha dado pura diadema;
la traslado a tus sienes, Dios la ilumina;
¡coronada en lo blanco de tu hornacina,
ya eres definitiva, santa y suprema!

II

La Armería Real

Llovía. En el recinto guerrero de la Historia,
repleto de armaduras y flámulas de gloria,
entré tarareando del alma una canción;

una canción fecunda de amor maravilloso,
de amor, que hace la vida torrente prodigioso,
y es lo único y lo grande que llena el corazón.

Llovía. Y por los campos rodando en mil tropeles
las gotas trabajaban con ruido de cinceles,
la vida elaborando, prolífica, inmortal;

mientras que de armaduras pletórico el recinto
la sombra se elevaba de César Carlos Quinto
con su lanzón de guerra, inmóvil y espectral.

El río de atrofiadas y regias dinastías
con petos, y coronas, y espadas de otros días,
notaba el aguacero, zumbar con recio son:

—«Un poderoso ejército de gotas gana el mundo»—
pensaba el magno César,—«y lo hace más fecundo
que lo hizo mi gigante y estéril ambición».

«Ejército que canta, que siembra y que germina,
que conquistando razas, de amor las ilumina,
salvando las fronteras con rápido volar;

ejército de gotas que rinde poblaciones,
que ondea sus relámpagos a guisa de pendones
y en vez de bronces, hace sus truenos retemblar».

Y a poco que callaron su son los aguaceros,
por las hileras largas de históricos aceros
cual por teclado bárbaro de hierros hechos cruz,

corrió del sol lanzada cual vivo meteoro,
la rápida culebra de un rayo audaz de oro
que las cien mil espadas metió en fundas de luz.

Y al ver volar el rayo cual río de hermosura,
así dijo el gran César metido en su armadura:
—«¿Quién cual la luz los pueblos se lanza a conquistar?»

«Sus vuelos son del aire larguísimas escalas
que en un momento cubren el mundo con sus alas
y todo lo fecundan, la Tierra, el Cielo, el Mar».
Rasgó el viento de pronto los vidrios cenitales
y libre entró azotando crineras de metales,
airones, petos, ricas gualdrapas de color;
y al ver cruzar el aire, la voz del César clama:
«¡El viento es cual la lluvia, lo mismo que la llama,
y da la vuelta al mundo cual héroe vencedor!»

De una triunfal cimera cayó una frágil pluma,
y el Rey de cien Estados clamó con ansia suma:
«¡Un milagroso ejército la pluma viene a ser;
cañones de más brío jamás usó la guerra;
la pluma es la que abarca los cetros de la tierra,
y nunca en sus Estados el sol se ha de poner!».

«No hay Césares que paren el curso de los siglos,
sus triunfos pasajeros serán al fin vestiglos,
el mundo que aprisionan veloz se ha de escapar;
sólo el amor conquista con gracia y sentimiento;
amor es pluma, y lluvia, y rayo, y luz, y viento,
y sólo de él la tierra se deja encadenar».

Así exclamó el gigante que tuvo en una mano
la redondez del mundo al ser su soberano;
mas como en férreas cintas de espadas lo prendió,
rompiendo el Orbe opreso las hojas toledanas
soltó sus ligaduras cortantes e inhumanas,
y el Sol, de un vasto soplo, al César apagó.

¿Y qué esperáis inmóviles, fantasmas espectrales,
azotes de la tierra vestidos de metales,
si el mundo no supísteis llenar de amor y luz?

Lo mismo que visiones dormís en las corazas,
cercados de rodelas, de bronces y de mazas,
vestidos de relámpagos y plumas de avestruz.

De la barbarie humana sois símbolo y compendio,
fué vuestro hera do, el mónstruo crinado del incendio,
fué vuestra estela, un lago de sangre que tender;
caballos cual vorágines montásteis en la tierra,
y el hurto, el dolo, el crimen, endriagos de la guerra,
bajo la cruz de Cristo llevó vuestro poder.

De Cristo, sí, miradlo; se yergue su figura;
se eleva entre vosotros sin casco ni armadura:
avanza, mira, alumbra, se agranda su visión:
viril macho de yunque sostiene entre sus manos,
es el Jesús terrible de arranques soberanos,
el que arrojó del templo las turbas en montón.

Os reta; en vuestras frentes os tiemblan las celadas;
saliendo de las fundas, se os crispan las espadas;
—«¡Resucitad!»—os dice, y os da carne mortal:
ya sois otra vez Reyes, ya sois Emperadores
pero al mirar de Cri to los trágicos furores
os tiembla la armadura de efímero metal.

No pueden las edades dar tumba a la conciencia,
resurge de las épocas, con más tenaz vehemencia
pidiendo de los crímenes y victimas perdón.
Jesús levanta el torvo martillo en las alturas,
y hay un crujir inmenso de broncas armaduras,
y escudos, cascos, lanzas, en brusca rebelión.

Retiemblan los relámpagos de luz de los arneses,
oscilan las rodelas de aceros milaneses,
regidos los caballos dan bote colosal;

como batalla enorme retumba la Almería,
y elevan a los aires su bárbara armonía,
cimeras, petos, lanzas, su estrépito triunfal.

Jesús descarga el golpe rompiendo mil espadas,
deshace las lórigas de luz empavonadas,
los discos de Medusa prodigio del cincel,
las láminas de acero que comban los pretales,
las ínclitas crineras de curvas imperiales,
y todo ondula en grande y horrísono tropel.

Y baja entre el estruendo del bélico recinto
de su corcel soberbio el César Carlos Quinto
mirando con firmeza de absorto girasol,
y ante Jesús inmenso que es todo maravillas,
se postra, repicando los dientes, de rodillas,
¡él, en cuyos Estados no vió ponerse el Sol!

Pero Jesús no abdica, no absuelve, no perdona;
deshace un martillazo del César la corona,
que salta en ricas piedras y ráfagas de luz.

¡son piedras como lágrimas de niños y de esposas,
de madres y soldados, de vírgenes hermosas,
de cien guerras brutales en nombre de la Cruz!
Avanza luego rápido Felipe, el Rey del mundo,
la sangre envenenada, llagado el cuerpo inmundo,
y con enorme espanto, su voz clama: «¡Perdón!».
Jesús eleva el torvo martillo poderoso
y rompe en vanas chispas el cráneo del coloso
lanzando un penetrante rugido de león.
Es el furor celeste lo que a Jesús domina;
como un volcán inmenso borbota su retina;
su pecho es cataclismo, sentencia, tribunal;

cual dos ríos de l'amas de fiero enojo llenas,
en torno al rostro trágico se bajan las melenas
como un apocalipsis de origen inmortal.
«¡Venid, prorrumpe, todos los monstruos de la espada,
con tronos, y diademas, y gloria consagrada;
yo soy el yunque excelso que forja el porvenir».
A sus palabras, huyen los Reyes espantados,
y hay un temblor de bronces y aceros congelados,
un estupor que el ámbito de asombro hace crujir.
Rompe el martillo trágico frontales belicosos,
bruñidos trancaletes, pretales luminosos,
gruperas y gualdrapas de rica seda real,
escudos con grandiosas escenas de combate.
y lanzas de torneo mostrando en el remate,
como una luz, la larga cuchilla de metal.
Tan grande espanto siembra su mano destructora
al ir pulverizando, sublime y vengadora,
la guerra y la barbarie, tronando entre las dos,
que sobre el mar de escombros y restos de titanes,
parece que desfilan cual lavas de volcanes
en mil leguas de fuego, la cólera de Dios.
Cesó el estrago: entonces prodújose un portento;
llenó la inmensa estancia del vértice al cimiento,
pasmosa Biblioteca que cobijó una cruz;
y hubo por lanzas, plumas; tinteros, por cañones;
cerebros, por celadas; por petos, corazones;
amor, por sangre y llanto; por hierro y bronce, luz.

José Samaniego L. de Cegama

Nació en Valladolid en 1878. Es teniente fiscal en la Audiencia de Jaén. Ha colaborado en «La Epoca» y «El Universo».

Obras: «Serio y festivo», poesías, 1895; «Multicolores», ídem, 1899; «Trébol», poesías, en colaboración con Perrín y A. Torre Ruiz, 1902; «El consejo de familia», tesis doctoral, 1902; «El moderno pesimismo», 1903; «El tonto del pueblo», entremés, 1905; «Algo sobre la cuestión social», 1906.

SIEMPREVIVA

Tan llena estaba de tu amor mi vida,
era mío tu ser de tal manera,
que al extinguirse tu oración postrera
di a todo cuanto amé la despedida.

Quiso mi alma en tu fatal partida
volar contigo hacia la azul esfera;
mas de mi cuerpo impuro prisionera
gimió en la sombra y se abatió vencida.

Porque sé que me aguardas aún aliento;
sé que no me abandonas porque siento
sobre mi corazón tus ojos fijos.

Tus dulces ojos que cerré al perderte
y que se abren, triunfando de la muerte,
para mostrar el cielo a nuestros hijos.

MANUEL DE SANDOVAL Y CÚTOLI

Nació en Madrid en 1874. Es licenciado en Derecho, doctor en Filosofía y Letras, catedrático de Lengua y literatura castellana en el Instituto de Toledo e individuo de número de lo Real Academia Española y de la de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba. Ha colabsrado en «Blanco y Negro», «Los Lunes de El Imparcial» y «A. B. C.»

Obras: «Prometeo», poemas, 1895; «Aves de paso», poesías, 1904; «Cancionero», 1909; «Musa castellana», 1911; «De mi cercado», florilegio laureado con el premio Fastenrath, 1912; «El abogado del diabio», centón de artículos, 1916; «Lo inconsciente en la obra literaria», discurso de ingreso en la Real Academia Española, 1920.

Verso y Prosa

A D. Ramón Menéndez Pidal

Los frailes y las monjas, en claustros y abadías
en crónicas trocaron los épicos cantares
que, errantes, recitaron en los heroicos días,
por plazas y castillos, troveros y juglares.

—

Y en prosa convertido quedó lo que era canto,
y el mutilado verso a transformarse vino
en una flor marchita que aroma con su encanto
el venerable códice de viejo pergamino,

porque quedó la huella del metro peregrino
impresa en el austero relato de la crónica,
igual que las facciones del Redentor divino
quedaron para siempre grabadas en el lino
con que enjugó, apiadada, su rostro la Verónica.

—

En vano es que la Historia, con trabazón seguida,
los rotos hemistiquios acople, empalme y suelde,
y borre, cuidadosa, su acento y su medida;
la profanada gesta se agitará rebelde
y en su mezquina cárcel reclamará la vida.

—

La prosa, que fué verso, su paso de andadura
altera, encabritándose, como corcel de guerra;
y suena el viejo ritmo cual agua que, en la hondura,
rebota, salta y corre debajo de la tierra.

—

Surgiendo de improviso, se engalla un verso entero
que, a un tiempo, sin quebrarse, se encorva, fulge y brilla,
como al salir ha siglos de manos del trovero
que, el genio modelando del habla de Castilla,
le dió la refulgencia y el temple del acero.

—

Y cada aislada frase que, rítmica y gallarda,
su gracia o su hermosura de pronto nos revela,
es parda alondra oculta en la planicie parda,
que calla entre los surcos y canta cuando vuela.

Ingente cordillera que allá en edad remota
las aguas abismaron y que levanta enhiestas,
cual pétreos eslabones de la cadena rota,
sus angulosas cumbres y sus aisladas cimas,
del continente hundido de las perdidas gestas,
aquí y allí, elevando sus picos y sus crestas,
emergen de la prosa las triunfadoras rimas.

—

Y la inmortal poesía que sepultada yace
bajo las hondas aguas descúbrese al viajero;
y aquella vieja Atlántida que de la mar renace
es mundo que a dos mundos para servir de enlace,
al recordar la «Iliada», preludia el Romancero.

*

Al ver cómo tu mano, paciente y primorosa,
ordena los fragmentos del monorrimo arcaico
y ajusta las palabras y frases que desglosa,
lo mismo que si fueran las piezas de un mosaic ;
al ver que a tus conjuros recobra el ser primero,
según el olvidado *mester de iogloría*,
la anónima epopeya que debe a un pueblo entero
—que unió cuando, glorioso, cantaba y combatía,
con el valor de Aquiles la inspiración de Homero—
aquella soberana y virginal poesía
ingenua y espontánea, pueril y candorosa,
que, con trabajo estéril y con tenaz porfía,
crueles mutilaron, al traducirla en prosa,
el fraile en el convento y el monje en la abadía,

recomponer quisiera también el viejo canto
de dicha y de esperanza que en mi niñez oía
y que aun, truncado y roto, me alegra con su encanto
cuando su dulce ritmo rebusco en mi memoria;
porque también la vida que, con crueldad suprema,
deshizo mis ensueños y destrozó mi gloria,
con los divinos versos de mi infantil poema
tejió la burda trama de mi prosaica historia.

Diego San José de la Torre

Nació en Madrid en 1885. Colaboró en «Madrid Cómico». Actualmente en «El Liberal», «El Imparcial», «La Tribuna», «Nuevo Mundo», «Mundo Gráfico», «La Esfera», «Blanco y Negro», «La Novela Corta» y en muchos periódicos de España y América. Fué redactor del diario «La Noche».

Obras: «Un último amor», comedia, 1908; «El bufón del Rey, adaptación de «Le roi s'amuse», drama de Víctor Hugo, en colaboración con Enrique Reoyo, 1909; «Rufianescas», poesías, 1910, «Los hijosdalgo del hampa», prosa, 1910; «Hidalgos y plebeyos», poesías, 1911; «La bella malmaridada», novela, 1912; «Mozas del partido», ídem, 1912; «Libro de diversas trovas», poesías, 1912; «Mentidero de Madrid», artículos, 1913; «Doña Constanza», novela, 1913; «El libro de horas», ídem, 1915; «Puñalada de pícaro», ídem, 1916; «El loco», drama, en colaboración con E. Reoyo, 1916; «Una vida ejemplar», novela, 1916; «La monja del amor humano», ídem, 1916; «El sombrero del rey», ídem, 1916; «La Mariblanca», ídem, 1919; «En pecado mortal», ídem, 1919; «Cuando el motín de las capas», ídem, 1919; «La estatua de nieve», ídem, 1919; «El manteo prodigioso», sainete en verso, 1919; «Dios le tenga en su gloria», ídem, 1919; «Gratas memorias», novela, 1921. Es autor también de unas cuarenta novelas cortas. De 1912 a 1916 hizo varios arreglos teatrales, que se estrenaron en Barcelona, como «La dama boba», de Lope de Vega, «Los pechos privilegiados» y «El semejante a sí mismo», de Ruiz de Alarcón. En la actualidad tiene en prensa una novela, a punto de estrenar una comedia en verso, «La ilustre fregona», basada en la novela ejemplar de Cervantes y una leyenda dramática, «La estatua de nieve», en colaboración con E. Reoyo.

¡QUÉ MÁS QUIERES...?

¿Qué buscas, mujer, en mí?
¿Es poco lo que llevaste?
¡El alma me la arrancaste
y el corazón te le dí!

¿Qué pena se te olvidó?
¿Qué tortura no me diste?
¿Qué fibra no me rompiste?
¿Qué espina no se enconó?

Yo he apurado la amargura
de ver tu cuerpo querido,
delirio de mi locura,
en otros brazos prendido.

Dísteme penas de celo
que son terrible agonía,
mostrándome cada día
la corte de tus martelos.

¿A qué tornar al dormido
remanso de mi querer?
¿Qué buscas en él, mujer?
Respeta lo que he sufrido.

Mi vida, rota, en girones
arrastraste por el suelo
e hiciste de ella un lenzuelo
para envolver tus pasiones.

¿Qué buscas, mujer, en mí?
¿Es poco lo que llevaste?
¡El alma me la arrancaste
y el corazón te le dí!

Ramón de Solano y Polanco

Nació en Santander en 1871. Es abogado del Estado en aquella provincia y correspondiente de la Real Academia Española. Colabora en «Nuevo Mundo», «El Sol» y «El Siglo Futuro», de Madrid y en «La Atalaya», «El Cantábrico» y «Diario Montañés», de Santander.

Obras: «Coplas en romance», 1894; «La tonta», novela, premiada por la Biblioteca «Patria» (1904), 6.ª edición, 1921; «Amor de pobre», ídem, premiada por «La Novela Ilustrada», 1907; «Las domadoras», comedia, 1910; «Canas, muletas y amor», novela corta, premiada por «Los Contemporáneos», 1913; «Vía-Crucis», en verso; «Romancero de Cervantes», primer premio en el concurso nacional organizado en el tercer centenario de la muerte de Cervantes, 1916.

Llora el Amor

(Para una niña enamorada y triste)

A tus ojos claros he visto llorar,
en tus ojos niños he visto el dolor,
se ha puesto de luto mi viejo cantar,
de luto el Amor.
No sé tu pesar,
ignoro la angustia que te hace sufrir
y en dónde bebiste la gota de hiel...
¡pero es que tus ojos no pueden mentir
y lloran *por él!*

Pudiera impedir
el pobre poeta tu triste aflicción,
y no emplearía tan alta virtud
¡que en esas tristezas está la ilusión
de tu juventud!
Así es la pasión,
que sin una hoguera no puede alumbrar
y sin un incendio no puede lucir,
y toda la dicha suprema de amar
consiste en sufrir.
Amar es llorar;
querer entre risas ¡eso no es querer!;
el sol que no quema no puede dar luz,
y Amor se declara sabiendo tener
al hombro la cruz.
Tu llanto es, mujer,
más hondo consuelo que un fácil reir:
tu dicha inefable está en padecer,
y tus ojos claros parecen decir
que sabes beber
el raro elixir
—acíbar y mieles para el paladar—
que en su rojo cáliz encierra la flor
agria cuando hermosa—como el azahar—
que llaman «Amor» . . . . . .
. . . . . Por eso tus lágrimas no quieren secar
cuando ante tus penas desgrana un cantar
el viejo cantor
que a tus ojos claros ha visto llorar
y en tus ojos niños ha visto el dolor.

LUIS DE TAPIA

Nació en Madrid en 1871. Es redactor de «La Libertad».

Obras: «Salmos», poesías, 1.ª serie, 1903; 2.ª, 1904; «Bombones y caramelos», 1911; «Poesías escogidas de Quevedo», 1914; «Así vivimos», cuadros satíricos, 1916; «Coplas del año», 1917; «En casa y en la calle», 1917; «Coplas del año», 1919; «Matemos al lobo», comedia para niños, 1921.

A Cibeles en su Fuente del Prado

Serena, porque así lo quiso el Arte,
altiva en tus helénicas facciones,
caminas sobre un carro de leones
hacia los templos de Mercurio y Marte.

Caen tus paños, plegados al sentarte,
como caen de las chulas los mantones
cuando van de verbena, en los *simones;*
que eres de Grecia y de Madrid en parte.

En invierno eres diosa, con mortaja
de agua deshecha en congela los lloros...
Pero en Abril, cuando mi pueblo baja

por *Alcalá*, en estrépitos sonoros,
más que diosa pareces una maja
que vuelve, en su calesa, de los toros...

Canto a Teresa (1)

¿Que a Teresa cante?..
Si tal; no hay quien pueda
negar esto a un vate.
¿No es cierto, Espronceda?..

Mi «canto a Teresa» será un canto breve...
La rubia amazona va al moreno suelo..
En sol africano, un copo de nieve!...
¿Quién no se *derrite* ante tal consuelo?...

Los moros «amigos», al ver su semblante,
«íntimos» se hicieron, como era muy justo...
(Dicen que Abd-el-Kader usó más turbante,
y dicen que «El Gato» mayaba de gusto)

Llevar a la guerra belleza y talento
es llevar ganada la áspera batalla;
por eso ha triunfado, y en este momento
levanto por ella mi copa de talla...

---

(1) Teresa de Escoriaza, gentil cronista que el periódico *La Libertad* envió a Marruecos en el verano de 1921. Escribió sobre la campaña bellísimos y emocionantes artículos que después reunió en un volumen titulado *Del dolor de la guerra.*

(N. del C.)

Por ella aquí bebo de esta sangre roja
(¡sangre de banquetes!), y digo: «¡Señores,
por la que nos hizo, gentil paradoja,
gozar con la pluma que empapó en dolores!»

Sus «crónicas» tristes tienen el encanto
que en el arte tiene la verdad *vivida*...
(¡Ya quisiera Cierva que gustasen tanto
los *partes diarios* con que nos convida!)

¡Salud a la ilustre cronista guerrera,
poetisa en prosa de castizas galas!...
¡La rubia walkyria triunfó en su carrera!
(Verdad es que tuvo caballo con alas.)
¡Salud a la ilustre cronista guerrera!
¡Salud, compañera!

Y aquí acaba el brindis y sus muchos trancos.
El banquete ha sido de archirrechupete,
porque fué ofrecido a unos dientes blancos,
y además ha sido el primer banquete
que ha habido en España ¡¡sin que asista Francos!!

José Toral y Sagristá

Nació en Andújar (Jaén) en 1874. Es abogado y notario de Madrid y cofundador, con don Luis Montiel, de la Librería y Editorial Rivadeneyra». Fué redactor del «Diario de Manila» y de «La Oceanía» durante los siete años que estuvo en las Islas Filipinas, y de «El Globo», de Madrid, cuando lo dirigía don José Francos Rodríguez. Ha colaborado en «La Ilustración Artística», «Nuevo Mundo» y «La Esfera».

Obras: «La musa y el poeta», poema, 1893; «Tradiciones filipinas», en colaboración con su difunto hermano Juan, 1896; «El sitio de Manila», memorias de un voluntario, en colaboración con el mismo, 1898; «Primeras notas», versos, 1904; «Cadena sin fin», poesía laureada con el premio de honor en la «Fiesta de la Poesía» celebrada en El Escorial, 1916; «Para el descanso», versos, 1917; «La cadena», novela, 1918; «Poemas en prosa», 1919; «La sombra», novela, 1920; «Flor de pecado: un regenerador», idem, 1921. En prensa: «El ajusticiado» y «Flor de pecado: horas sentimentales», novelas,

A Benavente

I

Eras fuerte y gigante, patria mía,
cuando en el libro de la humana historia
tu mano, de tu noble ejecutoria,
las páginas eternas escribía;

cuando sus vivos rayos esparcía
por los mundos el astro de tu gloria,

y a tu carro de guerra la victoria
tu fuerte brazo con valor uncía;

cuando forjaban mundos tus varones;
cuando tu gente, de su amor llevada,
a tus plantas rendía las naciones;

cuando sobre la tierra amedrentada
tremolabas triunfantes tus pendones
y dictabas sus leyes con tu espada.

II

Hoy, nuestro pueblo desangrado gime,
de sus timbres perdida la memoria,
mientras el juicio adverso de la Historia
cárdena huella en nuestra raza imprime.

Poeta excelso, pensador sublime,
de un siglo y de una raza ejecutoria,
en la pura corriente de tu gloria
de sus culpas la patria se redime.

El sonoro lenguaje de Castilla,
que dulce canta o que iracundo truena,
con nueva lumbre en tus comedias brilla

y ennoblece otra vez la patria escena,
mientras el pueblo dobla la rodilla
ante el genio inmortal que le enajena.

III

La imagen de la Patria desangrada
tu genio excelso con dolor evoca,
y al pueblo ente o a meditar convoca
en tu «Ciudad alegre y confiada».

Con fuerte pluma, en el dolor forjada,
sembrar pretendes en la estéril roca;
la ira en el pueblo tu visión provoca
y el terror en la turba asalariada.

Tu voz, que truena como voz del cielo,
a los Crispines de la patria reta
y hace temblar estremecido el suelo.

No es tu frase lamento del poeta
ni fantasma de noches de desvelo;
no agorero serás: eres profeta.

ANDRÉS TORRE RUIZ

Nació en Munilla (Logroño) en 1882. Es catedrático de Lógica en la Universidad de Valladolid. Colabora en «El Sol» y «Nuevo Mundo», de Madrid y en «El Norte de Castilla», «Exodo» y «Revista Castellana», de Valladolid.

Obras: «Federico Nietzsche». «Genealogía del inmoralismo». «La poesía después de la guerra». «Poemas».

DECIR DEL OPTIMISTA

He mano caminante:
Tú, que a través de nieblas, y tinieblas, y abrojos,
y páramos estériles, como un mar de ceniza,
o bajo un sol de fuego que te abrasa los ojos,
vas haciendo tu triste jornada, siempre avante...
yo sé que muchas veces, hermano caminante,
tu esperanza se enturbia y tu esfuerzo agoniza.
Y dices: «He aquí que el camino es penoso
y mi cuerpo rendido necesita reposo.
¡Señor, Señor! ¿Por qué me obligas
a marchar entre zarzas y entre ortigas?
¿Por qué haces que mis manos
se crispen dolorosas?

Yo las quisiera alegres y piadosas,
para ayudar a mis hermanos
y bendecir todas las cosas.
Yo las quisiera ingenuas, como palomas blancas,
activas siempre en un fecundo frenesí.
Señor, ¿por qué las hieres? Señor, ¿por qué me arrancas
el amor a la vida y la esperanza en Ti?
¿Existe acaso el jardín prometido
de sombra amiga y aguas que mitiguen mi ardor?
¿Mi jornada de angustias, habrá, Señor, servido
para que mis hermanos encuentren florecido
el sendero que guarda sangre de precursor?»

Oyeme, caminante, el de las puras
manos ensangrentadas:
que vayan tus miradas
siempre buscando las alturas.
Más allá de la varga fatigosa
y de la carretera polvorosa,
y del páramo inhóspito y los sonoros montes,
aliento a tus fatigas, premio a tus desamparos,
eternamente abiertos están los horizontes
claros.

Te crees solo, peregrino,
en la aridez ingrata del camino.
¿Por qué en tus horas de dolor no piensas
en los millones de hombres que con las almas tensas
y los ardientes ojos sobre el enigma abiertos
van buscando tus mismos ideales inciertos?

Que el polvo que levantan tus sandalias no oculte
la senda recorrida. Que el tedio del instante
no caiga como alud de nieve y te sepulte
bajo sus ondas frías tu anhelo palpitante.
Que sobre tu cabeza, del ayer al mañana,
trace tu pensamiento su roja trayectoria,
y cuando el horizonte se matice de grana,
dirás a tu alma ingenua: «Descansemos, hermana;
le basta a cada día su pequeña victoria.»

Para vencer tu escepticismo
y tu fatiga y tu dolor,
oye en el fondo de ti mismo
el acento robusto de tu verbo interior.
Esa palabra austera, tanto tiempo escondida;
como una fuente pura que corre soterraña,
dice que sí al placer, y al dolor, y a la vida,
y es la voz de tus huesos y la voz de tu entraña.
Su acento primitivo hará que tus pasiones
rujan, salten y ondulen, como tigres en celo.
En ella suena el canto de cien generaciones,
en ella va la nota personal de tu anhelo.
Polifona y bravía, como el grito que lleva
en sus potentes ondas disuelto el huracán,
inmensamente antigua e inmensamente nueva,
es voz de himno futuro y de flauta de Pan.
Oyela confiado. No temas que su acento
diga sólo a tu oído un infecundo Yo.

En su hálito hay un férvido calor de sentimiento
y se nutre con vivo zumo del corazón.

Tu vida—toda vida—solamente es intensa
cuando alarga los brazos temblorosos y enciende
los hombres y las cosas en una hoguera inmensa.
Y es más intensa cuanto más se extiende.

MIGUEL DE UNAMUNO Y JUGO

Nació en Bilbao en 1864. Es catedrático de Lengua griega e Historia de la lengua castellana en la Universidad de Salamanca, a la que prestó prestigio en los catorce años que fué rector. Colabora en varios periódicos de España y América.

Obras: «Paz en la guerra», novela, 1897; «De la enseñanza superior en España», 1899; «Tres ensayos: ¡Adentro!, La ideocracia, La fe», 1900; «En torno al casticismo», 1902; «Amor y pedagogía», novela. 1902; «Paisajes», 1902; «De mi país», 1903; «Vida de don Quijote y Sancho, según Miguel de Cervantes Saavedra, explicada y comentada», 1903; «Poesías», 1907; «Recuerdos de niñez y de mocedad», 1908; «Mi religión y otros ensayos», 1910; «Por tierras de Portugal y de España», 1911; «Rosario de sonetos líricos», 1911; «Soliloquios y conversaciones», 1912; «Miguel de Unamuno y Angel Ganivet: El porvenir de España», 1912; «El espejo de la muerte», novelas cortas, 1913; «Del sentimiento trágico de la vida», 1913; «Niebla», novela, 1913; «Ensayos», 1916-1918, siete volúmenes; «Tres novelas ejemplares y un prólogo», 1919; «El Cristo de Velázquez», poema, 1920.

La Catedral de Barcelona

A Juan Maragall, nobilísimo poeta

La catedral de Barcelona dice:

Se levantan, palmeras de granito,
desnudas mis columnas; en las bóvedas
abriéndose sus copas se entrelazan,
y del recinto en torno su follaje

espeso cae hasta prender en tierra,
desgarrones dejando en ventanales,
y cerrando con piedra floreciente
tienda de paz en vasto campamento.
Al milagro de fe de mis entrañas
la pesadumbre de la roca cede,
de su grosera masa se despoja
mi fábrica ideal, y es solo sombra,
sombra cuajada en forma de misterio
entre la luz humilde que se filtra
por los dulces colores de alba eterna.
Ven, mortal afligido, entra en mi pecho,
entra en mi pecho y bajaré hasta el tuyo;
modelarán tu corazón mis manos,
—manos de sombra en luz, manos de madre—
convirtiéndolo en templo recogido,
y alzaré en él, de nobles reflexiones
altas columnas de desnudo fuste
que en bóvedas de fe cierren sus copas.
Alegría y tristeza, amor y odio,
fe y desesperación, todo en mi pecho
cual la luz y la sombra se remejen,
y en crepúsculo eterno de esperanza
se os llega la noche de la muerte
y os abre el Sol divino, vuestra fuente.
Cuerpo soy de piedad, en mi regazo
duermen besos de amor, empujes de ira,
dulces remordimientos, tristes votos,
flojas promesas y dolores santos.
Dolores sobre todo; los dolores
son el crisol que funde a los mortales,

mi sombra es como mí tico fundente,
la sombra del do or que nos fusiona.
Aquí bajo el silencio en que reposo
se funden los clamores de las ramblas,
aquí lava la sombra de mi pecho
heridas de la luz del cielo crudo.
Recuerda aquí su hogar el forastero,
mi pecho es patria universal, se apagan
en mí los ecos de la lucha torpe
con que su tronco comunal destrozan
en desgarrones fieros los linajes.
Rozan mi pétreo seno las plegarias
vestidas con lenguajes diferentes
y es un susurro solo y solitario,
es un salmo común una quejumbre.
Canta mi coro en el latín sagrado
de que fluyeron los romances nobles,
canta en la vieja madre lengua muerta
que desde Roma, reina de los siglos,
por Italia, de gloria y de infortunio
cuna y sepulcro, vino a dar su verbo
a esta mi áspera tierra catalana,
a los adustos campos de Castilla,
de Portugal a los nemosos prados
y al verde llano de la dulce Francia.
Habita en mí el espíritu católico,
y es de Pentecostés lengua mi lengua,
que os habla a cada cual en vuestro idioma,
los bordes de mi boca acariciando
de vuestros corazones los oídos.

Funde mi sombra a todos, sus colores
se apagan a la luz de mis vidrieras;
todos son uno en mí, la muchedumbre
en mi remanso es agua eterna y pura.
Pasan por mí las gentes, y su masa
siempre es la misma, es vena permanente,
y si cambiar parece allá en el mundo
es que cambian las márgenes y el lecho
sobre que corre en curso de combates.
Venid a mí cuando en la lid cerrada
al corazón os lleguen las heridas,
es mi sombra divino bebedizo
para olvidar rencores de la tierra,
filtro de paz, eterno manadero
que del cielo nos trae consolaciones.
Venid a mí, que todos en mí caben,
entre mis brazos todos sois hermanos,
tienda del cielo soy acá en la tierra,
del cielo, patria universal del hombre.

El Coco Caballero

Dime quien te ha hecho pupa, hijo mío...!
Algún alma negra...
Esta dices? Eh, mala, malota,
por mi mano mi niño te pega.
Vamos, abre esa boca, querido,
tan rica y tan fresca,
no la aprietes así, que te ahogas,
toma esto, mi prenda!
tómalo, que si no te me mueres,
el Coco te lleva...
Mírale como viene montado
caballero en su jaca ligera,
caballo con alas,
que corre.. que vuela...
Un caballo me pides, de carne?
Si tragas la perla
ya verás qué caballo te compro,
caballo que vuela,
que te lleve volando, volando,
volando, mi prenda...
Que te amarga me dices, mi niño?
Una caja de dulces te espera,
mas primero es preciso te cures
tragando la perla.

Oh, mi niño, mi niño, qué frío,
parece de cera. .
porqué, oh sol implacable, no abrasas
a mi pobre prenda?
Ese sueño sacude, amor mío,
despierta...! despierta. .!
Dónde va de mi amor la primicia?
El Coco le lleva!

Cómo vino? Jinete en el Tiempo.
en el Tiempo, su jaca ligera...!
no veía.. sus ojos horribles
vacíos... dos cuencas...
dos nidos de sombra...
por nariz una oscura tronera...
sólo dientes agudos su boca
que aguarda la presa...
una boca de risa que burla,
que mordiendo besa ..
Caballero en la jaca con alas
se vino y le lleva
montado a la grupa,
se vino y le lleva
volando, volando, volando
mi niño...' mi prenda...!

MARIANO MIGUEL DE VAL

Nació en Zaragoza en 1874. Murió en 1912.

Obras: «Edad dorada», poesías, 1905; «Las dos luces», diálogo, 1905; «La poesía del Quijote», discurso leído en el Ateneo de Madrid, 1905; «Los novelistas en el teatro. Tentativas dramáticas de doña Emilia Pardo Bazán», 1906; «Teatro de Martín de Samos», en colaboración con Adolfo Bonilla y San Martín, 1908; «De lo bueno y lo malo», críticas, 1909; «Policromías», 1909; «Los amantes de Teruel»; «Alfredo Vicenti, poeta»; «En la conmemoración de los Sitios de Zaragoza», 1910; «Romancero de los Sitios de Zaragoza»; «Los Sitios de Zaragoza, homenaje de los generales franceses y españoles»; «El barbero de Sevilla», ópera cómica; «El burlador de Salamanca», leyenda de Espronceda adaptada a la escena.

AYER

Haciendo de mi alma señor a mi albedrío,
sin aguardar la calma del monstruo soberano,
mi instinto aventurero me lanzó al océano,
timonel y remero de mi débil navío.

Atrás dejé los dones del fácil señorío,
los pálidos blasones de mi orgullo lejano,
la espléndida rutina del porvenir temprano...
todo por la divina ilusión de ser mío.

Confiado en mi suerte, bogué sin rumbo y solo,
aunque inexperto, fuerte, por mi fe y mi esperanza,
pues para mí todo era azul de polo a polo.

Y en mi triunfal carrera de luz y de alegría,
o en los duros rigores de la peor andanza,
siempre ósculos y flores brotó mi poesía.

HOY

La lira está de luto porque mi padre ha muerto
y débole el tributo que se le rinde a un santo.
¿Oirá mi voz? ¡Quién sabe! Murió tranquilo en cuanto
anclada vió mi nave en el seguro puerto.

¿Cómo expresar mi pena? El corazón, es cierto,
su dulce nombre llena, mas me quería tanto,
que son poco, muy poco las hieles de mi llanto,
los recuerdos que invoco, las lágrimas que vierto.

¡Oh, cual tengo presente su pálido semblante!
¡De qué modo mi mente los recuerdos quebrantan
de su lenta agonía, de su postrer instante!...

Pero aun hay alegría y amor en torno mío,
porque mis hijos llegan, porque mis hijos cantan,
porque mis hijos juegan en el hogar sombrío.

MAÑANA

De la altivez ufana con que empecé la vida,
¿qué quedará mañana sino débil memoria?
En vez de alientos mozos, en vez de ansias de gloria,
los restos y destrozos de la ilusión perdida.

Sin realizar los sueños, sin aplacar la herida,
pues grandes y pequeños no tienen otra historia,
como todos, trocado en miserable escoria,
llegaré fatigado al fin de la partida.

Y sabido el alcance de los mayores bríos,
desearé en tal trance, como el primer anhelo,
morir tranquilamente llorado de los míos.

cuando ellos igualmente, oír puedan un día
cantos, en torno, suaves, para aliviar su duelo,
como los de las aves que cantan en la umbría.

ALBERTO VALERO MARTÍN

Nació en Madrid en 1882. Es abogado. Colabora en «Nuevo Mundo», «La Esfera», etc.

Obras: «Ninón», versos, 1909; «Los perros de la alquería», 1912; «Campo y hogar», poesías, 1913; «La moza del mesón», novela, 1915; «Castilla madre, Salamanca», 1916.

DEL AYER LEJANO

¿Te acuerdas, María?

María René, ¿que será de tí?
¿Aún eres tan bella como yo te vi
hace muchos años por primera vez
entre los rosales del jardín jovial
del colegio donde yo era colegial
contigo en los tiempos de nuestra niñez?

¿Te acuerdas, María? Era en tu París
y era en el colegio del Santo de Asís.
A mí me llevaron de España a estudiar.
Tú estabas interna. Yo me enamoré
de ti como un loco, María René.
Tu dulce presencia me hizo delirar.

Tu belleza ingenua, apenas en flor,
mi niñez ardiente llenó de un amor
desvelado y triste... Yo pensaba en ti
y se me incendiaba lento el corazón...
Hoy, los dos tan lejos de aquella emoción,
María René, ¿te acuerdas de mí?

¿Te acuerdas, María, del niño español
que hace muchos años, bajo el claro sol
de tu hermosa patria, en aquel jardín,
un día, a hurtadillas, se atrevió a dejar
un beso que luego no pudo olvidar
en tus dulces labios de fresco carmín?

¡Te recuerdo mucho, María René!
¿Por qué te recuerdo?... ¿Es acaso que
fuiste mía en otro pasado vivir,
o que tu destino y el mío, quizás,
habrán de reunirnos por siempre jamás
en una otra vida que está por venir?

¡Ya estarás muy vieja! ¡Qué angustia me da
pensar que tu gracia se habrá ajado ya!
¿Te platea el negro cabello en la sién?
¿Como yo has sufrido? ¿Sabes del dolor?
¿Sientes unas veces locuras de amor
y otras el cansancio de vivir también?

¿Tus ojos conservan su gracia y su luz?
¿Eres venturosa, o la dura cruz
de los infortunios pesa en tu vivir?

de entre tu mortaja salirte podrás,
hundida en un grave y eterno dormir!

¡Oh! ¡No, no, María! Siempre te he de ver,
como en nuestros días fragantes de ayer,
con tus trenzas negras y tu hondo mirar;
con tus labios frescos, con tu gracia en flor...
Así yo te evoco, y enfermo de amor
igual que de niño vuelvo a suspirar...

¿Qué será de ti, María René?
Te recuerdo y lloro, sin saber por qué..

RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN

Nació en Puebla de Caramiñal (Pontevedra) en 1869.

Obras: «Femeninas», seis historias amorosas, 1894; «Epitalamio», historia de amores, 1897; «Cenizas», drama, 1899; «Adega», 1899; «Sonata de otoño», 1902; «Corte de amor», florilegio de honestas y nobles damas, 1903; Jardín umbrío, 1903; Sonata de estío, 1903; Sonata de primavera, 1904; Flor de santidad, novela, 1904, Sonata de otoño, 1905; Sonata de invierno, 1905; Jardín novelesco, 1905; Historias perversas, 1905; El marqués de Bradomín, teatro, 1907; Aguila de blasón, comedia bárbara, 1907; Aromas de leyenda, versos en loor de un santo ermitaño, 1907; El yermo de las almas, teatro, 1908; Romance de lobos, 1908; Una tertulia de antaño, cuento, 1908; La guerra carlista novelas: I, «Los cruzados de la causa», 1908; II, El resplandor de la hoguera», 1909; III, «Gerifaltes de antaño», 1909; Cofre de sándalo», novela, 1909; «Las mieles del rosal», trozos selectos, 1910; «Cuento de abril», escenas rimadas en una manera extravagante, 1910; «Voces de gesta», tragedia pastoral, 1912; La marquesa Rosalinda, farsa sentimental y grotesca, 1913; «El embrujado», teatro, 1913; La media noche», visión estelar de un momento de la guerra, 1917; Cuentos, estética y poemas», 1920; «Farsa de la enamorada del rey», 1920; «El pasajero», claves líricas, 1920.

Flor de la Tarde

Por la senda roja, entre maizales,
guían sus ovejas los niños zagales,
volteando las hondas con guerrero ardor,
y al flanco caminan como paladines
del manso rebaño, los fuertes mastines,
albos los colmillos y el ojo avizor.

Tañen las esquilas lentas, soñolientas
las ovejas madres acezan sedientas
por la fuente clara de claro cristal,
y ante el sol que muere, con piafante brío,
se yergue en dos patas el macho cabrío,
y un epitalamio dice el maizal.

—

En el oloroso atrio de la ermita,
donde penitente vivió un cenobita,
la fontana late como un corazón,
y pone en el agua yerbas olorosas,
una curandera, murmurando prosas
que rezo y conjuro juntamente son.

—

Como en la leyenda de aquel penitente,
un pájaro canta al pie de la fuente,
de la fuente clara de claro cristal.
¡Cristal de la fuente, trino cristalino,
armoniosamente se unen en un trino,
que aroman las rosas de un santo rosal!

—

Pro sobre o rosal voa un paxaríño
que leva unha rosa a Jesús Meniño.

ANDRÉS VÁZQUEZ DE SOLA

Nació en San Clemente (Cuenca) en 1889. Colabora en «La Esfera», «Nuevo Mundo», «Blanco y Negro», «La Ilustración Española y Americana», «Heraldo de Madrid», «La Tribuna», «La Libertad», etc.

Obras: «Mis versos», 1908; «Musa ingenua», poesías, 1915; «Abejorrito», novela corta, 1917.

Bajel de Ensueños

Perdido entre las brumas de ignotos mares
soy un bajel que avanza sin rumbo cierto;
las encrespadas olas de los pesares
me arrastran a la lucha fuera del puerto.

Sobre mí desataron su furia insana
todas las tempestades de la amargura;
siempre esperando el beso de la mañana
y siempre en la ceguera de noche oscura.

¡Oh, el dolor de los sueños irrealizados!
¡Oh, la eterna esperanza no conseguida!
¡Oh, luchar contra mares alborotados
para, al fin, en la lucha perder la vida!

Sin timón que me guíe, las velas rotas,
a los rudos combates del mar me entrego.
¿Podrá ser que en algunas playas remotas
me depare el Destino blando sosiego?

El iris, abanico de la esperanza,
no abre ante mí la gama de sus colores;
y aun así, sueño a veces que, en lontananza,
me aguarda un ignorado puerto de amores.

Mas, ¿cómo ir a buscarlo si ya no tengo
velas que el viento rice, timón que oriente?
¡Sí, bajel de quimeras, mi fe sostengo
en el frágil acaso de la corriente!

. . . . . .

Mujer desconocida, puerto amoroso:
si en mi afán impotente sueño contigo,
¿podrá ser que los mares me den reposo
y, al fin, goce en tus calmas eterno abrigo?

FRANCISCO VILLAESPESA

Nació en Laujar (Almería) en 1877. Fundó varias revistas literarias entre otras «Vida y Arte», «Revista Latina» y «Cervantes». Colabora en los principales periódicos de España y América.

Obras.-Poesía: «Intimidades», 1898, «Flores de almendro», 1898; «Luchas», 1899; «Confidencias», 1899; «La copa del rey de Thule», 1900; «La musa enferma», 1901; «El alto de los bohemios», 1902; «Rapsodias», 1903; «Canciones del camino», 1905; «Tristitiae rerum», 1905; «Carmen», 1907; «El patio de los Arrayanes», 1908; «Viaje sentimental», 1908; «El mirador de Lindaraxa», 1908; «El libro de Job», 1908; «El jardín de las quimeras», 1909; «Las horas que pasan», 1909; «Saudades», 1909; «In memoriam», 1910; «Bajo la lluvia», 1910; «Torre de marfil», 1911; «Andalucía», 1911; «Los remansos del crepúsculo», 1911; «El espejo encantado», 1911; «Los panales de oro», 1912; «El balcón de Verona», 1912; «Palabras antiguas», 1912; «Jardines de plata», 1912; «El velo de Isis», 1913; «Ajimeces de ensueño», 1914; «Campanas pascuales», 1914; «Lámparas votivas», 1915; «Los nocturnos del Generalife», 1915; «La cisterna», 1916; «La fuente de las gacelas», 1916; «Baladas de cetrería», 1916; «Amor», 1916; «Poesías escogidas», 1917; «El libro del amor y la muerte», 1917; «Paz», 1917; «Hernán Cortés», 1917; «A la sombra de los cipreses», 1917; «La casa del pecado», 1918; «Tardes de Xochimilco», 1919; «Panderetas sevillanas», 1921; «Tierra de encanto y maravilla», 1921. Teatro: «El alcázar de las perlas», 1921; «Doña María de Padilla», 1913; «Aben-Humeya», 1913; «El rey Galaor», 1913; «Judith», 1914; «Era él», 1914; «El halconero», 1915; «En el desierto», 1915; «La leona de Castilla», 1915; «La maja de Goya», 1917; «La Gioconda», 1920; Prosa: «Zarza florida», novela, 1908; «Julio Herrera Reissig», estudio, 1911; «Las garras de la pantera», novela, 1912; «Las granadas de rubíes», ídem, 1912; «Breviario de amor», 1912; «Fiesta de poesía», 1912; «La tela de Penélope», novela, 1914; «Las palmeras del oasis», ídem, 1914; «Los malos milagros», ídem, 1916; «Resurrección», ídem, 1917.

Horas de tedio

XXII

¡Oh, pálido Musset, triste poeta!
Yo también como tú bebo en mi vaso...
El vaso donde escancio el rojo vino
en mis sangrientas viñas cosechado.

No es un cáliz de oro y pedrería
por algún viejo orfebre trabajado,
ni tampoco la copa
cincelada en un cráneo
que alzó el noble Lord Byron en la orgía,
rebosante de Samos,
ni la ancha taza de cristal bohemio
donde Edgar Poe, el lírico noctámbulo,
el vino de las fiestas amargaba
con la hiel de sus lágrimas mezciándolo.

Es un vaso pequeño, aunque orgulloso.
Lo tallaron mis manos
en la vieja corteza
de un roble centenario,
y en él esculpí el rostro
de la mujer que amo...

La otra noche me dijo, ruborosa,
de sus bordes la boca retirando:
—Dime, ¿qué amargo vino
ofreces a mis labios?...

—Mis viñas sólo dan fruto de sangre...
por eso es rojo el vino de mi vaso...—
Y con pálida mano abrí mi pecho
y le mostré mi corazón sangrando.

Viaje Sentimental

IV

En la quietud de la calleja obscura,
bajo un cielo de esmalte azul y plata,
se perdió la doliente serenata,
perfumando la noche de amargura.

En el silencio nocturnal había
un lírico y fugaz deshojamiento;
ecos de coplas deshojaba el viento
como frágiles rosas de armonía.

Se estremeció el florido jazminero
de su reja, al oír en la desierta
calleja, los sollozos de un cantar...

¡Viejo cantar de aquel sepulturero
que, al destapar el rostro de una muerta,
tiró la azada y comenzó a llorar!

Del libro «La Cisterna»

XX

Fatigada a mi lado te has dormido
como una fiera ahita... ¿Y yo he podido
—¡maldito el fuego de las venas sea!—
humillar, como efímero trofeo,
a las plantas brutales del Deseo
la excelsitud divina de la Idea?...

¡Palomas de mis sueños; ojos claros
de pureza y de paz, ¿qué íntima furia
me arrebató a arrojaros
al famélico halcón de la lujuria?

Un acre hedor a podredumbre exhalas
que la obsesión de mis sentidos vela....
—¡Alma mía, si Dios te ha dado alas,
deja la carne que se pudra. y vuela!...
¡Vuela como la alondra, en la frescura
matinal, y sé pura
como las rosas y como el rocío;
y deja que el fantasma del Hastío,
arrebujado en la neblina obscura
se estremezca de frío,
y bostece, velando junto al lecho
donde medio desnudo y sudoroso,
pálidas las mejillas y ojeroso,
yace nuestro deseo satisfecho!...

La lividez azul de la mañana
filtrándose a través de la ventana,
sobre las frondas del jardín abierta,
las palideces de su faz pronuncia,
dándole ese verdor azul que anuncia
la podredumbre de la carne muerta...
¡Oh, triste fin de la lascivia humana!...

ZACARÍAS YLERA MEDINA

Nació en Valladolid en 1878. Es abogado. Ha colaborado en «El Liberal» y «España», de Madrid y en casi todos los diarios y revistas de Valladolid. Obtuvo la flor natural en los Juegos Florales celebrados en León en 1914.

Obras: «Iris», cuentos, 1906; «Amapolas», versos, 1907; «Nido sin aves», novela, 1908; «De la vida a la estrofa», versos, 1913.

Canción a la Aurora Futura

Oh, bella aurora de un mañana,
danos tu nuevo porvenir,
mitiga la honda pena humana
que llena el vaso del vivir.

Que a tu fecunda luz de Oriente
brote una gaya floración
en el sangriento campo ingente,
tumba y erial por el cañón.

Oh, bella aurora de un mañana,
aurirrosada y bella luz,
haz que la triste grey humana
no se doblegue con su cruz.

Haz que en las manos labradoras,
rudas, tostadas por el sol,

despunten flores vengadoras,
rojizas flores de ababol...

Ve que del orto que iluminas,
llegando del azul confín,
traen las alegres golondrinas
manchado el pico de carmín.

Que la incendiaria y roja tea
brilla en la noche del dolor,
para que al fin la nueva idea
triunfe en el mundo del amor.

Que ruge el hacha, al golpe airado,
hendiendo el roble secular
y carcomido del pasado,
al son de un juvenil cantar:

«Nuestro tesoro es el futuro,
y, ante el vernal amanecer,
muéstrase el fruto ya maduro
y llega el tiempo de coger».

Oh, bella aurora de un mañana,
danos tu nuevo porvenir,
haz que la triste grey humana
deje contigo de sufrir.

Haz que el corcel en que galopa
la muerte, que es renovación,
traiga una nueva vida a Europa
de paz, amor y redención.

IGNACIO ZALDÍVAR OLIVER

Nació en Santander en 1874.
Obras: «La gruta», poesías, 1912.

Amor sin Palabras

Tú, que mi dicha y mi martirio labras,
no sabes que a tu lado
con ternuras inmensas ha pasado
un amor sin palabras.
Este amor con que yo te reverencio
es un alto y magnífico delirio
que tiene la ternura del silencio
y tiene la grandeza del martirio.
Mucho debes valer, pues mereciste
inspirarme este afecto mudo y santo:
el solo grande amor, el amor triste,
sin otro idioma ni expresión que el llanto.
Amores de magnífica realeza
que tienen luz de gloria en sus altares,
y tienen invencible fortaleza
de los augustos robles seculares.
El que esa luz del cielo ha recibido
no irá pisando las vulgares huellas

ni será con la plebe confundido;
que quien supo subir a las estrellas
ese es un elegido
que para el culto de las cosas bellas
y los grandes amores ha nacido.
Yo sé que hay cieno en todo, y aunque el cieno
nuestra débil bondad muerde y desgasta,
a quien adora así, para ser bueno
con esa noble adoración le basta.

Y es un placer divino
pensar que sólo para cosas grandes
nos eligió el destino,
y nos trazó entre soles el camino
sobre las cumbres épicas del Andes.

Cual si fuera un pecado
el grande amor que en mi nacer has hecho,
está ese amor oculto, está callado,
y está, cual delincuente, encadenado,
en la cárcel profunda de mi pecho.

Te adoro como idea,
y aunque tu cuerpo sea
un don que me arrebata el hado impío,
y no es mío ese don, que al fin perece,
lo que hay en ti de idealidad, es mío,
y sin saberlo tú, me pertenece.
Ni breves dichas, ni fugaces flores
le pido a la mujer que reverencio,
y para ser más grandes mis amores
se ocultan, cual los grandes pensadores,
en el manto divino del silencio.

Si hay un orgullo santo
que a la grandeza del amor responde
es aquel que se envuelve en ese manto
y allí su altiva desnudez esconde.

. . . . . .

Lámpara de mi altar, tu amor irradie
la luz oculta en que en mi ser se abisma.
Yo te he de amar sin que lo sepa nadie...
¡oh, nadie... ni tú misma!

JUAN JOSÉ ZAMORA BECERRA

Nació en Badajoz en 1897. Dirigió la revista literaria «Extremadura», el semanario «Juventud» y el diario «La Región Extremeña», de Badajoz. Colabora en el «Correo de la Mañana» de la misma población, y en «El Sol», de Madrid.

VIDA

Escucha, vida mía, mi canción más sincera;
la canción amorosa de un espíritu fuerte
al que sólo ha vencido tu imagen hechicera
por no sé qué agradable designio de la suerte.

No conturbes tu rostro. No tengas de mí miedo.
Pues aunque jamás pude en mi vida cantar,
deslizaré en tu oído, dulcemente, muy quedo,
la canción que tú sola, mi bien, has de escuchar.

Mi vida no te importe. Yo hasta aquí no he vivido.
Mi fe, mis ilusiones me las truncó el Dolor ..
No conocí mi infancia. Yo nunca niño he sido;
me lo dice el pasado—que fué desolador—.

Mas teniéndote cerca, mi dulce hada madrina,
respirando el aliento de tu boca sensual,

al mágico conjuro de tu gracia divina,
mi alma que resurge, canta alegre y triunfal.

Quiéreme siempre, siempre, porque mi corazón,
—apurada la copa del dolor y el pecado—,
redimido por ti, se halla en plena eclosión
de juventud, de vida de amor santificado.

Yo te ofrezco un amor eterno y pasional,
que siempre será joven: por ti todo lo puedo;
aproxima a mis labios tu boca sensual.
No conturbes tu rostro. No tengas de mí miedo. .

ANTONIO ZOZAYA YOU

Nació en Madrid en 1859. Ha colaborado en «La Soberanía del Pueblo», «La Justicia», «La Ilustración Española y Americana», «El Liberal», «La Lucha», «Mundo Gráfico», «La Esfera», etc. Es redactor de «La Libertad».

Obras: «De la República», de Cicerón, traducción. 1885; «La crisis religiosa», 1885; «Miscelánea literaria», 1893; «Instantáneas», 1893; «La contradicción política», 1894; «Ripios clásicos», 1894; «De carne y hueso», 1895; «Crónicas del año uno», 1902; «La dictadora», novela, 1902; «Crónicas del año dos», 1903; «El huerto de Epicteto», apuntes para un libro de ideas, 1907; «Cuando los hijos lloran...», comedia, 1907; «El libro del saber doliente», 1910; «Misterio», tríptico dramático, 1910; «Por los cauces serenos», recuerdos de infancia, soliloquios y escenas rústicas, 1914; «Poemas de humildad y de ensueño», 1915; «Solares de hidalguía», crónicas, 1915; «La guerra de las ideas», 1915; «La maldita culpa», novela, 1915; «La patria ciega», 1919; «Cuentos que no son de amores», 1920; «Almas de mujeres», novelas, 1920. Ha traducido 75 volúmenes de la «Biblioteca Económica Filosófica».

MI CELDA

I

Los Muros

Por mostrar la constancia sobrehumana
con que la gloria perseguí algún día,
puse en el muro de mi celda umbría
un ramo de laurel con cintas grana.

Una cruz y una espada toledana,
que en su hoja lleva una inscripción sombría
demuestran la virtud de mi hidalguía
y la fe de mi estirpe castellana.

Bajo limpio cristal, de mancha ileso,
de mi nobleza está la ejecutoria
y, abajo, en un cintil de nácar preso,

un retrato, de amor prenda pretoria,
de una mujer que se llevó en un beso
fe, constancia, virtud, nobleza y gloria.

II

Los Muebles

Una mesa de roble, que sufrida,
vió [illegible]rar mi pobreza y aislamiento;
un renegrido escaño, que fué asiento
de una trémula anciana dolorida;

un arca, que conserva carcomida
reliquias en su seno polvoriento,
y dos viejos estantes, aposento
de todos los engaños de la vida.

Tal es mi ajuar pobrísimo: y entiendo
que no me ha de hacer otro falta alguna
pues que, para vivir monarca siendo,

a mi espíritu basta, por fortuna,
el sillón conventual, en donde emprendo
mis viajes a los valles de la luna.

III

Los Libros

Alineados, de roble en los estantes,
mis libros, cual legión de mesnaderos,
adustos me recuerdan y severos,
grandezas y saber que fueron antes.

Conservo en los infolios, deslumbrantes
hazañas de famosos caballeros,
sentencias de filósofos austeros,
frases de amor y dichos de bergantes.

Y, apartado del fárrago infinito,
en un rincón que a meditar convida
y por su nobíe oscuridad bendito,

he colocado mi obra más querida,
que se llama *La dicha de la vida*
y en cuyas hojas, ¡ay!, no hay nada escrito.

IV

Los Bustos

Mostrando su calvicie franca y ruda
y su nariz redonda que olfatea,
Sócrates inmortal busca la idea
que ha de mostrar la idealidad desnuda.

Con rostro que la cólera demuda,
su crítica alza Kant en la asamblea;

Bacon de su experiencia gallardea;
el de Aquino de fe; Descartes duda.
Pálido inclina el sabio estagirita
su amarillenta faz de hipocondriaco
y entre Plinio y Dionisio areopagita

irguiendo con desdén su busto flaco,
sobre la sábia pléyade erudita
alza Iñigo su gesto de bellaco.

V

Las Armas

Tengo un pesado alfange, que fué ariete
en la brava y feraz tierra andaluza
y un mandoble que, en necia escaramuza,
en las Navas hendió más de un almete.

Incrustado en marfil, tengo un mosquete
que dispersó en Ostende a la gentuza
y un corvo yatagán, que sirvió a Muza
cuando tiñó de sangre el Guadalete.

Tengo un puñal de cincelada plata
que dió una dogaresa a un caballero
y, cuando la iracundia me arrebata,

una pluma gentil tengo de acero,
que es el arma terrible con que hiero
y es el dardo bruñido que me mata.

MARCIANO ZURITA

Nació en Palencia en 1892. Colabora en «Blanco y Negro», «A B C», «El Imparcial» y muchos periódicos de América y todos los ilustrados de España. Escribió el semanario «Kiriki» y colaboró en «La Novela Corta» y «La Novela Teatral», haciendo todos los números extraordinarios de 1920.

Obras: «El triunfo del silencio», poesías, 1913; «La musa campesina», 1914; «Historias de Zorrilla», 1914; «Pícaros y donosos», sonetos al modo clásico y al moderno estilo, 1916; «Historia del género chico», 1920. Publicará próximamente: «Del noble solar hispano» (sonetos que aparecieron en «Blanco y Negro» en 1918); «Las mansiones de la raza» (romances publicados en la misma revista en 1919); «Trirremes de oro»; «Versos para una mujer» y «Retablillo de pícaros» (continuación de «Pícaros y donosos»).

Lo que yo quisiera para mi hijo

Poder calmar las ansias infinitas
del delirio de luz de sus ojuelos,
descolgar una estrella de los cielos
y ponerla temblando en sus manitas.

Poder dejar sobre su frente escritas
las estrofas que dicen mis anhelos,
mis amores, mis penas, mis consuelos,
mis lágrimas, mis dudas y mis cuitas.

Poder besar su risa y su mirada,
guardar su corazón dentro del mío,
recoger en mi alma los dispersos

colores de la suya inmaculada,
combinarlos después a mi albedrío
y sentarme a escribir... Y hacerle versos.

FUÉ IMPRESO ESTE LIBRO EN BADAJOZ, EN LA OFICINA TIPOGRÁFICA NUEVO DIARIO, CALLE ROMERO DE CASTILLA, 8, Y SE ACABÓ DE IMPRIMIR EL DÍA XXVI DE ENERO DEL AÑO MCMXXII DE LA -:- -:- ERA DE CRISTO -:- -:-

180752 LS.H.
S4567p

Author Segura de la Carmilla, Ramón

Title Poetas espanoles del siglo XX.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU